



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción  

---

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-JUNIO-2016

## **CHRIS PATTEN**

**(Ex canciller de la UE y último gobernador británico de Hong Kong.)**

“...La decisión de abandonar la UE dominará la vida nacional británica durante la próxima década, o tal vez más. Se puede discutir acerca de la magnitud exacta de la conmoción económica (a corto y largo plazo), pero es difícil imaginar alguna circunstancia en la que el Reino Unido no se volverá más pobre e insignificante en el mundo. Muchos de los que fueron alentados a votar, presuntamente, por su “independencia” hallarán que en vez de ganar libertad perdieron el empleo. ¿Cómo pudo pasar?.

Se le dijo al pueblo británico que dejar la Unión no traería ningún costo económico ni ninguna pérdida para los sectores de la sociedad a los que la pertenencia a Europa benefició. Se prometió un tratado comercial ventajoso con Europa (el mayor mercado de Gran Bretaña), menos inmigración y más dinero para el Servicio Nacional de Salud y otros valiosos bienes y servicios públicos. Y se dijo que Gran Bretaña recuperaría la vitalidad creativa necesaria para tomar el mundo por asalto. Uno de los horrores que nos esperan es la creciente decepción de los partidarios del Brexit conforme todas estas mentiras queden expuestas. Se les dijo que “recuperarían su país”. No creo que les guste el país con el que se encontrarán.

Con el Brexit, hemos visto al populismo a lo Donald Trump llegar a Gran Bretaña. Es obvio que hay una difundida hostilidad, mezclada con una ola de resentimiento populista, hacia cualquiera al que se estime miembro del establishment. Eso apunta a un tercer motivo del voto pro Brexit: la creciente inequidad social contribuyó a una revuelta contra una presunta elite metropolitana.

...Vemos tres desafíos inmediatos. En primer lugar, ahora que David Cameron dejó en claro que renunciará, el ala derecha del Partido Conservador y algunos de sus miembros más acérrimos dominarán el nuevo gobierno. Cameron no tenía elección: no podía ir a Bruselas como representante de colegas que lo traicionaron para negociar algo en lo que no cree. Si su sucesor es un líder del Brexit, a Gran Bretaña le espera ser gobernada por alguien que pasó las últimas diez semanas esparciendo mentiras. En segundo lugar, los lazos que unen al Reino Unido (en particular a Escocia e Irlanda del Norte, donde ganó el voto a favor de la permanencia) sufrirán grandes tensiones. Espero que la revuelta pro Brexit no conduzca a un referéndum por la ruptura del RU, pero es una posibilidad. En tercer lugar, Gran Bretaña deberá negociar su salida muy pronto. Es difícil imaginar que pueda terminar en una relación mejor con la UE. A los británicos les toca la difícil tarea de convencer al mundo de que no abandonaron la sensatez.

Los proeuropeos tenemos por delante la tarea de tratar de contener las fuerzas que el Brexit liberó y afirmar los valores que nos ganaron tantos amigos y admiradores en todo el mundo. Esto comenzó con Winston Churchill y su visión de Europa. Para describir el modo en que terminará, nada mejor que uno de sus aforismos más famosos: “El problema con el suicidio político es que uno

queda vivo para lamentarlo”...

**KENNETH ROGOFF**

**(Profesor de Economía y Política Pública en la Universidad de Harvard)**

“...¿Se debe repetir la votación después de un año para estar seguros? No. ¿Tiene que contar la brexit con el respaldo de una mayoría en el Parlamento? Aparentemente no. ¿Sabía realmente la población del Reino Unido sobre qué ellos estaban emitiendo su voto? Absolutamente no. De hecho, nadie tiene idea cuáles serán las consecuencias para el Reino Unido tanto interna como externamente; es decir, cuál será el efecto para el Reino Unido en el sistema de comercio mundial, y cuál será el efecto sobre su estabilidad política interna. Me temo que todo esto no pintará un escenario muy bonito.

Por un lado, la decisión brexit puede haber parecido simple en la papeleta de votación, pero en verdad nadie sabe lo que viene a continuación después de una votación a favor de una salida. Lo que sí sabemos es que, en la práctica, la mayoría de los países requieren de un “súper mayoría” para tomar decisiones que definen a una nación, no un mero 51%. No existe una cifra universal, como por ejemplo el 60%, pero el principio general es que, mínimamente, la mayoría debe ser estable de manera demostrable.

La votación del Reino Unido ha lanzado a Europa a una situación de caos. Mucho dependerá de cómo reaccione el mundo y de cómo maneje el gobierno del Reino Unido su propia reconstitución. Es importante hacer un balance no sólo de los resultados, sino también del proceso. Cualquier acción para redefinir un acuerdo de larga data sobre las fronteras de un país debería requerir mucho más que una mayoría simple. La norma internacional vigente en la actualidad de la regla de la mayoría simple es, como acabamos todos de ver, una fórmula para el caos...”

**DR. CARLOS PEREZ LLANA**

**(Profesor de la carrera de Relaciones Internacionales en las Univ de San Andrés y Torcuato Di Tella )**

“...El “día después” presenta un panorama patético. La estructura del poder perdió por poco y hasta último momento creyó en su discurso de campaña, basado en atemorizar con los costos del Brexit. No advirtió que ese temor, sembrado por los mejores expertos, alimentó el Brexit que es anti-elitista. Dos tercios del Parlamento; la cúpula de la Iglesia Anglicana; la City; la industria y los sindicatos han sido derrotados. Los ganadores no tienen hoja de ruta, esperan que sus contrincantes muevan las fichas. La primera reacción fue la de D. Cameron, dijo que gobernaría hasta octubre. En otras palabras fue más importante lo que no dijo. El debió haber apretado el botón del Artículo 50 del Tratado de la Unión que alude al divorcio. La estrategia del poder quedó en evidencia: ganar tiempo. De un lado las autoridades institucionales de Bruselas le reclaman a Londres iniciar rápidamente el divorcio, del otro lado se ha desatado una campaña que está dirigida a sembrar dudas respecto de la separación. Firmas que reclaman una nueva consulta; interrogantes respecto qué puede hacer el Parlamento; recordatorios de la naturaleza no vinculante de

la consulta; Escocia que reclama la secesión y en Irlanda hay movimientos pro-unificación de la Isla.

Esta confusión alimentada se apoya en un dato: no existen antecedentes de separación. El Art. 50 no establece si debe haber una o dos negociaciones. Una de salida, otra donde debe definirse la modalidad de la nueva vinculación entre la Unión y Gran Bretaña. Hasta el momento los modelos de vinculación son el noruego y el suizo.

...En ambos casos los países contribuyen al presupuesto europeo, existe la libertad de movimientos de personas y sin tener participación en la “fabricación” de regulaciones deben cumplirlas. Dentro del partido conservador, que pretende conservar el poder, la interna ya comenzó. Allí el líder pro Brexit, Boris Johnson, en verdad lo impulsó para descolocar al partido nacionalista UKIP y para heredar a su enemigo Cameron. En el diario The Telegraph -26 de junio -este personaje, que se inició en la política en los años Thatcher, escribió: “el Reino Unido siempre será parte de Europa”. Se trata de una jugada muy compleja, que busca obtener la mayor cantidad de concesiones de Bruselas a la hora de definir la nueva modalidad de asociación.

En Bruselas, en los niveles institucionales existe el temor de un proceso de divorcio largo, ya que existen unos 18 casos de pedidos de consulta para ratificar, o no, la pertenencia a la Unión. El gobierno francés también apura el trámite, en cambio la Canciller A. Merkel sostiene que no hay que apresurarse. Berlín siempre tuvo afinidad con la visión liberal de la economía que existe en Londres. Más allá de los tiempos, está claro que nada será igual, pero también es cierto que la respuesta al desafío del Brexit no puede ser “profundizar Europa”. Hacer un alto para reflexionar parece una opción razonable. Una nueva agenda aparecerá. Los miembros del Euro deberán avanzar hacia una fiscalidad común; todos deberán sostener el mercado común; habrá que proteger fronteras, sino el espacio Schengen no tendrá sentido ni apoyos; es necesario unificar la lucha contra el terrorismo (clearing entre los servicios de inteligencia) y los gastos de defensa deberán aumentar. Esa es la agenda de reformas que estaría emergiendo en el post Brexit....”

## **GEORGE SOROS**

**(Chairman de Soros Fund Management y Chairman de Open Society Foundation)**

“...En mi opinión, Gran Bretaña tenía con la Unión Europea el mejor de los arreglos posibles; era miembro del mercado común sin pertenecer al euro y había conseguido otras exenciones a las reglas de la UE. Pero eso no bastó para evitar que el electorado británico votara por la salida del bloque. Ahora el escenario catastrófico que muchos temían se materializó, con lo que la desintegración de la UE es prácticamente irreversible. A la larga puede que la salida de la UE deje a Gran Bretaña relativamente mejor que otros países o no, pero en el corto a mediano plazo su economía y su pueblo van a sufrir considerablemente. Inmediatamente después de la votación, la libra se hundió a su nivel más bajo en más de tres décadas, y es probable que la conmoción financiera mundial se prolongue mientras se desarrolla el largo y complicado

proceso de negociación del divorcio político y económico de la UE. Las consecuencias para la economía real serán comparables solo a la crisis financiera de 2007 y 2008.

Es seguro que ese proceso estará cargado de más incertidumbre y riesgo político, porque lo que estaba en juego nunca fue simplemente alguna ventaja real o imaginaria para Gran Bretaña, sino la supervivencia misma del proyecto europeo. El Brexit deja la vía libre a otras fuerzas antieuropeas dentro de la Unión. Además, es posible que el RU tampoco sobreviva. Es de esperar que Escocia, donde el voto por la permanencia en la UE obtuvo una mayoría abrumadora, haga otro intento de independizarse, y algunos funcionarios en Irlanda del Norte, cuyos votantes también respaldaron el “Remain”, ya pidieron la unificación con la República de Irlanda.

La respuesta de la UE al Brexit puede convertirse en otra trampa. Es posible que los líderes europeos, preocupados por disuadir a otros estados miembros de seguir el ejemplo británico, no estén dispuestos a ofrecer al RU condiciones (en particular, en relación con el acceso al mercado común europeo) que le hagan menos dolorosa la salida del bloque. Como la UE supone la mitad del intercambio comercial británico, el impacto en los exportadores puede ser devastador (aunque mejore la competitividad del tipo de cambio).

Pero las derivaciones para Europa pueden ser mucho peores. Las tensiones entre los estados miembros alcanzaron un punto crítico, no solo en relación con los refugiados, sino también por las dificultades excepcionales entre los países deudores y acreedores dentro de la eurozona. Al mismo tiempo, los gobiernos de Francia y Alemania, debilitados, ahora están obligados a concentrar la atención en los problemas locales. En Italia, una caída bursátil del 10% tras el Brexit dejó en claro la vulnerabilidad del país a una crisis bancaria con todas las letras.

Lo cierto es que la UE dejó de funcionar y de satisfacer las necesidades y aspiraciones de sus ciudadanos. Va camino de una desintegración caótica que dejará a Europa peor que si la UE nunca hubiera existido. Pero no debemos abandonar. La UE es, hay que reconocerlo, una creación imperfecta. Después del Brexit, todos los que creemos en los valores y principios que ella encarna debemos agruparnos para salvarla reconstruyéndola por completo. Estoy convencido de que a medida que en las semanas y los meses siguientes se revelen las consecuencias del Brexit, cada vez más gente se nos unirá....”

**FIONA HILL  
(BROOKING INSTITUTION)**

“...Tal como la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética, la decisión del Brexit podría tener consecuencias similares. El Reino Unido en 2016 se parece mucho estructuralmente a la URSS de 1991 y la crisis de identidad actual en el reino tiene reminiscencias a la de Rusia en 1990. Cabe recordar que Boris Yeltsin lejos de presidir un periodo satisfactorio de independencia, enfrentó una década de colapso económico y humillación política. Otro Boris, Boris Johnson, el ex alcalde de Londres y principal

oponente de David Cameron, arriesga pasar por lo mismo si se convirtiera en Primer Ministro en los próximos meses. Separar a Reino Unido de Europa institucional, política y económicamente podría ser tan disruptivo como lo fue divorciar la URSS...”



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-JULIO-2016

**HENRY KISSINGER (Orden Mundial, Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia), último libro publicado**

“...Los nuevos métodos de acceso y comunicación de la información unen a las regiones como nunca antes y proyectan acontecimientos a nivel mundial, pero de un modo que inhibe la reflexión y que exige que los líderes registren reacciones instantáneas que puedan expresarse a través de un eslogan. ¿Estamos frente a un período en el que las fuerzas más allá de las restricciones de cualquier orden determinarán el futuro?”

“...Debido a que la información es tan accesible y la comunicación, instantánea, hay una disminución de la atención en su importancia, o incluso en la definición de lo que es significativo. Esta dinámica puede fomentar que los gobernantes esperen a que surja un problema en lugar de anticiparlo, y consideren los momentos de decisión como una serie de eventos aislados y no como parte de una continuidad histórica. Cuando sucede esto, la manipulación de la información reemplaza a la reflexión como la principal herramienta política...”

**MARTIN WOLF – Columnista principal del Financial Times  
(Las élites mundiales deben tener en cuenta la alerta de la ira populista),  
publicado @FT el 19-7-16**

“...Sin dudas, el mundo occidental enfrenta problemas complejos, en particular, el descontento de tantos ciudadanos. A la vez, los aspirantes al poder, como Donald Trump en los Estados Unidos y Marine Le Pen en Francia, ofrecen soluciones claras, simples y erróneas – principalmente, nacionalismo, nativismo y proteccionismo...”

“...La consultora Mc Kinsey Global Institute arroja mucha luz sobre lo que ha estado sucediendo, en un informe contundentemente titulado “¿Más pobres que sus padres?”, que demuestra cuántos hogares han estado padeciendo estancamiento y descenso en los ingresos reales. En promedio, entre el 65 y el 70 por ciento de los hogares en 25 economías con altos ingresos atravesaron esta situación entre 2004 y 2014. Sin embargo, en el período entre 1993 y 2005, sólo el 2 por ciento de los hogares se vio afectado por ingresos estancados o en descenso. Esto aplica a los ingresos del mercado. Debido a la redistribución fiscal, la proporción que padeció un estancamiento en los ingresos disponibles reales fue de entre el 20 y el 25 por ciento...”



**BARRY EICHENGREEN – Profesor de Economía en la Universidad de California (Berkeley) y Cambridge (SALA DE ESPEJOS, La Gran Depresión, la Gran Recesión y los usos y abusos de la historia), su último libro publicado**

“...El propio éxito con el que los líderes políticos pusieron freno a la peor crisis financiera en ochenta años implica que posiblemente veamos una crisis semejante en menos de ochenta años...”

“...No hubo un debate sostenido acerca del origen de la creciente desigualdad y sus consecuencias. La desigualdad reflejó el fracaso de la sociedad en proveer a la mayoría de sus miembros de la educación y el entrenamiento necesarios para un mundo con competencia global. Reflejó un cambio técnico que facilitó el reemplazo de trabajadores por robots. Hubo poca predisposición para abordar estos problemas o para reconocer que la decepcionante recuperación de la crisis no sólo reflejó viento en contra por la reducción del apalancamiento, sino también un largo período de subinversión en infraestructura, investigación básica y educación...”

**ADAIR TURNER – Ex-presidente de la Autoridad Reguladora de Servicios Financieros en el Reino Unido (FSA) (La alarma del Brexit, publicado @Project-Syndicate el 16-7-16)**

“...El fracaso de la campaña de “Permanencia” del Reino Unido para rebatir la preocupación sobre la migración refleja la gran incapacidad de la élite mundial para convencer a la gente de que la libre circulación de capitales, bienes y personas es, en general, buena para todos. En realidad, no lo es, y la economía nos explica el por qué”.

“...De acuerdo con la teoría económica, cada una de estas tres libertades puede aumentar el tamaño del cuadro mundial. Pero la teoría económica también nos dice que, inevitablemente, habrá tanto perdedores como ganadores, de manera que la liberalización y la globalización serán buenas para todos solo si los ganadores compensan a los perdedores. En todo el mundo, la compensación ha sido mínima...”

“...En el futuro, el gran desafío será la migración, y no tanto dentro de la Unión Europea como desde el exterior. Para abordar estos desafíos se requiere una respuesta coordinada de toda Europa, y lamento enormemente que Gran Bretaña juegue ahora un papel muy reducido para dar forma a los proyectos europeos comunes. Si algo bueno puede venir de este resultado desesperanzador es que se ha oído un llamado de atención, que nos alerta sobre las desventajas de la globalización. A menos que esas desventajas sean aceptadas y abordadas, la reacción violenta que impulsó el Brexit seguirá creciendo...”

**Mervyn King, ex presidente del Banco de Inglaterra (2003-2013)**  
***(El fin de la Alquimia. Dinero, Banca y el futuro de la economía global),***  
***publicado en Marzo 2016***

“...La política monetaria ha alcanzado su límite. Si repetidamente se bajan las tasas de interés para tratar de persuadir a la gente de gastar hoy en lugar de mañana, esto resultará por un tiempo. A la larga, la gente se volverá cada vez más reticente a gastar sus recursos hoy en lugar de ahorrar para un futuro. Y cuanto más alto sea el gasto interno en relación a la posible producción, mayor será el endeudamiento con el resto del mundo para financiarlo. Finalmente, la gente verá que esto no es sostenible y entonces se tendrá que ajustar hacia abajo...”

“...A menos que se tomen medidas para manejar ese desequilibrio subyacente, todo lo que la política monetaria hace es, principalmente, ganar un poco más de tiempo con la esperanza de que los líderes políticos hagan lo correcto. Pero hemos esperado ocho años hasta ahora, y todavía no han hecho lo que es correcto”.

“...Si teníamos demasiado gasto y demasiado endeudamiento antes de la crisis y tenemos aún más endeudamiento y gasto hoy, entonces nos estamos alejando cada vez más del punto al que tenemos que volver. Por eso, la política monetaria no sólo está dando rendimientos decrecientes, sino que además, está haciendo el ajuste decisivo aún mayor. Nos está llevando en la dirección equivocada”.

“...No hay una salida fácil. Pero creo que primero necesitamos reconocer explícitamente que la política monetaria ya no es más el enfoque correcto; que no significa que los bancos centrales deban subir ahora las tasas de interés. Pienso que eso nos llevaría a otra recesión. Pero los gobiernos realmente tienen que hacer algo para aumentar la confianza de la gente en sus ingresos futuros; para eso, deberán llevar a cabo un programa sostenido de mejora en la productividad para los próximos 10 a 20 años. No tiene por qué dar resultados rápidos, pero si la gente cree que sus ingresos futuros serán más altos, estarán dispuestos a gastar más en el presente y eso daría muestras de recuperación”.

“... Segundo, necesitamos hacer frente a los desequilibrios dentro de las economías y entre ellas, por eso tenemos que volcarnos a un tipo de cambio más flexible. Parte del problema aquí ha sido la creencia de que fijar el tipo de cambio era la forma correcta de proceder y simplemente ha creado enormes desequilibrios tanto dentro de Europa como entre Asia y Occidente. Ese es el gran desafío en Europa, pero será necesario abordarlo”.

“...Tercero, se necesita un esfuerzo sostenido por parte del mundo industrializado para promover un comercio más libre en los servicios y no quedar estancados en la Ronda de Doha, donde los grandes mercados emergentes pueden impedir nuestro progreso...”

“...Y cuarto, necesitamos un grado de cooperación internacional que ha estado ausente desde la primavera del 2009. El FMI no ha estado lo suficientemente

activo en la promoción de esta necesidad. Pero los gobiernos tendrán que reconocer que es muy difícil para cualquier país volver a equilibrar su economía a menos que otros también estén haciendo lo mismo al mismo tiempo. Muchos países han estado tratando de estimular el crecimiento interno al bajar las tasas de cambio, pero esto es claramente contraproducente cuando no se trabaja en forma conjunta...”

“El riesgo es que tengamos que contentarnos con un período prolongado de muy bajo crecimiento. Cuanto más se prolongue ese período, más rendimiento habremos perdido en el ínterin. A la larga, esto hará que sea más probable el advenimiento de otra crisis porque, si todos dependen de la política monetaria pero ésta no es la respuesta, no habrá posibilidades de restablecer un nuevo equilibrio. Realmente necesitamos hacer ese salto en algún momento. Por eso, la pregunta es: ¿llegaremos a lograrlo como resultado de decisiones de políticas conscientes y activas, y de la cooperación entre los países, o solamente será un efecto secundario de otra crisis, por la que vacilaremos demasiado y esperaremos para descontar mucha inversión de capital anterior, antes de comenzar a invertir nuevamente?”

“Puedo comprender por qué los bancos centrales sienten que cierta proporción de su cartera deba ser en oro. Durante la última década, han aumentado los reclamos a los Estados Unidos por parte de algunos países con mercados emergentes. Quién sabe lo que depara el futuro, pero China y otros países no desean estar en una situación en la que todos sus activos internacionales en efecto dependan de los Estados Unidos. Por supuesto que los Estados Unidos no desearía incumplir sus deudas, pero si ocurriese algún terrible conflicto, entonces todos los activos de China en los Estados Unidos podrían ser anulados. Por eso, hay un gran número de motivos que hacen absolutamente razonable que la tenencia de activos en las carteras no dependan de la buena voluntad de otros países.”



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-AGOSTO-2016

Estimados Asociados:

En este tercer envío de nuestras "Cuestiones para Reflexionar" he seleccionado una serie de artículos recientes referidos al debate actual sobre la gobernanza global, sus defensores y sus críticos, así como el resurgimiento de posturas que sugieren la necesidad de un mayor nacionalismo; y cómo podrían surgir marcos alternativos intermedios que permitan el desarrollo y bienestar de la comunidad global.

En particular, se eligieron los siguientes textos:

- 1- La falsa promesa económica de la gobernanza global (*Dani Rodrik*)**
- 2- ¿Hay lugar para la gobernanza global? (*Kemal Dervis*)**
- 3- La globalización es la única respuesta (*Anabel Gonzalez*)**
- 4- La globalización y sus nuevos malestares (*Joseph Stiglitz*)**
- 5- Populismo, pasado y presente (*Shlomo Ben-Ami*)**
- 6- Poner a las personas primero en Europa (*Jean Paul Fitoussi & K. Malik*)**
- 7- Frenar el avance del populismo (*Javier Solana*)**

Hemos resaltado en cada texto, los párrafos más sobresalientes, para facilitar la lectura.

Espero lo disfruten

*Javier Mutal Hodara*  
*Director Coordinador*  
*CICyP*  
[Javier.mutal@cicyp.com.ar](mailto:Javier.mutal@cicyp.com.ar)  
1158318534  
60092460

## DANI RODRIK

*Profesor de Economía Política Internacional en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard. Es autor de "The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy" y más recientemente "Economics Rules: The Rights and Wrongs of the Dismal Science".*

### La falsa promesa económica de la gobernanza global

La gobernanza global es el mantra de la élite moderna. El argumento es que el incremento de flujos transfronterizos de bienes, servicios, capital e información (derivado de la innovación tecnológica y la liberalización de los mercados) generó demasiada interconexión entre los países del mundo como para que cada uno de ellos por separado pueda resolver sus problemas económicos solo. Necesitamos reglas globales, acuerdos globales, instituciones globales.

Esta afirmación goza de tanta aceptación que cuestionarla puede parecer como sostener que el Sol gira alrededor de la Tierra. Pero lo que puede ser verdad en el caso de problemas realmente globales como el cambio climático o las pandemias no es aplicable a la mayor parte de los problemas económicos. Contra lo que oímos a menudo, la economía mundial no es un bien común global. La gobernanza global ayudará muy poco, y a veces ocasionará un perjuicio.

Lo que hace que, por ejemplo, el cambio climático sea un problema que demanda cooperación internacional es el hecho de que el planeta tiene un único sistema climático. Como da lo mismo dónde se emitan gases de efecto invernadero, imponer restricciones a las emisiones sólo en el nivel nacional generaría escaso o nulo beneficio al país que lo hiciera.

En cambio, las buenas políticas económicas (entre ellas la apertura) benefician ante todo a la economía local; y es allí también donde se paga la mayor parte del costo de las malas políticas económicas. Las perspectivas económicas de cada país dependen mucho más de lo que suceda allí que del extranjero. Cuando la apertura económica es deseable, es porque esa política beneficia al país que la aplica, no porque beneficie a otros. La apertura y otras políticas acertadas que contribuyen a la estabilidad económica internacional se basan en el interés propio, no en un espíritu global.

A veces, un país logra una ventaja económica en detrimento de otros; es el caso de las políticas de "empobrecer al vecino". El mejor ejemplo es cuando el proveedor dominante de un recurso natural (como el petróleo) restringe la oferta en los mercados mundiales para aumentar el precio. Lo que gana el exportador es lo que pierde el resto del mundo.

Un mecanismo similar está en la base de los "aranceles óptimos", por los que un país grande manipula sus condiciones de intercambio restringiendo las importaciones. En esos casos, hay buenas razones para instituir normas globales que limiten o prohíban el uso de esas políticas.

Pero la inmensa mayoría de las cuestiones de comercio y finanzas internacionales que ocupan la atención de los funcionarios no son así.

Pensemos por ejemplo en los subsidios agrícolas y la veda de organismos transgénicos en Europa, el abuso de las normas antidumping en Estados Unidos o la inadecuada protección de los derechos de los inversores en los países en desarrollo. Son, en esencia, políticas de “empobrecerse uno mismo”. Sus costos económicos caen sobre todo en el país que las aplica, aun cuando también puedan perjudicar a otros.

Por ejemplo, los economistas suelen coincidir en que los subsidios agrícolas son ineficientes, y que sus beneficios para los agricultores europeos suponen un alto costo para el resto de la gente en Europa, en la forma de aumento de precios, aumento de impuestos o ambas cosas. Esas políticas se implementan no para sacar provecho a costa de otros países, sino porque otros objetivos internos concurrentes (de tipo distributivo, administrativo o sanitario) se imponen a las consideraciones económicas.

Lo mismo vale para las deficiencias en regulación bancaria o política macroeconómica que agravan el ciclo económico y generan inestabilidad financiera. Como demostró la crisis financiera global de 2008, lo que suceda dentro de un país puede tener enormes consecuencias fuera. Pero si las autoridades regulatorias en Estados Unidos no cumplieron su tarea, no fue porque así su país saliera beneficiado a costa de los demás: la economía estadounidense fue una de las que más sufrió.

Tal vez el mayor fracaso de las políticas actuales sea la incapacidad de los gobiernos de las democracias avanzadas para hacer frente al aumento de la desigualdad. Esto también es una cuestión de política interna, originada en el control, por parte de élites financieras y empresariales, del proceso de definición de políticas, y en los discursos que han elaborado en relación con los límites de las políticas redistributivas.

Los paraísos fiscales son un ejemplo indudable de políticas de empobrecer al vecino. Pero países poderosos como Estados Unidos y los miembros de la Unión Europea podrían haber hecho mucho más de su parte para poner coto a la evasión fiscal (y a la competencia feroz en reducción de impuestos corporativos) si lo hubieran querido.

De modo que los problemas actuales poco tienen que ver con una falta de cooperación global. Son de naturaleza local y no se pueden corregir mediante normas dictadas por instituciones internacionales, que fácilmente pueden caer presa de los mismos intereses creados que debilitan la política nacional. Muy a menudo, la gobernanza global es sinónimo de implementar la agenda global de esos intereses; por eso casi siempre termina promoviendo mayor globalización y armonización de las políticas económicas locales.

Una agenda alternativa para la gobernanza global se centraría en mejorar el funcionamiento local de las democracias, sin prejuzgar cuáles deban ser las políticas elegidas luego. Sería un modelo de gobernanza global dirigido a mejorar la democracia en vez de la globalización.

Lo que tengo en mente es la creación de normas y requisitos procedimentales

globales pensados para mejorar la calidad de los procesos decisorios nacionales. Por ejemplo, reglas globales relativas a (entre otras cuestiones) la transparencia, la representatividad, la rendición de cuentas y el uso de evidencia científica o económica en los procedimientos de decisión locales, sin condicionar el resultado final.

Las instituciones globales ya usan esta clase de normas, hasta cierto punto. Por ejemplo, el Acuerdo sobre la Aplicación de Medidas Sanitarias y Fitosanitarias (Acuerdo SPS) de la Organización Mundial del Comercio exige explícitamente el uso de evidencia científica cuando se planteen dudas sobre la seguridad sanitaria de bienes importados. Podrían usarse normas procedimentales similares, con mucho más alcance y efectividad, para mejorar los procesos de toma de decisiones en el nivel nacional.

Las normas antidumping también podrían mejorarse exigiendo que los procedimientos nacionales tengan en cuenta los intereses de consumidores y productores que resultarían perjudicados por la aplicación de aranceles a las importaciones. Las normas sobre subsidios se podrían mejorar exigiendo análisis económicos de costo-beneficio que incorporen las posibles consecuencias en materia de eficiencia estática y dinámica.

Los problemas derivados de fallos en el proceso nacional de deliberación solamente pueden resolverse mejorando la toma democrática de decisiones. En esto la gobernanza global sólo puede hacer un aporte muy limitado, y sólo en la medida en que apunte a mejorar la toma interna de decisiones en vez de condicionarla. Fuera de eso, la búsqueda de gobernanza global encarna un anhelo de soluciones tecnocráticas que anulan y debilitan la deliberación pública.

\*\*\*

## KEMAL DERVIŞ

*Ex Ministro de Asuntos Económicos de Turquía, ex Administrador del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas. Vicepresidente de la Brookings Institution*

### ¿Hay lugar para la gobernanza global?

¿Será la gobernanza global la solución a la mayoría de nuestros problemas económicos? ¿O será una promesa exagerada que distrae la atención de reformas más prácticas, que deberían implementar los gobiernos nacionales?

En un artículo reciente, el economista Dani Rodrik, de la Universidad de Harvard, sostiene lo segundo, con buenos argumentos. ¿Está en lo correcto?

Es verdad que la política nacional tiene efecto más directo (bueno o malo) sobre los ciudadanos de cada país. Pero no podemos ignorar los efectos globales de las malas políticas nacionales, cuyos ejemplos más obvios señalados por Rodrik son las emisiones de gases de efecto invernadero y las enfermedades infecciosas: el costo no es sólo para las personas del "país de origen", sino que también lo pagamos todos los demás.



Hace décadas que la palabra “globalización” está de moda, y es evidente que estos últimos años algunos (especialmente en la centroizquierda) exageraron la necesidad de una gobernanza global. Esto llevó a otros a promover la búsqueda de alternativas, por ejemplo el “nacionalismo responsable” o la toma de decisiones “intergubernamental” (en vez de supranacional) en la Unión Europea.

Estas propuestas merecen un debate serio. Por ejemplo, deberíamos reevaluar el sistema actual de decisión de tratados comerciales, que tienen que ver cada vez más con cuestiones normativas y de inversión y menos con la eliminación de aranceles y otras barreras a las importaciones. No sorprende que incluso algunos partidarios del libre comercio pongan reparos a tratados donde se permite a grupos comerciales insertar términos que conceden a las corporaciones multinacionales un poder de mercado indebido a costa de la protección de los consumidores.

Pero los pedidos de más gobernanza global no se dieron en el vacío. Es indudable que los países se han vuelto más interdependientes en lo económico y lo social como resultado del comercio, los viajes y las telecomunicaciones, por no hablar de las estructuras corporativas multinacionales y los flujos financieros internacionales. Hoy el intercambio global es más amplio, veloz y omnipresente que nunca.

La globalización puede a veces encontrar obstáculos, como la desaceleración actual del comercio internacional; pero los cambios tecnológicos subyacentes que impulsan la interconectividad seguirán promoviendo un mayor acercamiento entre personas y entre países.

En definitiva es para mejor, porque los grandes desafíos que hoy enfrentamos son de naturaleza global. Los intentos de mitigar los efectos del cambio climático demandarán coordinación global sistemática. Incluso las iniciativas locales (cada vez más importantes para hacer frente al problema) deben ajustarse a un marco de políticas y obligaciones globales convergentes. De lo contrario, la gente no sentirá que sus acciones tienen algún efecto o que aportan a un objetivo compartido, y habrá quienes no se consideren obligados a hacer nada.

Otro desafío global es el tributario, que demanda coordinación internacional para detener una creciente evasión y elusión fiscal. El problema no son sólo los “paraísos fiscales”; también es necesario captar las ganancias corporativas que las empresas mueven de país en país apelando a elaborados expedientes como los “precios de transferencia” y el “traslado de base imponible”, para minimizar sus impuestos.

La disparidad de normas tributarias de los diferentes países dio lugar a un juego que es casi de suma cero para los gobiernos nacionales, que se ven obligados a competir entre sí para asegurarse una tajada mayor de un pastel cada vez menor. El sistema actual da a los países fuertes incentivos para ofrecer cada vez más ventajas impositivas a las empresas que operan en ellos;

aun así, siguen igual de expuestos a que les gane otro país, conforme aquellas trasladan sus ganancias declaradas de una jurisdicción a otra.

En la mayoría de los casos, las empresas no hacen nada ilegal al aprovechar la fragmentación del sistema. Pero para poder reducir la desigualdad y financiar los programas de pensiones y atención médica de sus ciudadanos, los países tendrán que cooperar en la implementación de iniciativas de gobernanza global que prioricen un sistema de tributación justo.

El cambio climático y la tributación son sólo dos de las cuestiones que demandan coordinación global, pero la lista sigue. Las políticas monetarias de los grandes bancos centrales que controlan monedas de reserva (como la Reserva Federal de Estados Unidos) pueden provocar importantes efectos derrame, lo mismo que las políticas cambiarias autodestructivas o las normas sobre flujos financieros transfronterizos. En la mayoría de estos casos, el daño va de los países grandes a los pequeños; pero si resultan afectados suficientes países pequeños, el daño agregado puede revertir a las grandes economías (como se vio en la crisis de deuda europea).

Dada la escala de estos desafíos, la única opción es cooperar internacionalmente y fortalecer las instituciones y organismos globales y regionales, como el Fondo Monetario Internacional, la UE y el G20 (que el mes que viene se reunirá en Hangzhou, China). Pero la gobernanza global no es una propuesta excluyente. Cuando las políticas nacionales o locales bastan para resolver un problema, deben ser las aplicadas.

De hecho, el principio de subsidiariedad (por el cual la toma de decisiones debe ocurrir en el nivel más local posible) es esencial para una gobernanza global flexible y funcional. La presencia de marcos de gobernanza global no debe ser nunca excusa para la inacción nacional o local. La política pública es un esfuerzo multinivel y multicanal con dimensiones local, nacional, regional y global. Lo ideal sería que los debates en materia de políticas reconozcan esta realidad.

También debemos reconocer la urgencia de sostener la fe en la gobernanza global desde otra perspectiva. En Estados Unidos, Asia, Europa y Medio Oriente, un resurgimiento de la política identitaria y el nacionalismo xenófobo amenaza con repetir las grandes tragedias del siglo XX. En estas circunstancias, es necesario reforzar la existencia y atender a las necesidades de una comunidad global, no sólo por razones económicas, sino también para ayudar a garantizar un mundo en paz.

\*\*\*

## ANABEL GONZÁLEZ

Directora del Grupo “Práctica Global de Comercio & Competitividad”, del Banco Mundial.

### La globalización es la única respuesta

El referéndum para decidir la salida del Reino Unido de la Unión Europea (*brexit*) y las elecciones presidenciales en Estados Unidos han mostrado, entre otras cosas, que la falta de confianza pública en la integración global va en aumento. Esa desconfianza podría descarrilar los nuevos acuerdos comerciales que están en proceso de negociación e impedir que se inicien otros en el futuro.

El peligro implícito de este escenario no debería subestimarse. El aislacionismo y el proteccionismo, llevados al extremo, podrían poner en peligro el motor económico del comercio que ha traído paz y prosperidad al mundo durante décadas.

Como exministra de Comercio de Costa Rica, sé cuán difícil es para los países –desarrollados y en desarrollo por igual– diseñar políticas comerciales que beneficien a toda su población. Pero porque manejar los efectos de la globalización es complejo, no significa que deberíamos rendirnos y desistir.

En el mundo en desarrollo, el comercio ha generado un alto crecimiento y avances tecnológicos. Según el Banco Mundial, desde 1990 el comercio ha ayudado a reducir a la mitad la cantidad de personas que viven en situación de pobreza extrema. Estos logros, aunque notables, no son necesariamente permanentes. Si los países de ingreso alto cierran su acceso –y el de sus consumidores– a los mercados mundiales, son los más pobres del mundo los que más sufrirán.

El comercio prospera en un entorno abierto de participantes que actúan de buena fe y regido por reglas claras. A falta de esto, las fuerzas de la globalización pueden transformar la cooperación en conflicto. Por eso los encargados de formular políticas deberían concentrarse en cuatro ámbitos.

En primer lugar, los países deberían dismantelar sus medidas proteccionistas, y comprometerse firmemente a no implementar políticas que distorsionen los mercados mundiales.

Segundo, los países deberían aunar esfuerzos para actualizar las normas internacionales que rigen el comercio a fin de responder a las cambiantes condiciones económicas, y tienen que implementar efectivamente los acuerdos negociados.

En tercer lugar, los países e instituciones como la Organización Mundial del Comercio deberían trabajar en conjunto para eliminar las barreras que aumentan los costos del comercio. En particular, deben abolir los subsidios agrícolas, eliminar las restricciones al comercio de servicios, mejorar la conectividad, facilitar el comercio transfronterizo y la inversión, y aumentar el financiamiento para el sector.

Por último, y lo más importante, los países ricos deberían respaldar los esfuerzos de los países en desarrollo para integrarse más a la economía mundial. Visto el impacto del comercio en la reducción de la pobreza, esto es un imperativo moral; es además indispensable para la paz y la estabilidad.

Es claro que el comercio debe generar beneficios para todos los países y para todas las personas, desde aquellos trabajadores que sufren por los cierres de plantas en Europa o Estados Unidos hasta los agricultores de subsistencia que se encuentran atrapados en economías informales en África y Asia del Sur. Sin embargo, aquellos que sugieren que el comercio es un juego de suma cero están simplemente evitando referirse a las preguntas difíciles: ¿quién debería asumir los dolorosos costos de los ajustes provocados por el comercio y las nuevas tecnologías? ¿Qué políticas podrían facilitar que las personas desplazadas puedan buscar nuevas oportunidades? ¿Cómo pueden los países mantener el crecimiento basado en la productividad en una época de trastornos frecuentes y repentinos?

Los desafíos de la integración global no son nuevos, pero tampoco pueden ser ignorados. Los encargados de políticas deberían prestar atención a las enseñanzas de la historia económica. Por encima de todo, deberían considerar que incluso durante periodos anteriores de rápido cambio tecnológico, muchas más personas se beneficiaron del comercio libre y abierto que de las barreras proteccionistas.

Ningún país en el mundo de hoy puede aislarse de los bienes, servicios, capital, ideas o personas del exterior. Más bien, los líderes deberían promover más comercio para incluir a más personas. Para ello es necesario adoptar reglas internacionales para gestionar la apertura y la interdependencia; establecer redes de protección social más sólidas; invertir en innovación, educación y capacitación, e infraestructura, y crear un entorno regulatorio más propicio para las empresas y los emprendedores con el fin de fomentar un mayor y más inclusivo crecimiento.

Ningún país puede generar prosperidad a largo plazo para su población por sí solo. Mayor cooperación internacional e integración económica son el único camino posible.

\*\*\*

## **JOSEPH E. STIGLITZ**

*Premio Nobel de Economía (2001). Profesor de la Universidad de Columbia. Co-Presidente del Grupo de Expertos de Alto Nivel sobre Performance Económica de la OCDE.*

### **La globalización y sus nuevos malestares**

Hace quince años escribí un pequeño libro titulado "El malestar en la globalización", este libro describía la creciente oposición en el mundo en desarrollo a las reformas globalizadoras. Era algo muy misterioso: a las personas en los países en desarrollo se les había dicho que la globalización

aumentaría el bienestar general. Si ese era el caso, ¿por qué tantas personas se tornaron hostiles a la globalización?

En la actualidad, a dichos opositores a la globalización en los mercados emergentes y los países en desarrollo se les han unido decenas de millones de personas en los países avanzados. Las encuestas de opinión, incluyendo un cuidadoso estudio realizado por Stanley Greenberg y sus asociados para el Instituto Roosevelt, muestran que **el comercio es una de las principales fuentes de malestar para un gran porcentaje de estadounidenses. Puntos de vista similares se hacen también patentes en Europa.**

¿Cómo puede ser tan vilipendiado algo que nuestros líderes políticos – y muchos economistas – dijeron haría que todos estemos mejor?

Una de las respuestas que ocasionalmente se escucha emitir a los economistas neoliberales que abogaron por dichas políticas es que las personas *están mejor*. Simplemente, ellas no lo saben. Su malestar es un tema a ser tratado por psiquiatras, no por economistas.

Sin embargo, los datos de ingresos sugieren que son los economistas neoliberales quienes podrían beneficiarse de la terapia psiquiátrica. **Grandes segmentos de la población en los países avanzados no están bien: en EE.UU., el 90% inferior en la distribución de ingresos ha sufrido de estancamiento de ingresos durante un tercio de siglo. El promedio de los ingresos entre trabajadores a tiempo completo es en realidad más bajo en términos reales (ajustados a la inflación) del que se tuvo hace 42 años. Y, en la parte más baja de dicha distribución de ingresos, los salarios reales se asemejan a los niveles salariales que se tenían hace 60 años.**

Los efectos del dolor y la dislocación económica que muchos estadounidenses están experimentando incluso se muestra en las estadísticas de salud. Por ejemplo, los economistas Anne Case y Angus Deaton, ganadores del premio Nobel de este año, han demostrado que la esperanza de vida entre los segmentos de estadounidenses de raza blanca está disminuyendo.

Las cosas están un poco mejor en Europa – pero sólo un poco mejor. El nuevo libro de Branko Milanovic "Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization" proporciona algunas perspectivas vitales al mirar **a los grandes ganadores y perdedores en términos de ingresos durante dos décadas, desde el año 1988 al 2008. Entre los grandes ganadores estuvieron el 1% global, los plutócratas del mundo, pero también estuvo la clase media de las economías emergentes. Entre los grandes perdedores – los que ganaron poco o nada – estuvieron aquellos que forman parte de las clases baja, media y trabajadora en los países avanzados. La globalización no es la única razón, pero es una de las razones.**

Bajo el supuesto de mercados perfectos (que subyace a la mayoría de los análisis económicos neoliberales), el libre comercio iguala los salarios de los trabajadores no cualificados en todo el mundo. El comercio de mercancías es un sustituto para el desplazamiento de personas. La importación de mercancías procedentes de China – mercancías que para producirse requieren

de una gran cantidad de trabajadores no cualificados – reduce la demanda de trabajadores no cualificados en Europa y EE.UU.

Esta fuerza es tan poderosa que si no existieran los costos de transporte, y si EE.UU. y Europa no tuvieran otra fuente de ventaja competitiva, como lo es, por ejemplo, la tecnología, con el transcurso del tiempo la situación se haría semejante a una en la que los trabajadores chinos habrían emigrado a EE.UU. y Europa, hasta eliminar por completo las diferencias salariales. No es sorprendente que los neoliberales nunca publicitaron esta consecuencia de la liberalización del comercio, tal como afirmaron – se podría decir mintieron – sobre que todos iban a beneficiarse.

El fracaso de la globalización en cuanto a cumplir con las promesas emitidas por los políticos convencionales, sin duda, ha socavado la confianza en la “élite”. Y, las ofertas hechas por los gobiernos con relación a rescates generosos para los bancos causantes de la crisis financiera del año 2008 – dejando simultáneamente a los ciudadanos comunes para que ellos, en gran medida, se valgan por sí solos – reforzaron la opinión de que el mencionado fracaso de la globalización no era simplemente un asunto de juicios erróneos económicos.

En EE.UU., los republicanos del Congreso incluso se opusieron a prestar ayuda a aquellos que se vieron directamente lastimados por la globalización. De manera más general, los neoliberales, al parecer preocupados por los efectos de los incentivos adversos, se han opuesto a las medidas de bienestar que habrían protegido a los perdedores.

Pero, no se puede tener ambas cosas: si la globalización va a beneficiar a la mayoría de los miembros de la sociedad, se deben establecer fuertes medidas de protección social. Los escandinavos se dieron cuenta de esto mucho tiempo atrás; esto fue parte del contrato social que mantuvo a una sociedad abierta – abierta a la globalización y a los cambios en la tecnología. Los neoliberales en el resto del mundo no se dieron cuenta de ello – y ahora, en procesos electorarios en EE.UU. y Europa, están recibiendo su merecido castigo.

La globalización es, por supuesto, sólo una parte de lo que está pasando; la innovación tecnológica es otra parte. Pero, se suponía que toda esa apertura y disturbios iban a hacernos a todos más ricos y que los países avanzados iban a poder introducir políticas para garantizar que las ganancias sean ampliamente compartidas.

Pero ocurrió todo lo contrario, se impulsaron políticas que reestructuraron los mercados en una forma que se incrementó la desigualdad y se socavó el rendimiento económico en general; en los hechos, el crecimiento se desaceleró en la medida que se reescribieron las reglas del juego con el propósito de hacer avanzar los intereses de los bancos y las empresas – es decir de los ricos y poderosos – a expensas de todos los demás. El poder de negociación de los trabajadores se debilitó; en EE.UU., al menos, las leyes de la competencia no se mantuvieron al día con los tiempos; y, las leyes existentes se aplican de forma inadecuada. La financiarización continuó a buen ritmo y el

gobierno corporativo empeoró.

Ahora, como señalo en mi reciente libro "Rewriting the Rules of the American Economy", **se deben cambiar nuevamente las reglas del juego – y estas deben incluir medidas para sosegar la globalización**. Los dos nuevos grandes acuerdos que el presidente Barack Obama ha estado impulsando – la Asociación Trans-Pacífico entre los EE.UU. y 11 países de la costa del Pacífico, y la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión entre la UE y EE.UU. – son pasos en la dirección equivocada.

El principal mensaje del *Malestar en la globalización* fue que el problema no era de la globalización, sino cómo se gestionaba el proceso de la misma. Lamentablemente, la forma de gestión no cambió. Quince años más tarde, los nuevos malestares han hecho que ese mensaje llegue a las economías avanzadas.

\*\*\*

## SHLOMO BEN-AMI

*Ex Ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Vicepresidente del Centro Internacional Toledo por la Paz. Autor de "Scars of War, Wounds of Peace: The Israeli-Arab Tragedy".*

### Populismo, pasado y presente

Parece que hoy en día casi ninguna democracia occidental está a salvo del populismo de derecha. Pero aunque la retórica populista esté llegando a extremos de agitación, con serias consecuencias entre las que destaca la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea, lo cierto es que el nativismo que representa es un viejo azote de la política democrática.

**Los movimientos populistas tienden a centrarse en la acusación**. El padre Charles Coughlin, un sacerdote católico de Detroit que en los años treinta promovió una agenda fascista para Estados Unidos, se había empeñado en individualizar y eliminar a los culpables de los problemas de la sociedad; hoy, **los populistas de derecha se las han agarrado con el "establishment" y las "élites"**.

**En Europa, esto supone echar la culpa de todos los males a la UE**. Hacer frente a las causas complejas de los problemas económicos y sociales de la actualidad (por ejemplo, el peso del privilegio hereditario y la inmovilidad social en el RU y Francia) es difícil; mucho más fácil es acusar a la UE y pintarla como un monstruo malvado.

Además de la búsqueda de culpables, **la ideología populista apela sobre todo a la nostalgia**. La conmoción que hoy se vive en Europa recuerda el repudio de Edmund Burke en 1790 a la Revolución Francesa como producto de una fe errada en ideas que desafiaron el apego del pueblo a la historia y la tradición.

Para los partidarios del Brexit en el RU, el mundo sin fronteras, representado por la UE con su compromiso con la globalización, está destruyendo a la

nación-estado, que protegía mejor sus intereses. En la campaña del referendo, hablaban de un pasado en que los empleos duraban toda la vida, uno conocía a sus vecinos y la seguridad estaba garantizada. Que ese pasado haya existido o no les pareció irrelevante.

La última vez que las democracias europeas fueron capturadas por movimientos políticos radicales, en los años treinta, la base de apoyo principal de los demagogos fue la vieja clase media baja, cuyos miembros temían quedar desposeídos y arrojados a la pobreza por fuerzas económicas descontroladas. Tras la larga crisis del euro y las penosas medidas de austeridad que siguieron, los populistas actuales han podido apelar a miedos similares, sobre todo (como la otra vez) los de trabajadores de mayor edad y otros grupos vulnerables.

Pero Europa no es el único lugar expuesto al embate populista. Estados Unidos, donde Donald Trump logró la nominación por el Partido Republicano como candidato para la presidencia, también corre serio riesgo. Trump presenta una imagen sombría de la vida en los Estados Unidos de hoy, y culpa a la globalización (en concreto, a la inmigración), y a los líderes del “*establishment*” que la promovieron, por las penurias del trabajador estadounidense ordinario. Su consigna, “hacer a Estados Unidos grande otra vez”, es una exhibición cabal de pseudonostalgia populista.

Además, así como los partidarios del Brexit quieren retirarse de Europa, Trump quiere retirar a Estados Unidos de diversos organismos internacionales de los que forma parte, incluso esencial. Ha propuesto prescindir de la OTAN, y declaró que los aliados de Estados Unidos deberían pagar por la protección que les brinda. También lanzó catilinarias contra el libre comercio y hasta contra las Naciones Unidas.

Como en otras partes, el proteccionismo y narcisismo nacional de Trump se basan en los temores de los afectados por las impersonales e inescrutables fuerzas del “mercado”. El giro al populismo constituye una revuelta contra la ortodoxia intelectual personificada por élites profesionales cosmopolitas. En la campaña por el Brexit, la palabra “experto” se volvió un insulto.

No implica esto que el cuestionamiento al establishment no tenga un grado de razón; el establishment no siempre mantiene contacto con la gente. A veces el populismo puede ser un canal legítimo para que votantes disconformes expresen su malestar y pidan un cambio de rumbo. Y en Europa, abundan motivos reales de disconformidad: la austeridad, el alto desempleo juvenil, el déficit democrático de la UE y la hipertrofia de la burocracia de Bruselas.

Pero en vez de concentrarse en hallar soluciones reales, los populistas de hoy suelen apelar a los instintos más bajos de los votantes. En muchos casos, anteponen los sentimientos a los hechos, atizan el miedo y el odio, y se apoyan en consignas nativistas. Y en realidad, les interesa menos abordar los problemas económicos que usarlos para obtener apoyo para una agenda que implica retrotraer la apertura social y cultural.



Esto se ve ante todo en el debate sobre las migraciones. En Estados Unidos, Trump obtuvo apoyo con sus propuestas de impedir la entrada de musulmanes a Estados Unidos y erigir un muro para detener a los que cruzan la frontera desde México. En Europa, los líderes populistas aprovecharon el ingreso de refugiados que huyen de las guerras en Medio Oriente para convencer a la gente de que las políticas impuestas por la UE no sólo amenazan la seguridad de los europeos, sino también su cultura.

El hecho de que casi todas las regiones británicas que votaron por el Brexit habían recibido cuantiosos subsidios de la UE abona esta interpretación. Lo mismo dicen las circunstancias en Alemania. A pesar de que la llegada el año pasado de un millón de inmigrantes, en su mayoría musulmanes, no perjudicó a la economía (que mantiene el pleno empleo), muchos rechazan la idea que tiene la canciller Angela Merkel de una nueva Alemania más multicultural.

En pocas palabras: para muchos europeos, los inmigrantes no son tanto una amenaza a sus medios de vida cuanto un desafío a sus identidades nacionales y tribales. Líderes populistas como Nigel Farage, del Partido de la Independencia del RU, no dudaron en explotar esta angustia cultural, y llevaron a los británicos a votar, en última instancia, contra sus propios intereses.

Sin embargo, el malestar que populistas como Farage y Trump manipulan es real. Para preservar los principios de apertura y democracia de los que depende la continuidad del progreso social y económico, es preciso entenderlo y resolverlo. De lo contrario, los populistas seguirán ganando apoyo, con consecuencias potencialmente graves, como muestra la debacle del Brexit.

Felizmente, la historia también enseña que el ascenso populista es evitable. En los años treinta, mientras Europa caía en manos de tiranos o de líderes democráticos banales, el *New Deal* del presidente Franklin Roosevelt en Estados Unidos derrotó a los Coughlin y otros populistas similares. Precisamente eso salvará a la Europa de hoy: un nuevo pacto que corrija el creciente déficit democrático de la UE y ponga fin a las contraproducentes políticas de austeridad.

\*\*\*

## JEAN-PAUL FITOUSSI y KHALID MALIK

*Profesor Emerito de Economía en Sciences-Po y Director de Investigación del Centro de Investigación Económica, Universidad Sciences-Po, Paris).*

*Ex Director del Reporte de Desarrollo Humano de Naciones Unidas (2012-2014).*

### **Poner a las personas primero en Europa**

El mismo tipo de descontento populista que dio impulso al Brexit en el Reino Unido está avanzando en toda Europa, lo que sugiere que las autoridades han perdido de vista el objetivo central del proyecto europeo: asegurar el bienestar de todos los europeos. Como lo expresara el primer Informe de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas en 1990: “Las personas son la verdadera

riqueza de una nación”.

La mejor manera de invertir en el capital humano de un país o región es a través de la equidad social. En su magistral "La idea de la justicia", Amartya Sen concluye que para alcanzar una verdadera equidad social no se requiere un trato igualitario para todos, sino más bien un trato no igualitario que favorezca a los pobres y a los desfavorecidos. La mera equidad en las finanzas públicas o ante la ley no basta si no consideramos también los diferentes puntos de partida de las personas y grupos en la sociedad. Reconociendo este punto, los sucesivos informes de la ONU desde 1990 han recalcado que tanto las economías como las sociedades son más sólidas cuando las políticas públicas ponen el bienestar de la gente en primer lugar.

Sin embargo, esta perspectiva todavía no ha arraigado en la elite de formulación de políticas de la UE, donde economistas y políticos bienintencionados a menudo creen estar haciendo lo correcto al equilibrar presupuestos y poner límites al gasto, por lo general mediante recortes a la sanidad, la educación y la infraestructura. Con poca evidencia empírica, creen que si hoy se es prudente en lo fiscal se logrará una economía más sólida mañana.

Esta es la mentalidad que subyace a las actuales combinaciones de políticas en Europa, donde conviven la austeridad fiscal con la “reforma estructural”, lo que significa menos gasto en seguridad social y menos normas de protección a los trabajadores. Obviamente, los pobres y la clase media cargan con el mayor peso de estos costes.

Pero este enfoque plantea varios otros problemas. Cuando el economista de la Universidad de Oxford Tony Atkinson examinó el desempeño económico del Reino Unido desde el punto de vista de la desigualdad, los años 80, que en general se consideraban una década sólida en términos de crecimiento, parecían mucho peores, mientras que los 90, considerados una década de bajo crecimiento, lucían bastante mejor.

Lo que encontró Atkinson apuntan a una pregunta central: ¿quién se beneficia del crecimiento, la mayoría o unos pocos? Si se puede decir que una economía crece cuando una pequeña minoría recibe gran parte de lo que se gana mientras que el resto sigue igual o empeora, el concepto de crecimiento económico pierde gran parte de su significado.

Esto lleva a un segundo problema con el paradigma predominante: los indicadores económicos abstractos quedan por delante de las personas de carne y hueso. Puesto que el producto interno bruto es el indicador de referencia para medir el valor de una economía, se pasan por alto muchos factores que contribuyen al bienestar humano, y el gasto en necesidades fundamentales, como la salud y la educación, acaba viéndose como un gasto más que como una inversión esencial.

Si las autoridades vieran ese gasto como inversión, podrían comenzar a pensar en cómo generar el máximo de retornos. Como con todas las inversiones en

capital fijo o humano, puede que estos vayan disminuyendo a medida que se sube de nivel. Así, en lugar de canalizar los beneficios económicos a los ricos y suponer que se “derramarán”, les convendría evaluar si invertir en oportunidades para los pobres en realidad contribuye al crecimiento económico. En los Estados Unidos, la Ley de Reajuste para Militares fue un éxito porque proporcionaba formación a quienes la necesitaran, permitiendo el reingreso de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial a la economía productiva y creando una fuerza laboral más educada que dio pie a un periodo de crecimiento salarial para la mayoría de los estadounidenses.

Un tercer problema del enfoque actual es que su objetivo central no es el pleno empleo. Es tiempo de volver a las políticas macroeconómicas de los años 50 y 60, que reconocían los beneficios del pleno empleo al fomentar la estabilidad social y un crecimiento sostenible. Como demuestra el modelo nórdico, un alto nivel de empleo es beneficioso para la economía porque asegura que se reciban ingresos tributarios adecuados para financiar altos niveles de inversión, lo que crea un círculo virtuoso.

Por el contrario, hoy muchos países europeos están sumidos en un círculo vicioso en que las políticas de austeridad empeoran el problema del desempleo juvenil, lo que no sólo es innecesario sino que también arriesga a crear una generación mal preparada para conducir el crecimiento futuro. Como señalara John Maynard Keynes en 1937: “El auge, no la recesión, es el mejor momento para la austeridad en el Tesoro”. En la recesión actual, los países europeos deberían estar invirtiendo en su capital humano para estimular el crecimiento potencial de sus economías.

El cuarto problema es que las políticas fiscales de los países europeos no ponen énfasis en la creatividad y la innovación, que se benefician no sólo con un entorno normativo propicio, sino también de una infraestructura y educación de alta calidad. Es necesario que los gobiernos reduzcan las trabas burocráticas para que los emprendedores asuman más riesgos. Pero las compañías innovadoras de la talla de Apple, Facebook y Twitter también dependen de gente que haya tenido acceso a sistemas educacionales bien financiados. Y si bien en Europa existe un creciente sector de “tech for good” (transformación digital de los servicios), sólo funcionará si tiene el apoyo de una infraestructura al día, lo que suele requerir inversión pública.

Las autoridades de Europa (y otros países) tienen que ajustar su mentalidad (en particular en lo fiscal) para priorizar a las personas. Los gobiernos que se proponen como objetivo central el máximo bienestar humano acaban no sólo estimulando un mayor crecimiento económico, sino también fomentando un panorama político más equilibrado.

\*\*\*

## JAVIER SOLANA

*Ex Alto Representativo de la UE para la Política Exterior y de Seguridad, Ex Secretario General de la OTAN, Ex Ministro de Asuntos Exteriores de España. Actualmente Presidente del Centro para la Economía Global y Geopolítica de la Universidad ESADE.*

### Frenar el avance del populismo

Los populismos, con sus autoproclamadas victorias sobre las élites, coinciden en señalar a la globalización como la causa de los problemas que sufren los ciudadanos. Sus discursos están especialmente dirigidos a quienes, en los últimos años, han visto descender su nivel de vida y se han sentido ajenos a los procesos globales, de los que otros parecían beneficiarse. Es cierto que estos agravios no han sido la única chispa que ha encendido el movimiento anti-globalización, y prueba de ello es que también ha calado en países con bajas tasas de desempleo y salarios crecientes, pero el debate ocupa la actualidad y no debemos ignorarlo.

En primer lugar, porque no hay duda de que el apoyo a estos partidos sigue creciendo y, de no hacer nada, podemos encontrarnos con importantes retrocesos en nuestras sociedades. En segundo lugar, porque **debemos dar una respuesta a quienes se han sentido abandonados por las clases políticas.** La estupefacción que nos provoca pensar que Donald Trump o Marine Le Pen puedan gobernar debe ser **la llamada de atención ante una cuestión pendiente: la creciente desigualdad en nuestras sociedades.**

**La globalización ha supuesto la salida de muchos de la pobreza y la reducción de la desigualdad a nivel global, es decir, entre países. Como señala Branko Milanovic, estamos ante el primer descenso de la desigualdad global de los últimos doscientos años y en el momento de mayor restructuración de la renta personal desde la Revolución Industrial. En este período, quienes han visto aumentar sus ingresos han sido las clases medias y altas de los países asiáticos y las clases más altas, a nivel global. Esto ha llevado el aumento de la desigualdad dentro de los países.** El ejemplo más evidente es el de Estados Unidos, donde el coeficiente de Gini (el índice que mide los niveles de igualdad) subió cinco puntos entre los años 1990 y 2013, pero también ha ocurrido en menor medida en China, India y en la mayoría de países europeos.

Para los ciudadanos de muchos países desarrollados el hecho de que millones de personas que viven a miles de kilómetros de distancia hayan salido de la pobreza, es una realidad muy lejana. En cambio, han visto durante estos años cómo sus salarios se han estancado y han aumentado las desigualdades entre ellos y sus vecinos más ricos. Esto ha causado una desvinculación con las llamadas “élites”, aunque esta categoría sea muy difusa, y un rechazo a la apertura, tanto de las economías como de las sociedades. Sin duda, las transformaciones económicas tienen efectos en la política.

**Debemos dar una respuesta a la realidad de tantos ciudadanos que buscan su salvación en quienes ofrecen volver a un mundo, que nunca existió, en el que los Estados son autosuficientes, igualitarios e inmunes a las circunstancias externas. El auge del populismo demuestra que las clases políticas no han**

atendido de manera suficiente estas necesidades y ha faltado conexión con los ciudadanos ante los que tienen que responder. Es, además, importante considerar sinceramente la desigualdad de nuestras sociedades ante el impacto que las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial tendrán en el mercado laboral. Según la OCDE, la automatización de las tareas manuales y repetitivas impactará fundamentalmente en aquellos que no han accedido a estudios superiores, lo que previsiblemente intensificará la polarización de la sociedad.

Para lograr soluciones efectivas, la cuestión debe considerarse a todos los niveles, incluyendo sin duda el nacional. La globalización requiere gobiernos nacionales sólidos y capaces de atender las necesidades sociales. Una de las grandes quejas de estas clases medias occidentales es el abandono por parte de sus clases dirigentes, que han centrado su labor en las grandes cumbres internacionales descuidando el devenir de las pequeñas localidades. Son los gobiernos nacionales quienes deben mantener el contacto y el vínculo con los ciudadanos, defendiendo sus intereses y buscando su beneficio. Nada tiene que ver con darle la espalda a la globalización, ni con introducir medidas proteccionistas, sino con fomentar el equilibrio social que sostiene los sistemas democráticos. Para ello, no basta con aplicar soluciones paliativas de la desigualdad actual sino que se deben diseñar medidas preventivas. Son particularmente relevantes las políticas de educación y formación continuada adecuadas al mundo presente y al que viene, en el que la creatividad, la capacidad para resolver problemas o las aptitudes interpersonales son irremplazables.

Los gobiernos nacionales son, a la vez, los componentes básicos de la gobernanza global y sus arquitectos. Aún queda mucho por construir en el sistema de gobernanza global, que se ha demostrado insuficiente para gobernar la compleja economía global, especialmente en ámbitos como la fiscalidad o el empleo. Asimismo, los foros internacionales deben incluir estos debates y convenir acciones globales. En la pasada cumbre del G20, ya se introdujo la cuestión de la creciente desigualdad en muchos países, como un riesgo para el crecimiento inclusivo y la cohesión social. La agenda de la próxima cumbre, que tendrá lugar a principios de septiembre en China, ya incluye en su agenda explorar medidas concretas para reducir la desigualdad.

Es el momento de dar pasos reales. En los próximos meses hay elecciones cruciales. Permitir la victoria del populismo pondría en peligro muchas conquistas sociales y sería el mayor fallo a los ciudadanos. El resultado del referéndum británico nos ha despertado de una ilusión en la que veíamos acercarse los riesgos, confiando en que nunca llegarían a materializarse. Ahora sabemos que lo impensable puede ocurrir. Hay un número significativo de ciudadanos que apoyan las propuestas antiglobalización y sus mensajes calan rápidamente en quienes no han disfrutado de las ventajas de la globalización y se han sentido olvidados en la toma de decisiones. La conexión con ellos y la apuesta por su futuro serán cruciales para las próximas elecciones y para la estabilidad de nuestras sociedades.



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-SETIEMBRE-2016

Estimados Asociados:

En este cuarto envío de nuestras "Cuestiones para Reflexionar" he seleccionado una serie de artículos recientes referidos al debate actual sobre la situación política en Europa, las perspectivas en Brasil, así como también cuatro artículos dedicados a la dinámica económica y financiera global y vinculados al debate sobre el fin del uso del efectivo, la distribución regresiva del ingreso, China como potencia global y alternativas para combatir el estancamiento secular.

En particular, se eligieron los siguientes textos:

- 1- Salvar a los refugiados para salvar a Europa (*George Soros*)**
- 2- La última oportunidad de Europa (*Joschka Fischer*)**
- 3- La salida para Brasil (*Otaviano Canuto*)**
- 4- El Gran Estancamiento del Ingreso (*Laura Tyson & Anu Mavdgacar*)**
- 5- Por un mundo con menos efectivo (*Kenneth Rogoff*)**
- 6- El crecimiento mundial aún está "Hecho en China" (*Stephen Roach*)**
- 7- Cómo combatir el estancamiento secular? (*Michael Spence*)**

Hemos resaltado en cada texto, los párrafos más sobresalientes, para facilitar la lectura.

Espero lo disfruten

*Javier Mutal Hodara*  
*Director Coordinador*  
*CICyP*  
[Javier.mutal@cicyp.com.ar](mailto:Javier.mutal@cicyp.com.ar)  
1158318534  
60092460

## GEORGE SOROS

*Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations. A pioneer of the hedge-fund industry, he is the author of many books, including The Alchemy of Finance, The New Paradigm for Financial Markets: The Credit Crisis of 2008 and What it Means, and The Tragedy of the European Union.*

### Salvar a los refugiados para salvar a Europa

La crisis de los refugiados en Europa ya empujaba a la Unión Europea hacia su desintegración desde antes del 23 de junio, cuando encima impulsó el voto británico por el Brexit. La crisis, y la consiguiente calamidad del Brexit, han dado sustento a movimientos xenófobos y nacionalistas, que intentarán ganar diversas elecciones próximas, entre ellas las nacionales en Francia, Holanda y Alemania en 2017, un referendo sobre la política europea de refugiados que se celebrará en Hungría el 2 de octubre, y la repetición de la elección presidencial austríaca el 4 de diciembre.

En vez de unirse y cooperar para resistir esta amenaza, los estados miembros de la UE se han lanzado a aplicar políticas migratorias centradas en sus propios intereses a costa de sus vecinos (como la construcción de vallados fronterizos), que aumentan la fragmentación de la Unión, perjudican seriamente a los países europeos y subvierten normas internacionales de derechos humanos.

La actual y fragmentaria respuesta a la crisis de los refugiados, cuya expresión máxima es el acuerdo alcanzado hace unos meses entre la UE y Turquía para detener el flujo de refugiados procedentes del Mediterráneo oriental, tiene cuatro defectos fundamentales. En primer lugar, no es una política verdaderamente europea; el acuerdo con Turquía fue negociado e impuesto a Europa por la canciller alemana Angela Merkel. En segundo lugar, está pésimamente financiada. En tercer lugar, convirtió en los hechos a Grecia en una cárcel a cielo abierto, mal preparada para alojar a tantos refugiados. Peor aún, la política actual no es voluntaria. La UE intenta imponer cuotas a las que muchos estados miembros se oponen tenazmente; obliga a los refugiados a radicarse en países donde no son bienvenidos y a los que no quieren ir; y devuelve por la fuerza a Turquía a los que llegaron a Europa por vías irregulares.

Es una desgracia, porque la UE no podrá sobrevivir sin una política migratoria y de asilo integral. La crisis actual no es un hecho aislado, sino preanuncio de una época prolongada de mayor presión migratoria por una variedad de causas, entre ellas: las carencias demográficas de Europa y una explosión poblacional en África; conflictos políticos y militares sin fin a la vista en el contexto regional amplio; y el cambio climático.

El acuerdo con Turquía fue problemático desde el inicio. Se basó en una premisa fundamentalmente errada: que la devolución de solicitantes de asilo a Turquía respetaba las normas establecidas, cuando para la mayoría de los solicitantes sirios, y sobre todo después de la intentona golpista de julio,



Turquía no es un “tercer país seguro”.

**¿Cómo sería una respuesta integral?** Cualquiera sea su forma final, se apoyaría en siete pilares.

En primer lugar, la UE debe aceptar, en forma segura y ordenada, una cantidad sustancial de refugiados directamente desde los países en la primera línea del conflicto. Esto sería mucho más aceptable para la opinión pública que el desorden actual. Si la UE se comprometiera a recibir apenas 300.000 refugiados al año, la mayoría de los solicitantes de asilo auténticos verían que sus posibilidades de llegar a destino son suficientemente altas para disuadirlos de tratar de llegar a Europa ilegalmente (algo que, de intentarlo, los descalificaría para obtener ingreso legal).

En segundo lugar, la UE debe recuperar el control de sus fronteras. Las escenas de caos actuales sólo pueden provocar rechazo y temor en la opinión pública.

En tercer lugar, la UE necesita financiación suficiente para una política migratoria integral. Se calcula que se necesitarán al menos 30 000 millones de euros al año, por varios años, y las ventajas de invertir una oleada importante de dinero toda junta al principio, en vez de repartida a lo largo de varios años, son enormes.

En cuarto lugar, la UE debe crear mecanismos comunes para la protección de sus fronteras, la evaluación de solicitudes de asilo y la reubicación de los refugiados. La unificación del proceso europeo de asilo desincentivaría los intentos de abuso del sistema (asylum shopping) y recrearía la confianza entre los estados miembros.

En quinto lugar, se necesita un mecanismo voluntario de asignación de destinos a los refugiados. La UE no puede obligar a los estados miembros a aceptar refugiados que no quieren, o a los refugiados a ir a países donde no son bienvenidos. Un esquema como el que usa Canadá podría servir para conocer y coordinar entre sí las preferencias de los refugiados y de las comunidades receptoras.

En sexto lugar, la UE debe ofrecer mucho más apoyo a los países que albergan refugiados, y ser más generosa en relación con África. En vez de usar los fondos de ayuda al desarrollo al servicio último de sus propias necesidades, la UE debe ofrecer a los países receptores un megaacuerdo auténtico centrado en las suyas. Esto implica crear empleos en los países de origen de los refugiados, lo que reduciría la presión por migrar a Europa.

El último pilar es la creación de un entorno abierto a la recepción de emigrantes económicos. Dado el envejecimiento de la población europea, las ventajas que aportan los inmigrantes superan con creces los costos de su integración. Está suficientemente probado que los inmigrantes pueden contribuir considerablemente a la innovación y el desarrollo si se les da la oportunidad de hacerlo.

Estos siete principios, que describo en más detalle en otro lugar, son esenciales para calmar los temores de la opinión pública, reducir el flujo caótico de solicitantes de asilo, garantizar la plena integración de los recién llegados, forjar relaciones mutuamente ventajosas con los países de Medio Oriente y África, y cumplir las obligaciones humanitarias internacionales de Europa.

La de los refugiados no es la única crisis a la que se enfrenta Europa, pero es la más apremiante. Un progreso significativo en esta cuestión haría más fácil encarar las otras, desde la irresuelta crisis de deuda griega y las consecuencias del Brexit hasta el desafío planteado por Rusia. Todas las partes deben encajar, y la probabilidad de éxito sigue siendo baja. Pero mientras haya una estrategia capaz de funcionar, todos los que quieren la continuidad de la UE deben unirse en pos de ella

\*\*\*

## JOSCHKA FISCHER

*Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protests of the 1960s and 1970s, and played a key role in founding Germany's Green Party, which he led for almost two decades.*

## La última oportunidad de Europa

Gran parte de la historia de Europa estuvo marcada por el conflicto. El historiador norteamericano Robert Kagan escribió en 2003 que "los norteamericanos son de Marte y los europeos, de Venus"; pero Europa, durante siglos, fue hogar del dios romano de la guerra, no de la diosa del amor. Venus encontró un hogar en Europa recién después de la Segunda Guerra Mundial, cuando surgieron muchas instituciones de gobernanza global, entre ellas las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el sistema monetario de Bretton Woods. Durante la Guerra Fría, los países europeos perdieron todo menos su soberanía en manos de dos nuevas superpotencias globales, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Finalmente, las dos superpotencias renunciaron a ese control dividido y el antiguo sistema estatal europeo fue reemplazado por la Unión Europea, con su promesa de paz eterna entre los estados miembro de la UE, y entre Europa y el mundo en general. El colapso del comunismo en Europa, seguido del de la Unión Soviética en 1991, se describió de manera triunfante en Europa y Estados Unidos como el "fin de la historia" -el triunfo global de la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado.

Unas pocas décadas después, en el annus horribilis de 2016, todo esto suena bastante ingenuo. En lugar de una paz sostenida y de una "unión cada vez más estrecha", los europeos están experimentando episodios de desorden y violencia casi a diario. Estos incluyen la decisión del Reino Unido de abandonar

la UE, un aluvión de ataques terroristas en París, Niza, Normandía y otras partes; una renovada agresión por parte de Rusia; y un fallido golpe sangriento en Turquía, seguido de las medidas enérgicas del presidente turco, Recep Tayyip Erdoğan, contra la sociedad civil turca, que ha planteado temores sobre la fiabilidad de Turquía como socio de Occidente.

Es más, la crisis de refugiados de Europa, con las personas en busca de asilo que llegan desde Oriente Medio y el norte de África, todavía tiene que resolverse. Los efectos de derrame de las guerras civiles y las dictaduras militares en el vecindario de Europa siguen amenazando al continente, y Estados Unidos parece estar cansándose de su papel de garante universal de la seguridad y el orden globales. Estos y otros factores han llevado a muchos europeos a creer que los años de paz quedaron atrás.

Uno podría pensar que esta diversidad de problemas motivaría a los europeos a fortalecer la UE, para tomar control de la situación y mitigar los crecientes riesgos. En lugar de eso, muchos europeos están detrás de pancartas populistas a favor del nacionalismo y aislacionismo del siglo XIX y principios del siglo XX.

Este no es un buen presagio para Europa. En el siglo XXI, un alejamiento de la cooperación y la integración equivale a enterrar la cabeza en la arena y esperar que los peligros pasen. Y, mientras tanto, el resurgimiento de la xenofobia y el racismo descarado está destruyendo el tejido social que Europa necesitará para impedir las amenazas a la paz y el orden.

¿Cómo llegamos a esto? Si miramos 26 años para atrás, deberíamos admitir que la desintegración de la Unión Soviética -y, con ella, el fin de la Guerra Fría- no fue el fin de la historia, sino más bien el comienzo del desenlace del orden liberal occidental. Al perder a su enemigo existencial, Occidente perdió el contrapunto contra el cual declaró su propia superioridad moral.

Los años 1989-1991 fueron el comienzo de una transición histórica del mundo bipolar de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial hacia el mundo globalizado de hoy, un lugar familiar, pero que todavía no entendemos del todo. Algo es claro: el poder político y económico está virando del Atlántico al Pacífico, y se aleja de Europa. Esto deja muchos interrogantes abiertos: ¿Qué potencia (o potencias) forjarán este futuro orden mundial? ¿La transición será pacífica y Occidente saldrá intacto? ¿Qué tipo de nuevas instituciones de gobernanza global surgirán? ¿Y qué será de la antigua Europa -y del transatlanticismo- en una "era del Pacífico"?

Esta podría ser la última oportunidad de Europa de culminar el proyecto de unificación. La ventana histórica de oportunidad que se abrió durante el período de internacionalismo liberal occidental se está cerrando rápidamente. Si Europa pierde su oportunidad, no es exagerado decir que lo que la espera es el desastre.

Los políticos europeos hoy les ofrecen a los votantes una elección entre pragmatismo modesto y nacionalismo tempestuoso. Pero lo que Europa

necesita hoy es una tercera vía: un liderazgo político que pueda pensar de manera creativa y actuar con valentía para el largo plazo. De lo contrario, Europa puede llegar a sufrir un golpe duro.

\*\*\*

## OTAVIANO CANUTO

*Former State Secretary for International Affairs at the Brazilian Ministry of Finance, is Executive Director on the Board of the World Bank for Brazil, Colombia, the Dominican Republic, Ecuador, Haiti, Panama, the Philippines, Suriname, and Trinidad and Tobago. A former vice president and senior adviser at the World Bank, he previously served as Executive Director of the IMF and Vice President of the Inter-American Development Bank.*

### La salida para Brasil

Con la ex presidenta brasileña Dilma Rousseff destituida por juicio político, el nuevo gobierno del presidente Michel Temer debe solucionar el desorden macroeconómico brasileño. ¿Puede el gobierno de Temer salvar a una economía brasileña que se desmorona?

La situación es ciertamente desesperada. De hecho, Brasil ha estado experimentando últimamente la contracción económica más poderosa de su historia reciente. Su PBI per cápita será más del 10 % menor este año que en 2013 y el desempleo se ha disparado a más del 11 %, 4 puntos porcentuales más que en enero de 2015.

Brasil carece de una vía fácil de recuperación por un motivo sencillo: el problema actual deriva de la intensificación en los últimos años de vulnerabilidades económicas de larga data, en especial, el derroche fiscal y el anémico crecimiento de la productividad.

Consideremos la posición fiscal brasileña, que se ha deteriorado rápidamente desde 2011: un superávit primario del 3,1 % del PBI dio lugar a un déficit de más del 2,7 %; eso llevó a un déficit presupuestario general cercano al 10 % del PBI. De hecho, las causas de ese deterioro fueron creadas hace mucho tiempo.

La participación del gasto primario del gobierno brasileño en el PBI pasó del 22 % en 1991 al 36 % en 2014. Gran parte de ese gasto puede ser explicado por el compromiso para atacar la pobreza endémica —un esfuerzo que incluyó, entre otras cosas, al mayor programa de transferencias condicionales de efectivo del mundo— sin reducir los privilegios que disfrutaban los ciudadanos brasileños en mejor situación.

Durante algún tiempo, el gobierno brasileño fue capaz de financiar el aumento del gasto con la recaudación fiscal, que también subió gracias a los impuestos sobre el mayor consumo y la formalización del mercado de trabajo. Los elevados precios de las materias primas ayudaron a sostener un crecimiento del PBI cercano al 4,5 % anual entre 2003 y 2010, que también reforzó los

## ingresos gubernamentales.

Pero, por supuesto, la fuerza de trabajo formal no puede ampliarse indefinidamente y los precios de las materias primas siempre caen en algún momento. Desafortunadamente, **Brasil no logró aprovechar esa buena época para aumentar su productividad**. De hecho, solo el 10 % del crecimiento del PBI brasileño entre 2002 y 2014 puede atribuirse a aumentos de la productividad total de los factores, mientras que dos tercios fueron resultado del ingreso a la fuerza laboral de trabajadores ligeramente más capacitados. Cuando finalmente colapsó el impulso a los ingresos fiscales brasileños, los aumentos del gasto público aprobados por ley rápidamente llevaron al Brasil a un precipicio fiscal.

**Actualmente las políticas anticíclicas no son una opción, ya que sencillamente no se cuenta con suficiente margen fiscal ni monetario. Esto deja al gobierno del Brasil con una única opción real para devolver la confianza a los negocios y estimular el crecimiento económico: abordar las debilidades estructurales brasileñas.**

**La buena noticia es que el gobierno de Temer parece reconocer este imperativo y ya ha propuesto al Congreso brasileño una enmienda constitucional que prohíbe durante los próximos 20 años los aumentos anuales nominales en el gasto público, incluido el nivel subnacional, que superen la tasa inflacionaria del año anterior.**

Siempre que la inflación se estabilice en algún nivel inferior, ese límite llevaría a que la participación del gasto público en el PBI se reduzca en cuanto la economía comience a crecer nuevamente. Si los aumentos en los ingresos fiscales acompañan el crecimiento del PBI, se atenderá automáticamente a los desequilibrios fiscales y la acumulación de la deuda pública. En un momento en que Brasil cuenta con poca flexibilidad presupuestaria, una norma de ese tipo podría revolucionar el juego fiscal.

Por supuesto, un límite a la suba del gasto no elimina por sí solo la necesidad de atender a las rigideces presupuestarias existentes. El gobierno de Temer ha declarado su intención de presentar al Congreso **un plan de reforma jubilatoria** exactamente por este motivo.

En cuanto a la productividad, el gobierno se está centrando en reducir las pérdidas causadas por la insuficiente construcción de infraestructura en las últimas décadas. Aumentar la escala de la inversión en infraestructura también promete impulsar al sector privado en otros sectores. La clave será la sintonía fina en la división de responsabilidades entre el sector privado y el público — incluidas las agencias regulatorias independientes— en los distintos segmentos de los servicios de infraestructura.

El gobierno de Temer también espera aprovechar la inversión en capital humano para aumentar la productividad. Al momento, las empresas privadas brasileñas invierten menos en la capacitación del personal que las de otros países con ingresos per cápita similares, esto se debe en gran medida a los

desincentivos incorporados en las leyes fiscales y laborales (que el gobierno de Temer ha propuesto modificar).

Para maximizar el impacto de estos esfuerzos, el gobierno de Temer también debe centrarse en reducir las pérdidas del sector privado causadas por otros problemas dentro del entorno empresarial. El uso más eficiente de los recursos humanos y materiales haría que las empresas sean más competitivas e impulsaría la productividad total de los factores brasileña, especialmente si se amplía el capital humano de ese país. Si a esos esfuerzos sumamos actividades para facilitar el comercio exterior, el "espíritu animal" del emprendimiento podría desatarse y permitir que Brasil escape de la crisis actual y avance hacia un futuro más próspero.

\*\*\*

## LAURA TYSON

*Former chair of the US President's Council of Economic Advisers, is a professor at the Haas School of Business at the University of California, Berkeley, a senior adviser at the Rock Creek Group, and a member of the World Economic Forum Global Agenda Council on Gender Parity.*

## ANU MADGAVKAR

*A McKinsey Global Institute partner.*

### El Gran Estancamiento del Ingreso

Actualmente el debate por la desigualdad suele centrarse en la acumulación desproporcionada del ingreso y la riqueza en una pequeña proporción de los hogares estadounidenses y de otras economías avanzadas. Algo que se percibe menos —pero resulta igualmente corrosivo— es la **tendencia a la caída o el estancamiento del ingreso para la mayoría de los hogares.**

Durante gran parte del período posterior a la Segunda Guerra Mundial y hasta la década de 2000, un sólido crecimiento del PBI y el empleo en las economías avanzadas implicó que casi todos los hogares experimentaran un aumento de sus ingresos, tanto brutos como después de impuestos y transferencias. En consecuencia, **una generación tras otra crecieron esperando estar mejor que sus padres. Pero según la nueva investigación del McKinsey Global Institute, es posible que ya no haya garantías para esa expectativa.**

**Durante la última década, el crecimiento del ingreso se detuvo abruptamente para la mayoría de los hogares en los países desarrollados, entre los cuales se vieron más afectados los monoparentales con jefas de hogar mujeres, o con trabajadores jóvenes de menor nivel educativo. El ingreso real de los salarios y el capital para los hogares en el mismo segmento de la distribución del ingreso fue inferior en 2014 que en 2005 para aproximadamente dos tercios de los hogares en 25 economías avanzadas: más de 500 millones de personas.** Entre 1993 y 2005, por el contrario, menos del 2 % de los hogares en esas economías tuvo ingresos iguales o menores.

Los aumentos en las transferencias gubernamentales y las menores tasas

fiscales redujeron el efecto del estancamiento o la caída del ingreso de mercado (antes de transferencias e impuestos) sobre los ingresos disponibles. Sin embargo, entre el 20 % y el 25 % de los hogares sufrieron un estancamiento o una caída del ingreso disponible entre 2005 y 2014, mientras que en los 12 años anteriores ese porcentaje había sido del 2 %.

Entre los principales responsables de este cambio se cuentan la profunda recesión y la lenta recuperación posterior a la crisis económica de 2008 en las economías avanzadas. Entre 1993 y 2005 el crecimiento del PBI aportó aproximadamente 18 puntos porcentuales al crecimiento anual del ingreso medio de los hogares, en promedio, en EE. UU. y Europa; ese indicador se desplomó hasta los 4 puntos porcentuales entre 2005 y 2014.

Pero la caída poscrisis del crecimiento dista de ser el único problema. (En ese caso, la última década podría simplemente constituir una anomalía). Existen factores de largo plazo, como la débil inversión, la desaceleración del crecimiento de la fuerza de trabajo y una violenta disminución del crecimiento de la productividad, que han reducido el crecimiento del ingreso para el hogar promedio en la mayoría de los países avanzados respecto del período 1993-2005.

Los cambios demográficos —entre los que se cuentan cambios en la estructura familiar, las bajas tasas de fertilidad y el envejecimiento de la población— llevaron a reducciones tanto en el tamaño total de los hogares como en la cantidad de personas en edad de trabajar con ingresos por hogar. Y los cambios en el mercado de trabajo —impulsados por el cambio tecnológico, la globalización de los empleos con baja y media capacitación, y la creciente preponderancia del empleo temporal y a tiempo parcial— han llevado a que la participación del salario en el ingreso nacional baje y la distribución de ese ingreso entre los hogares resulte cada vez más desigual. Ninguna de esas tendencias se revertirá pronto. Por el contrario, es probable que algunas de ellas se profundicen.

La investigación de McKinsey confirma que esos factores de largo plazo socavan el ingreso en la mayoría de los hogares y muestra que el ingreso real de mercado en la mayoría de los hogares se mantuvo estable o cayó, aun cuando el crecimiento agregado fue positivo durante el período 2005-2014.

Especialmente en EE. UU., la capacidad de los trabajadores para proteger su participación en el ingreso nacional y de los hogares de ingresos bajos y medios para mantener su participación en la masa salarial, se vieron sustancialmente erosionados. Por ello, el crecimiento real del ingreso medio disponible se redujo en nueve puntos porcentuales entre 1993 y 2005, y en otros siete puntos porcentuales entre 2005 y 2014.

Suecia, donde los hogares promedio recibieron una mayor proporción de las ganancias del crecimiento del producto durante el período 2005-2014, logró revertir esta tendencia negativa. En respuesta al lento crecimiento de la última década, el gobierno sueco trabajó con los empleadores y los sindicatos para reducir la cantidad de horas de trabajo y conservar los empleos. Gracias a esas

intervenciones, los ingresos de mercado cayeron o se estancaron en sólo el 20 % de los hogares y hubo generosas transferencias netas, que lograron que el ingreso disponible aumentara para casi todos los hogares.

Ciertamente, EE. UU. también intervino después de la crisis: implementó un paquete de estímulo fiscal en 2009 que, junto con otras transferencias, aumentó el crecimiento del ingreso medio disponible en el equivalente a cinco puntos porcentuales. Una baja de cuatro puntos en el ingreso medio de mercado se convirtió así en una ganancia del 1% del ingreso medio disponible. Pero eso no cambió el hecho de que entre 2005 y fines de 2013 los ingresos del mercado cayeron para el 81 % de los hogares estadounidenses.

De manera semejante, la reciente investigación llevada a cabo por Emmanuel Saez, de Berkeley, muestra que el ingreso real de mercado para el 99 % inferior en EE. UU. creció tanto en 2014 como en 2015 a tasas que no se veían desde 1999. Sin embargo, para fines de 2015, los ingresos reales de mercado para ese grupo habían recuperado sólo dos tercios de las pérdidas que sufrieron durante la recesión de 2007-2009. En otras palabras, la intervención estadounidense fue mucho menos eficaz que la de su contraparte sueca para lograr que los trabajadores recuperaran sus niveles de ingreso anteriores.

Las consecuencias de esos fracasos son de gran alcance. El estancamiento y la caída del ingreso real no sólo funcionan como un freno a la demanda de consumo y el crecimiento del PBI, sino que además alimentan el descontento social y político, ya que los ciudadanos pierden confianza en las estructuras económicas existentes.

Encuestas de MGI en Francia, el Reino Unido y EE. UU. han encontrado que las personas cuyos ingresos no crecen y que no prevén una mejora tienden a percibir el comercio y la inmigración de manera mucho más negativa que quienes experimentan o prevén ganancias. El voto por el brexit en el RU y la oposición bipartidaria a los acuerdos comerciales en EE. UU. son claras señales de esto.

El debate reciente sobre la desigualdad del ingreso en EE. UU. y otros países desarrollados se ha centrado en el rápido aumento de los ingresos para unos pocos, pero el estancamiento y la caída del ingreso para muchos suma una dimensión distinta al debate y exige distintos tipos de soluciones que enfatizan el crecimiento de los salarios para la mayoría en la distribución del ingreso. Frente a un continuo estancamiento y caída del ingreso de los hogares —y con las generaciones más jóvenes camino a ser más pobres que sus padres— resulta urgente encontrar ese tipo de soluciones.

\*\*\*



## KENNETH ROGOFF

*Kenneth Rogoff, Professor of Economics and Public Policy at Harvard University and recipient of the 2011 Deutsche Bank Prize in Financial Economics, was the chief economist of the International Monetary Fund from 2001 to 2003. The co-author of This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly, his new book, The Curse of Cash, will be released in August 2016.*

### Por un mundo con menos efectivo

El mundo está inundado de papel moneda. Los bancos centrales de los principales países inyectan cada año cientos de miles de millones de dólares en efectivo, sobre todo en billetes de alta denominación como el de 100 dólares (vehículo de casi el 80% del impresionante suministro estadounidense de 4200 dólares en efectivo per cápita). El billete de 10 000 yenes (alrededor de 100 dólares) equivale aproximadamente al 90% de la circulación de Japón, cuyo efectivo per cápita asciende a casi 7000 dólares. Como vengo sosteniendo hace dos décadas, ese efectivo facilita ante todo el crecimiento de la economía subterránea en vez de la legal.

No propongo una sociedad sin efectivo, algo que por ahora no sería ni factible ni deseable. Pero una sociedad con menos efectivo sería un lugar más justo y seguro.

El crecimiento de las tarjetas de débito, transferencias electrónicas y pagos móviles produjo una gran disminución del uso de efectivo en la economía legal, especialmente para transacciones medianas y grandes. Estudios realizados por diversos bancos centrales muestran que el ciudadano de a pie y las empresas poseen y usan sólo un pequeño porcentaje de los billetes de alta denominación.

El efectivo facilita el delito porque es anónimo, y los billetes de alto valor son especialmente problemáticos porque son fáciles de esconder y transportar. Un millón de dólares en billetes de cien cabe en un maletín; en billetes de quinientos euros (cada uno de los cuales equivale a unos 565 dólares) cabe en una cartera.

Es cierto que hay infinidad de formas de pagar sobornos, cometer delitos financieros y evadir impuestos sin usar papel moneda. Pero la mayoría entrañan costos de transacción muy altos (por ejemplo cuando se usan diamantes sin cortar) o riesgo de ser descubiertos (por ejemplo, en caso de transferencias bancarias o pagos con tarjeta de crédito).

También es cierto que las nuevas criptomonedas como el bitcoin son casi (o acaso completamente) indetectables. Pero su valor fluctúa abruptamente, y los gobiernos tienen muchas formas de restringir su uso (por ejemplo, impedir su presentación como medio de pago en bancos o tiendas minoristas). No hay nada con la liquidez y aceptación casi universal del efectivo.

Sólo el costo de la evasión fiscal es inmenso, tal vez 700 000 millones de dólares al año en Estados Unidos (sumados los impuestos federales, estatales y municipales), e incluso más en Europa, donde los impuestos son más altos.

Los costos del delito y la corrupción, aunque difíciles de cuantificar, son casi seguro mayores; piénsese en el narcotráfico, las mafias, el tráfico de personas, el terrorismo y los delitos de extorsión.

Además, el pago en efectivo a trabajadores indocumentados es un importante motor de la inmigración ilegal. Reducir el uso de efectivo es un modo mucho más humano de limitar la inmigración que levantar cercos de alambre de púas.

Si los gobiernos no estuvieran tan cegados por las ganancias que les reporta la impresión de papel moneda, tal vez verían sus costos. Últimamente se empezaron a ver algunos cambios: el Banco Central Europeo anunció hace poco que comenzará a sacar de circulación el megabilleto de 500 euros. Esta decisión tan postergada se implementó contra la enorme resistencia de dos países amantes del efectivo: Alemania y Austria. Pero incluso en el norte de Europa, el circulante per cápita conocido es relativamente pequeño en comparación con el enorme suministro de toda la eurozona (más de 3000 euros per cápita).

Los gobiernos del sur de Europa, desesperados por recaudar, han comenzado a tomar cartas en el asunto, a pesar de que no controlan la emisión de billetes. Por ejemplo, Grecia e Italia trataron de desalentar el uso de efectivo mediante topes a las compras minoristas con este medio (de 1500 y 1000 euros, respectivamente).

Es obvio que el efectivo sigue siendo importante para las pequeñas transacciones cotidianas y para proteger la privacidad. Los banqueros centrales del norte de Europa partidarios del statu quo suelen citar al novelista ruso Fyodor Dostoievsky: "el dinero es libertad acuñada". Pero Dostoievsky hablaba de la vida en una prisión zarista a mediados del siglo XIX, no en un estado liberal moderno. Sin embargo, los noreuropeos tienen algo de razón. La cuestión es si el sistema actual está en el justo medio; yo diría que es claro que no.

Un plan para limitar el uso de efectivo debería guiarse por tres principios. En primer lugar, es importante permitir que los ciudadanos comunes sigan usando efectivo por comodidad y para hacer compras anónimas de valor razonable, pero impidiendo al mismo tiempo el modelo de negocios de los que realizan grandes transacciones anónimas y repetidas a gran escala. En segundo lugar, la eliminación del efectivo debería ser muy gradual (digamos, una o dos décadas), para permitir la adaptación y la introducción de correcciones sobre la marcha ante problemas inesperados. Y en tercer lugar, las reformas deben tener en cuenta las necesidades de las familias de bajos ingresos, especialmente las no bancarizadas.

En mi nuevo libro, *The Curse of Cash* [La maldición del efectivo], propongo un plan que implica una retirada muy gradual de los billetes grandes, dejando a los pequeños (de diez dólares o menos) en circulación por tiempo indefinido. El plan prevé la inclusión financiera de las familias de bajos ingresos mediante cuentas de débito gratuitas, que también podrían usarse para la recepción de transferencias del Estado. Ya hay algunos países, como Dinamarca y Suecia, que hicieron esto último.

Reducir el uso de papel moneda no pondrá fin al delito y a la evasión fiscal, pero obligará a la economía subterránea a emplear medios de pago con más riesgo y menos liquidez. En el mundo actual de las finanzas cibernéticas, el efectivo podrá parecer cosa sin importancia, pero las ventajas de retirar la mayor parte del papel moneda son mucho más grandes de lo que parecen.

\*\*\*

## STEPHEN ROACH

*Stephen S. Roach, former Chairman of Morgan Stanley Asia and the firm's chief economist, is a senior fellow at Yale University's Jackson Institute of Global Affairs and a senior lecturer at Yale's School of Management. He is the author of Unbalanced: The Codependency of America and China.*

### El crecimiento mundial aún está “Hecho en China”

A pesar de tanta ansiedad y retorcer de manos a causa de una posible y alardeada desaceleración, China continúa siendo el mayor contribuyente al crecimiento del PIB mundial. Para una economía mundial que renguea y pierde velocidad – y probablemente es incapaz de resistir un shock significativo sin derrumbarse y entrar en una recesión renovada – la mencionada contribución de China es aún mucho más importante.

Unas cuantas cifras corroboran lo antedicho. Si el crecimiento del PIB chino alcanza al 6,7% en el año 2016 – cifra que está en línea con la meta oficial del gobierno chino y sólo ligeramente por encima del último pronóstico del Fondo Monetario Internacional (6,6%) – China podría dar cuenta de 1,2 puntos porcentuales del crecimiento del PIB mundial. Considerando que el FMI espera actualmente un crecimiento mundial de tan sólo el 3,1% este año, China contribuiría con casi el 39% de este crecimiento total.

Ese porcentaje empequeñece la contribución de otras economías importantes. Por ejemplo, si bien Estados Unidos es ampliamente elogiado por su sólida recuperación, se espera que su PIB que crezca un mero 2,2 por ciento en el año 2016 – lo suficiente para contribuir al crecimiento del PIB total mundial con tan sólo 0,3 puntos porcentuales o, dicho en otra forma, su contribución es aproximadamente una cuarta parte de la de China.

Se espera que una economía europea esclerótica añada apenas 0,2 puntos porcentuales al crecimiento mundial y que Japón no llegue ni siquiera a un bajísimo 0,1 puntos porcentuales. La contribución de China al crecimiento mundial, en los hechos, supera en un 50%, los 0,8 puntos porcentuales de la probable contribución combinada de todas las supuestas economías avanzadas.

Es más, ninguna economía en desarrollo se acerca a la contribución de China al crecimiento mundial. Se espera que el PIB de la India crezca en un 7,4% este año, es decir a una velocidad superior en 0,8 puntos porcentuales a la de China. Pero la economía china da cuenta del 18% de la producción mundial

(cuando se mide dicha producción sobre la base de la paridad del poder adquisitivo) – es decir, por más que el doble de la participación de la India que es del 7.6%. Eso significa que es probable que la contribución de la India al crecimiento del PIB mundial este año sólo alcance a 0,6 puntos porcentuales – en otras palabras, sólo a la mitad del impulso de 1,2 puntos porcentuales que se espera de China.

En términos más generales, se espera que China dé cuenta de un 73% del crecimiento total de la agrupación llamada BRICS de grandes economías en desarrollo. Las ganancias en la India (7,4%) y Sudáfrica (0,1%) se compensan con las recesiones en curso en Rusia (-1,2%) y Brasil (-3,3%). Excluyendo a China, se espera que el crecimiento del PIB de BRICS llegue a un anémico 3,2% en el año 2016.

Por lo tanto, no importa cómo y con qué detalle se analice, China sigue siendo el principal motor de crecimiento del mundo. Sí, es verdad que la economía china se ha desacelerado significativamente desde el nivel promedio de crecimiento anual del 10% registrado durante el período 1980-2011. Pero, incluso después de la transición desde la “normalidad del pasado” a lo que el gobierno chino ha denominado como “la nueva normalidad”, el crecimiento económico mundial sigue dependiendo, en gran medida, de China.

Hay tres implicaciones clave en una dinámica de crecimiento mundial centrada persistentemente en China.

La primera y más obvia, una sostenida desaceleración del crecimiento chino tendría un impacto mucho mayor sobre una economía mundial que por lo demás es débil, en comparación al impacto que tendría en el caso de que el mundo estuviese creciendo en algo más cercano a su tendencia a más largo plazo del 3,6%. Excluyendo a China, el crecimiento del PIB mundial sería de alrededor del 1,9% el año 2016 – muy por debajo del umbral del 2,5% comúnmente asociado con recesiones mundiales.

La segunda implicación, relacionada con la primera, es que el temido “aterrizaje forzoso” de la economía de China tendría un impacto mundial devastador. Cada caída en un punto porcentual en el crecimiento del PIB chino noquea, directamente, cerca de 0,2 puntos porcentuales del PIB mundial; si se incluyen los efectos indirectos de comercio exterior, el impacto total sobre el crecimiento mundial se ubicaría en alrededor de 0,3 puntos porcentuales.

Si se define un aterrizaje forzoso chino como una reducción a la mitad de la actual tasa de crecimiento de 6.7%, los efectos directos e indirectos combinados de tal situación, consiguientemente noquearían aproximadamente un punto porcentual del crecimiento mundial. Frente a tal escenario, no habría manera para que el mundo evitase otra recesión plena.

Por último (y lo más probable, en mi opinión), un reequilibrio exitoso de la economía china conlleva impactos a nivel mundial. El mundo se va a beneficiar en gran medida si los componentes del PIB de China continúan desplazándose desde las exportaciones e inversiones lideradas por la industria

manufacturera hacia los servicios y el consumo de los hogares.

Bajo estas circunstancias, la demanda interna china tiene el potencial para convertirse en una fuente cada vez más importante de crecimiento impulsado por las exportaciones para los principales socios comerciales de China – siempre y cuando, por supuesto, que a estos países se les otorgue acceso libre y abierto a los mercados chinos en rápida expansión. Un escenario exitoso de reequilibrio chino tiene el potencial para reactivar con gran impulso la demanda mundial ofreciendo una fuente nueva e importante de demanda agregada – un antídoto poderoso en un mundo que de otro modo está muy lento. Esa posibilidad no debe ser ignorada, a medida que las presiones vinculadas a las políticas se conviertan en una carga pesada para el debate sobre comercio a nivel mundial.

Tomando todo lo antedicho en consideración, y a pesar de que toda la atención se encuentra centrada en EE.UU., Europa o Japón, es China el país que en la debilitada economía mundial de hoy en día sigue manteniendo la carta del triunfo en sus manos. Si bien un aterrizaje forzoso de China sería desastroso, un reequilibrio exitoso sería una bendición sin condiciones. Esta bendición podría hacer que la prognosis de China sea el factor decisivo para las perspectivas económicas del mundo.

Si bien los indicadores mensuales más recientes muestran una estabilización de la economía de China en un nivel que ronda la tasa de crecimiento del 6.7% en el primer semestre del año 2016, no puede haber ninguna duda sobre los vientos en contra que asoman en la segunda mitad del año. En particular, la posibilidad de que una caída aún mayor de la inversión del sector privado en activos fijos podría exacerbar las presiones actuales que se asocian al desapalancamiento, a la persistentemente débil demanda externa y a un vacilante ciclo de propiedad.

Sin embargo, y a diferencia de las principales economías del mundo avanzado, donde el espacio para la aplicación de políticas está severamente restringido, las autoridades chinas tienen un amplio margen para realizar movimientos acomodaticios que podrían apuntalar la actividad económica. Y, a diferencia de las principales economías del mundo desarrollado, que se esfuerzan constantemente por encontrar una solución de compromiso entre las presiones cíclicas a corto plazo y las reformas estructurales a más largo plazo, China es perfectamente capaz de atender simultáneamente estos dos tipos de desafíos de manera simultánea.

En la medida en que los líderes de China sean capaces de mantener tal enfoque multidimensional en cuanto a sus reformas y políticas, una economía mundial débil, y aún vulnerable, sólo puede beneficiarse. El mundo necesita hoy más que nunca una China exitosa.

\*\*\*

## MICHAEL SPENCE

*A Nobel laureate in economics, is Professor of Economics at NYU's Stern School of Business, Distinguished Visiting Fellow at the Council on Foreign Relations, Senior Fellow at the Hoover Institution at Stanford University, Academic Board Chairman of the Asia Global Institute in Hong Kong, and Chair of the World Economic Forum Global Agenda Council on New Growth Models. He was the chairman of the independent Commission on Growth and Development, an international body that from 2006-2010 analyzed opportunities for global economic growth, and is the author of The Next Convergence – The Future of Economic Growth in a Multispeed World.*

### Cómo combatir el estancamiento secular?

En los últimos años, gran parte del mundo, especialmente las economías avanzadas, ha estado atascado en un patrón de crecimiento del PIB lento y en baja, lo que llevó a muchos a preguntarse si esto se está convirtiendo en una condición semipermanente -el llamado "estancamiento secular"-. La respuesta probablemente sea que sí, pero la pregunta carece de precisión y, por ende, tiene una utilidad limitada. Después de todo, existen diferentes tipos de fuerzas que podrían estar moderando el crecimiento y no todas ellas están fuera de nuestro control.

Sin duda, es preciso destacar que sería difícil, si no imposible, contrarrestar en el corto plazo muchos de los vientos de frente que destruyen el crecimiento y que hoy enfrentamos, sin poner en peligro el crecimiento y la estabilidad futuros. El resultado de estas condiciones persistentes se puede llamar "estancamiento secular uno" (SS1 por su sigla en inglés).

El primer indicio de que estamos experimentando una situación de SS1 se relaciona con la tecnología. Si como dice el economista Robert Gordon experimentamos una desaceleración de la innovación tecnológica que mejora la productividad, el crecimiento potencial a largo plazo se vería limitado. Pero aún si la innovación no cayera demasiado, o si se volviera a recuperar pronto, la adaptación estructural y los cambios actitudinales necesarios para sacar ventaja de las alzas de productividad concomitante llevarán tiempo.

Una segunda condición detrás de un SS1 está arraigada en el impacto que tiene la incertidumbre acentuada -respecto del crecimiento, la seguridad laboral, las políticas y regulaciones y los muchos desenlaces que podrían afectar alguno de estos factores -en la inversión y el consumo. La gente sencillamente no sabe si sus gobiernos van a empezar a hacer progresos en cuanto a combatir la presión deflacionaria, contrarrestar la creciente desigualdad, ocuparse de la fragmentación social y política y restablecer el crecimiento económico y el empleo.

Frente a una demanda futura lejos de estar garantizada, la inversión privada se ha venido reduciendo en muchos países, inclusive, más recientemente, en China. Lo mismo es válido para el consumo de los hogares, particularmente en las economías avanzadas, donde un porcentaje mayor del consumo es opcional (por ejemplo, sustituyendo bienes de consumo duraderos, viajes y salidas a restaurantes). Si consideramos el tiempo que le llevó a la economía estadounidense, por ejemplo, recuperarse por completo de la Gran Depresión - hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando el gobierno asumió gran parte del

lado de la demanda de la economía-, pareciera que estas tendencias no se revertirán en lo inmediato.

El tercer indicio de que estamos atascados en un SS1 es la deuda. Los hogares, las corporaciones, las instituciones financieras y los gobiernos enfrentan restricciones de balances, algo factible de suponer, están recortando el gasto y la inversión, aumentando los ahorros y contribuyendo a un entorno ampliamente deflacionario.

Las acciones destinadas a respaldar un desapalancamiento y un ajuste de los balances -como reconocer pérdidas, sanear activos y recapitalizar bancos- conllevan beneficios a más largo plazo pero costos en el corto plazo. Por cierto, el ajuste de los balances lleva tiempo, especialmente en el sector de los hogares, y genera una rémora inevitable para el crecimiento.

El panorama es un tanto sombrío. Pero la cosa no termina ahí y de ello da cuenta otro interrogante más preciso: ¿existe un conjunto de respuestas políticas que podría, con el tiempo, incrementar el nivel y la calidad del crecimiento? Aquí, la respuesta también parece ser sí, lo que sugiere que también enfrentamos otro tipo de estancamiento secular -llamado "estancamiento secular dos" (SS2 por su sigla en inglés)- que está dictaminado por nuestra falta de voluntad o incapacidad para implementar la combinación de políticas correcta.

Un elemento clave de esa combinación de políticas se centraría en **enfrentar la creciente desigualdad**. Si bien las fuerzas que alimentan esta tendencia -en particular, la globalización y el progreso en tecnología digital- serán difíciles de contrarrestar plenamente, sus efectos adversos se pueden mitigar mediante la **redistribución a través de los sistemas tributarios y de seguridad social**. Mientras las economías sufren transformaciones estructurales prolongadas, los individuos y las familias necesitan los recursos para invertir en nuevas capacidades.

Es más, **debe repensarse la política monetaria, que ha venido asumiendo gran parte de la carga de la recuperación desde la crisis económica de 2008. El hecho es que años de tasas de interés ultra bajas y de una flexibilización cuantitativa masiva no han incrementado lo suficiente la demanda agregada, y mucho menos reducido de manera adecuada las fuerzas deflacionarias.**

Pero aumentar las tasas de interés de forma unilateral conlleva serios riesgos, porque en un contexto de demanda restringida, las tasas de interés más elevadas atraen ingresos de capital, haciendo subir así el tipo de cambio y minando el crecimiento en la parte negociable de la economía. Dada esta situación, los responsables de las políticas en los países avanzados deberían considerar imponer algunos controles a sus cuentas de capital (como hacen las economías emergentes exitosas) -una medida que facilitaría estrategias más independientes y a medida para salir de la opresión financiera.

Una tercera prioridad debería ser la de **fortalecer las respuestas fiscales, especialmente con respecto a la inversión del sector privado**. Europa, en

particular, está pagando un precio alto por subutilizar su capacidad fiscal -una decisión que ha sido motivada por la impopularidad política de la deuda y las transferencias fiscales-. En las condiciones correctas, también se podría recurrir a los balances de los fondos de pensión y riqueza soberana para financiar la inversión.

Existen muchas más áreas en las que los países tal vez necesiten considerar reformas. Estas incluyen la política tributaria, el uso ineficiente o inapropiado de los fondos públicos, impedimentos para un cambio estructural en los mercados de productos y factores, y disparidades entre el alcance de las instituciones financieras globales y la capacidad de los balances soberanos de intervenir en caso de una crisis financiera.

El SS1 hará que resolver el SS2 resulte más difícil. Por cierto, parece que ni siquiera la implementación de respuestas políticas robustas, tanto domésticas como internacionales, bastaría para eliminar el riesgo de que la demanda y el crecimiento se mantengan amortiguados durante un período prolongado. Pero ése no es motivo para demorar la acción en aquellas áreas donde la política puede marcar una diferencia. De la misma manera que las elecciones de políticas pasadas ayudaron a generar el SS1 que enfrentamos hoy, la no implementación de políticas destinadas a enfrentar el SS2 podría crear una situación mucho más intrincada y potencialmente inestable mañana.





Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-OCTUBRE-2016

Estimados Asociados:

En este quinto envío de nuestras "Cuestiones para Reflexionar" he seleccionado una serie de artículos recientes referidos al debate actual sobre la situación política en Estados Unidos y sus implicancias para Occidente, las dinámicas en los partidos populistas a nivel mundial, los desafíos de la consecución de la paz en Colombia y Siria, así como también dos artículos dedicados a aspectos económicos y financieros globales y vinculados al debate de alternativas para combatir el estancamiento.

En particular, se eligieron los siguientes textos:

- 1- ¿Por qué Trump? (Joseph Stiglitz)**
- 2- Occidente en la encrucijada (Joschka Fischer)**
- 3- Partidos y populistas (Ralf Dahrendorf)**
- 4- Construyendo la Paz en Colombia (Juan Manuel Santos)**
- 5- Un otoño más oscuro en Siria (Javier Solana)**
- 6- Una política tóxica contra una economía mejor (Mohamed El-Erian)**
- 7- ¿Sin municiones para combatir la recesión? (Michael Boskin)**

Hemos resaltado en cada texto, los párrafos más sobresalientes, para facilitar la lectura.

Espero lo disfruten

*Javier Mutal Hodara*  
*Director Coordinador*  
*CICyP*  
[Javier.mutal@cicyp.com.ar](mailto:Javier.mutal@cicyp.com.ar)  
1158318534  
60092460

## Joseph E. Stiglitz

*Joseph E. Stiglitz, recipient of the Nobel Memorial Prize in Economic Sciences in 2001 and the John Bates Clark Medal in 1979, is University Professor at Columbia University, Co-Chair of the High-Level Expert Group on the Measurement of Economic Performance and Social Progress at the OECD, and Chief Economist of the Roosevelt Institute. A former senior vice president and chief economist of the World Bank and chair of the US president's Council of Economic Advisers under Bill Clinton, in 2000 he founded the Initiative for Policy Dialogue, a think tank on international development based at Columbia University. His most recent book is The Euro: How a Common Currency Threatens the Future of Europe.*

### ¿Por qué Trump?

En los viajes que realicé por todo el mundo durante las últimas semanas me pidieron, repetidamente, que responda dos preguntas: ¿es concebible que Donald Trump podría llegar a ganar la presidencia de Estados Unidos?; y, en primer lugar, ¿cómo llegó su candidatura tan lejos?

En cuanto a la primera pregunta, a pesar de que es más difícil realizar un pronóstico político que uno económico, se puede decir que las probabilidades se inclinan fuertemente a favor de Hillary Clinton. Incluso así, el hecho de que ambos competidores se encuentren uno muy cerca del otro en la carrera (al menos hasta hace muy poco) ha sido un misterio: Hillary Clinton es una de las personas más calificadas y mejor preparadas que haya candidateado a la presidencia de Estados Unidos, mientras que Trump es una de las menos calificadas y peor preparadas. Aún más, la campaña de Trump sobrevivió comportamientos por parte de Trump que habrían puesto fin a las posibilidades de cualquier otro candidato en el pasado.

Entonces, ¿por qué los estadounidenses están jugando a la ruleta rusa (con esto se quiere decir que existe al menos una posibilidad entre seis de una victoria Trump)? Las personas que están fuera de EE.UU. quieren saber la respuesta, ya que el resultado les afecta también, a pesar de que no tienen influencia sobre el mismo.

Y eso nos lleva a la segunda pregunta: ¿por qué el Partido Republicano nombra a un candidato que incluso sus propios líderes rechazaron?

Obviamente, existen muchos factores que ayudaron a que Trump derrota a 16 rivales durante las primarias republicanas, permitiendo que llegue hasta este punto. La personalidad de los candidatos sí reviste importancia, y algunas personas realmente se sienten atraídas por la personalidad de show de telerrealidad de Trump.

Sin embargo, varios factores subyacentes también parecen haber contribuido a cuán cercanos están los contendores en la carrera electoral. Para empezar, muchos estadounidenses sí están económicamente peor de lo que estaban hace un cuarto de siglo. El ingreso medio de los empleados hombres a tiempo completo está en un nivel más bajo del que estuvo hace 42 años, y es cada vez más difícil que las personas con educación limitada consigan un trabajo a

tiempo completo que pague salarios dignos.

De hecho, los salarios reales (ajustados a la inflación) en la parte inferior de la distribución de ingreso están más o menos donde estaban hace 60 años. Por lo tanto, no es sorprendente que Trump encuentre un público numeroso y receptivo cuando dice que la situación económica está podrida. Sin embargo, Trump está errado en cuanto al diagnóstico y a la receta. La economía de Estados Unidos ha tenido un buen desempeño, en su conjunto, durante las últimas seis décadas: el PIB ha aumentado casi seis veces. Sin embargo, los frutos de ese crecimiento beneficiaron a un número relativamente pequeño de personas que se encuentran en la parte superior de la distribución de los ingresos – a personas parecidas a Trump; esto ocurre, en parte, gracias a los recortes masivos de impuestos que Trump, en caso de ganar, ampliaría y reforzaría.

Simultáneamente, las reformas que los líderes políticos prometieron iban a ir a garantizar prosperidad para todos – como ser las reformas en el comercio exterior y la liberalización financiera – no cumplieron su cometido. No cumplieron en lo absoluto. Y, aquellas personas cuyo nivel de vida se estancó o disminuyó llegaron a una conclusión simple: los líderes políticos de Estados Unidos, o bien no sabían lo que estaban diciendo o mentían (o ambas opciones eran verdaderas).

Trump quiere echar la culpa de todos los problemas de Estados Unidos al comercio exterior y a la inmigración. Trump está equivocado. EE.UU. habría enfrentado la desindustrialización, incluso sin un comercio más libre: el empleo mundial en la industria manufacturera ha ido disminuyendo, con aumentos de productividad superiores al crecimiento de la demanda.

Cuando los acuerdos comerciales fracasaron, no se debió a que EE.UU. fuera menos listo que sus socios comerciales; se debió a que los intereses corporativos fueron los que dieron forma a la agenda de comercio exterior de Estados Unidos. Las empresas estadounidenses hicieron bien las cosas, y fueron los republicanos quienes bloquearon los esfuerzos por garantizar que los estadounidenses perjudicados por los acuerdos comerciales compartieran los beneficios provenientes de los mismos.

Consecuentemente, muchos estadounidenses se sintieron golpeados por fuerzas fuera de su control, que llevaron a resultados que son claramente injustos. Supuestos de larga data – sobre que Estados Unidos es una tierra de oportunidades y que a cada generación le va a ir mejor que a la anterior – han sido puestos en duda. La crisis financiera mundial puede haber representado un punto de inflexión para muchos votantes: su gobierno salvó a los banqueros ricos que habían llevado a EE.UU. al borde de la ruina, mientras que, aparentemente, no hizo casi nada por favorecer a los millones de estadounidenses comunes y corrientes que perdieron sus empleos y viviendas. El sistema no sólo produjo resultados injustos, sino que parecía estar amañado para producir dichos resultados injustos.

El apoyo que recibe Trump se basa, al menos en parte, en la ira generalizada

derivada de que la pérdida de confianza en el gobierno. Sin embargo, las políticas propuestas por Trump harían que una mala situación se vaya a tornar en una mucho peor. Sin duda, otra dosis de economía del goteo del tipo que él promete, con reducciones de impuestos destinadas casi en su totalidad a las corporaciones y a los estadounidenses ricos, produciría resultados que no serían nada mejores que los obtenidos la última vez que se intentó aplicar tales medidas.

De hecho, el lanzamiento de una guerra comercial con China, México, y otros socios comerciales de Estados Unidos, tal como promete Trump, haría que todos los estadounidenses se empobrezcan más y crearía nuevos obstáculos a la cooperación mundial necesaria para hacer frente a problemas mundiales de importancia crítica, como ser el Estado Islámico, el terrorismo mundial, y el cambio climático. Usar dinero que podría ser invertido en tecnología, educación o infraestructura para construir un muro entre EE.UU. y México es un doblete en términos de desperdicio de recursos.

Hay dos mensajes que las elites políticas estadounidenses deben escuchar. Las simplistas teorías neoliberales y de fundamentalismo de mercado que han dado forma a muchas de las políticas económicas durante las últimas cuatro décadas son gravemente desorientadoras, ya que el crecimiento del PIB al que conducen llega a precio de una desmesurada elevación de la desigualdad. La economía del goteo no funcionó y no funcionará. Los mercados no existen en un vacío. La “revolución” Thatcher-Reagan, que reescribió las reglas y reestructuró los mercados en beneficio de aquellos en la parte superior de la distribución de ingresos, tuvo mucho éxito en cuanto a aumentar la desigualdad, pero fracasó completamente en su misión de aumentar el crecimiento.

Esto nos lleva al segundo mensaje: una vez más tenemos que reescribir las reglas de la economía; esta vez para cerciorarnos de que los ciudadanos comunes y corrientes se beneficien. Los políticos en EE.UU. y en el resto del mundo, que ignoran esta lección deberán ser responsabilizados. El cambio implica un riesgo. Sin embargo, el fenómeno Trump – y una cantidad no despreciable de fenómenos políticos similares en Europa – han puesto de manifiesto los riesgos muy superiores que conlleva no prestar atención a este mensaje: sociedades divididas, democracias socavadas y economías debilitadas.

\*\*\*

## JOSCHKA FISCHER

*Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protests of the 1960s and 1970s, and played a key role in founding Germany's Green Party, which he led for almost two decades.*

### Occidente en la encrucijada

Este año y el próximo, los votantes de las principales democracias occidentales tomarán decisiones que podrían cambiar de modo fundamental a Occidente -y al mundo- como lo hemos conocido por décadas. De hecho, algunas de estas decisiones ya se han tomado: el principal ejemplo es la reciente decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea.

Mientras tanto, bien podría ser que Donald Trump y Marine Le Pen ganen las próximas elecciones presidenciales de Estados Unidos y Francia, respectivamente. Hace un año habría parecido absurdo pronosticar la victoria de cualquiera de ellos, pero hoy no podemos decir lo mismo.

Las placas tectónicas del mundo occidental han comenzado a desplazarse, y a muchos les ha costado darse cuenta de las potenciales consecuencias. Hoy, después del referendo del Brexit del Reino Unido, vemos el asunto con algo más de realismo.

La decisión del Reino Unido fue un rechazo de facto a un orden europeo de paz cimentado en la integración, la cooperación y un mercado y jurisdicción comunes. Surgió de una creciente presión sobre tal orden, tanto interna como externa. En lo interno, el nacionalismo ha ido ganando fuerza en casi todos los estados miembros de la UE, mientras que en lo externo Rusia está jugando a la política de las grandes potencias, promoviendo una "Unión Euroasiática" (eufemismo por un nuevo dominio ruso sobre Europa del Este) como alternativa a la UE.

Ambos factores representan una amenaza a la estructura de paz de la UE, y el bloque quedará debilitado sin el Reino Unido, su tradicional garante de estabilidad. La UE es el eje de la integración de Europa occidental, por lo que su debilitamiento provocará una reorientación hacia el Este.

Es un resultado incluso más probable si en Estados Unidos gana Trump, que admira abiertamente al Presidente ruso Vladimir Putin y se adaptaría a la política de gran potencia de Rusia a costa de los vínculos europeos y transatlánticos. Un "momento Yalta 2.0" de este tipo impulsaría a su vez un sentimiento antiestadounidense en Europa y agravaría el daño geopolítico que sufre Occidente.

De manera similar, si en primavera gana la nacionalista de extrema derecha Marine Le Pen, significaría un rechazo de Francia a Europa. Dado que es una de las piedras angulares (junto con Alemania) de la UE, su elección

probablemente marcaría el comienzo del fin de la Unión misma.

Si el Reino Unido y Estados Unidos giran hacia un neoislacionismo y Francia abandona a Europa en favor del nacionalismo, el mundo occidental se volvería irreconocible. Ya no sería el bastión de la estabilidad y Europa caería en el caos de manera indefinida.

En este escenario, muchos volverían los ojos hacia Alemania, la mayor economía europea. Pero si bien el país pagaría el más alto precio económico y político en caso de un colapso de la UE (sencillamente, sus intereses están demasiado vinculados a los de la Unión), nadie debería esperar que resurgiera allí el nacionalismo. Todos sabemos los niveles de destrucción y desgracia que puede causar en el continente.

En términos geopolíticos, Alemania quedaría en un estado intermedio. Mientras Francia es claramente un país occidental, atlántico y mediterráneo, a lo largo de su historia Alemania ha oscilado entre el Este y el Oeste. De hecho, por largo tiempo esta dinámica fue un factor constitutivo del Imperio Alemán. La cuestión “este u oeste” no se decidió finalmente sino hasta la derrota total en 1945. Tras la creación de la República Federal Alemana, el Canciller Konrad Adenauer escogió a Occidente.

Adenauer había sido testigo de la tragedia alemana al completo (las dos guerras mundiales y el colapso de la República de Weimar) y pensaba que los vínculos de la joven República Federal eran más importantes que la reunificación alemana. Para él, Alemania tenía que abandonar su posición de intermediaria e integrarse irreversiblemente con las instituciones económicas y de seguridad europeas.

El acercamiento de posguerra entre Francia y Alemania y la integración europea bajo la UE han sido elementos indispensables de la orientación occidental alemana. Sin esos factores, podría volver a ser una tierra de nadie en términos ideológicos, lo que pondría en peligro a Europa, alimentaría peligrosas ilusiones en Rusia y obligaría a la misma Alemania a asumir retos inmanejables con respecto al continente.

La orientación geopolítica de Alemania será un tema subyacente central en las elecciones del próximo año. Si la Unión Demócrata Cristiana de la Canciller Ángela Merkel la descarta debido a su política hacia los refugiados, es probable que el partido se oriente hacia la derecha en un intento por recuperar a sus votantes que prefirieron a Alternativa por Alemania (AfD), de corte antiinmigrante y populista.

Pero todo movimiento de la CDU para cooperar con AfD o validar sus argumentos presagiaría problemas. La AfD representa a los nacionalistas alemanes de extrema derecha (y peores) que desean volver a la vieja posición intermedia y forjar vínculos más estrechos con Rusia. La cooperación entre la CDU y AfD traicionaría el legado de Adenauer y equivaldría al fin de la República de Bonn.

Mientras tanto, existe un peligro similar desde el otro lado del espectro, porque una potencial coalición entre la CDU y AfD tendría que depender de Die Linke (el Partido La Izquierda), algunos de cuyos dirigentes desean en la práctica lo mismo que AfD: relaciones más cercanas con Rusia y nula o menor integración con Occidente.

Cabe esperar que no tengamos que vivir una tragedia así y Merkel prosiga en el cargo después de 2017. Puede que el futuro de Alemania, Europa y Occidente dependa de ello.

\*\*\*

## **RALF DAHRENDORF**

*Ralf Dahrendorf (1929-2009), was the author of numerous acclaimed books and a European Commissioner from Germany, member of the British House of Lords, Director of the London School of Economics, and Warden of St. Antony's College, Oxford.*

### **Partidos y populistas**

No corren buenos tiempos para los partidos políticos, especialmente los de orientaciones tradicionales. Lejanos están los días en que en las democracias más antiguas se podía contar con dos partidos principales, uno socialdemócrata y otro más a la centroderecha, que dominaban la escena política.

En las nuevas democracias del mundo poscomunista, estos sistemas bipartitos nunca llegaron a existir. Hoy los dos partidos principales rara vez pueden aspirar a dos tercios del voto popular, y no es infrecuente que tengan que formar una “gran coalición”. El resto de los votos se reparte en varias direcciones, a menos que surja una fuerza política que se abra camino entre las viejas estructuras partidarias apelando a sentimientos socialistas o nacionalistas populares, o una combinación de ambos.

El declive de los partidos refleja el declive de las clases. Han desaparecido el antiguo proletariado y la vieja burguesía. En su lugar, vemos lo que a veces se ha dado en llamar una “sociedad de clase media nivelada”, aunque con una importante elite extremadamente rica en un extremo y una subclase de desposeídos en el otro.

La estructura misma de la sociedad se ha vuelto inestable. No hay grupos sociales sobre los que construir organizaciones duraderas. Las personas son, en cierto sentido, desarraigadas sociales. Esto significa que sus intereses varían a medida que cambian las situaciones. También significa que ya no encuentran un hogar político en los partidos, sino que reaccionan a situaciones, a vagos estados de ánimo y especialmente a todo lo que interpele sus sentimientos, si es que no sus resentimientos.

En este estado de cosas, los populistas prosperan. En algunos casos, son personajes como el Presidente Hugo Chávez de Venezuela (y otros líderes



latinoamericanos) o el ex Primer Ministro de Italia, Silvio Berlusconi. En su mayoría, entran a la política desde sus márgenes, pero se las arreglan para formar agrupaciones altamente personalistas, como Jörg Haider y su Partido Austriaco por la Libertad, Jean-Marie LePen y sus Nacionalistas Franceses, Andrzej Lepper y su Liga Campesina Polaca, o el Primer Ministro Robert Fico y su partido Dirección en Eslovaquia. Se puede agregar muchos otros nombres a la lista.

Estos nombres nos dicen dos cosas. Una es que una cantidad sorprendente de líderes populistas se las han arreglado para acceder al poder en los últimos años. Este éxito refleja las incertidumbres del electorado y, cada vez más, las injusticias que se percibe que genera la globalización, así como el temor de muchos sienten con respecto a las minorías, los inmigrantes y los extranjeros en general.

Estos populistas prometen soluciones que prescinden de los hábitos y normas de la moderación, en particular de políticas democráticas centristas y un internacionalismo que busque promover la paz y la prosperidad. Uno se pregunta algunas veces si estamos viviendo no tanto el fin de la historia como el fin de la historia ilustrada, tal vez de la ilustración misma.

Sin embargo, otra mirada al listado de populistas nos dice algo más: la mayoría de ellos no dura en el poder. En tanto acepten que haya elecciones y sus resultados, es posible que se marchen tan rápido como llegaron. No pasa mucho tiempo antes de que los votantes descubren que las promesas de los populistas son vacías. Una vez en el poder, simplemente gobiernan mal. Para mencionar dos ejemplos europeos recientes, los polacos y los eslovacos pronto se darán cuenta de que sus nuevos gobiernos populistas hacen más daño que bien al pueblo y su nación.

Sin duda, esto no es un gran consuelo. Por una parte, algunos líderes populistas pueden no aceptar el resultado de las elecciones siguientes. A Silvio Berlusconi le tomó un buen tiempo admitir que había perdido. Además de eso, los episodios populistas son señales de una inestabilidad subyacente que no sirve al progreso nacional ni contribuye al orden internacional. Austria pagó un precio por su interludio con Haider, y Francia no se benefició precisamente con la segunda vuelta entre el Presidente Jacques Chirac y Le Pen en las últimas elecciones presidenciales.

¿Existe alguna solución? Los partidos políticos han tenido mala prensa en los últimos años, y hay buenas razones para ello. Aún así, cumplen una función útil al englobar intereses y problemas, aportando de este modo un elemento de estabilidad al sistema político.

Los partidos actuales necesitan con urgencia recuperar el apoyo de los ciudadanos. Para tener éxito, necesitan claridad programática, honestidad organizacional y una buena comprensión de las inquietudes de unas sociedades que han perdido sus estructuras tradicionales. Éstas han desaparecido para siempre, pero un orden liberal-democrático no puede tener éxito mediante una política circunstancial basada en resentimientos populares.

Exige un sentido del mediano plazo y un compromiso con un debate racional de los problemas, ya que la más importante de todas las tradiciones es una que sí se puede revivir: la del pensamiento ilustrado.

\*\*\*

## JUAN MANUEL SANTOS

*Juan Manuel Santos is President of the Republic of Colombia and the winner of the 2016 Nobel Peace Prize.*

### Construyendo la Paz en Colombia

Los colombianos estamos muy cerca de poner fin al último y más largo conflicto armado del Hemisferio Occidental. Después de cuatro años de negociaciones con la guerrilla de las FARC, hoy podemos decir que hemos llegado a un punto de no retorno en nuestro propósito de terminar esta cruenta y costosa guerra de más de 50 años.

Todos mis antecesores en la Presidencia, a lo largo de las últimas cinco décadas, han tratado de hacer la paz con esta guerrilla –la más antigua y la más grande en América Latina–, y todos han fallado en el intento.

¿Por qué, en cambio, este proceso de paz ha sido exitoso? Porque ha sido un proceso bien planeado y cuidadosamente ejecutado que solo comenzó en firme cuando logramos ciertas condiciones.

Primero, cambiamos la correlación de fuerzas a favor del Estado colombiano. Segundo, les hicimos entender a los líderes de las FARC que lo más conveniente –para ellos y su grupo– era empezar una negociación seria, entre otras cosas porque nunca cumplirían sus objetivos a través de la violencia y la guerra de guerrillas.

Adicionalmente, dimos un giro radical en nuestra política exterior, mejorando las relaciones con nuestros vecinos y el resto de la región, lo que facilitó el apoyo a nuestra iniciativa y, por consiguiente, el inicio del proceso de paz. Fue entonces cuando, hace algo más de cuatro años, comenzamos una fase secreta de conversaciones con el fin de establecer una agenda de negociación limitada y concreta, y procedimientos claros para avanzar en ella. Por primera vez las FARC aceptaban este tipo de condiciones, cuya ausencia fue el mayor obstáculo en las negociaciones previas.

El resultado de esta fase secreta fue una agenda acotada de cinco puntos: desarrollo rural, participación política, narcotráfico, víctimas y justicia transicional y, por último, el fin del conflicto, que incluye la desmovilización, el desarme y la reintegración (comúnmente conocido como DDR). Suscribimos este acuerdo marco en Oslo, en octubre de 2012, y luego comenzamos una fase pública de negociaciones en Cuba –país que junto a Noruega actúa como garante, mientras que Venezuela y Chile son acompañantes del proceso–. Más adelante, los Estados Unidos, Alemania y la Unión Europea designaron

enviados especiales para acompañar las conversaciones de paz.

Desde el comienzo una regla básica de la negociación ha sido que “nada está acordado hasta que todo esté acordado”. A la fecha hemos negociado todos los puntos de la agenda excepto el DDR.

Para prevenir errores del pasado, estudiamos por qué fallaron las anteriores negociaciones de paz en Colombia, así como las lecciones de otros procesos alrededor del mundo. Así mismo seleccionamos a un grupo de asesores internacionales con experiencia práctica –y no solo teórica– en acuerdos de paz, para que nos ayudaran a navegar por las turbulentas aguas del proceso. Hoy puedo decir que construir la paz es muchísimo más difícil que hacer la guerra, y lo sé porque he trabajado extensamente en los dos frentes, primero como Ministro de Defensa y ahora como Presidente de la República.

Son varios los precedentes que hemos sentado con este proceso de paz. Las víctimas –más de 7,5 millones de colombianos– están en el centro de la solución de este conflicto, y por eso hemos diseñado un sistema integral para garantizar sus derechos. Además, acordamos crear una jurisdicción especial para la paz y un tribunal para garantizar que los responsables de crímenes de guerra sean investigados, juzgados y sancionados, en concordancia con el Estatuto de Roma que creó la Corte Penal Internacional. Esta es la primera vez que un movimiento guerrillero acepta desarmarse y ser sujeto de justicia transicional.

La paz en Colombia traerá beneficios reales a un mundo inundado de conflictos armados, que añora conocer una historia de éxito. Somos el país que ha pagado el más alto precio en la guerra contra las drogas –una guerra que, como está demostrado, ha sido imposible de ganar– y, a pesar de los esfuerzos, seguimos siendo el principal exportador de cocaína. Esto se debe principalmente a las guerrillas que siguen protegiendo su mayor fuente de ingresos.

La paz cambiará esto. Las FARC han aceptado cooperar con el Estado en la sustitución de cultivos ilícitos. Sin la amenaza de la guerrilla, nuestros valientes soldados, policías y los erradicadores civiles podrán continuar su trabajo sin el riesgo de los francotiradores o las minas antipersonal.

En materia de medio ambiente, la cantidad de petróleo derramado a nuestros ríos y mares –por culpa de atentados terroristas a los oleoductos– se calcula en más de cuatro millones de barriles a lo largo de la última década. Eso equivale a 14 veces lo derramado por el desastre de Exxon Valdez. Más aún, en un país que tiene la más alta biodiversidad por kilómetro cuadrado del mundo, cerca de 4,4 millones de hectáreas de selva han sido destruidas por la guerra. Todo esto puede ser frenado –y, ojalá, reversado– una vez se termine el conflicto armado.

Los colombianos hemos tenido la fortuna de contar con el apoyo de la región y del mundo. Hoy no hay un solo país que no respalde nuestro proceso de paz. Prueba de ello fue la resolución que aprobó unánimemente el Consejo de

Seguridad de las Naciones Unidas, autorizando la creación de una misión internacional para la verificación y monitoreo del DDR.

A pesar de los críticos, la mayoría de ellos internos, que se oponen al proceso por razones meramente políticas, confío en que pondremos este conflicto en el lugar que le corresponde: en los libros de historia. Redefinir nuestra realidad es una obligación con las futuras generaciones. Cuando alcancemos un acuerdo, cuando dejemos de matarnos después de medio siglo de guerra, nos quitaremos de encima esa pesada carga que ha frenado nuestro progreso y tendremos, por fin, la oportunidad de escribir un nuevo capítulo de prosperidad y modernidad para Colombia.

\*\*\*

### Javier Solana

*Javier Solana was EU High Representative for Foreign and Security Policy, Secretary-General of NATO, and Foreign Minister of Spain. He is currently President of the ESADE Center for Global Economy and Geopolitics, Distinguished Fellow at the Brookings Institution, and a member of the World Economic Forum's Global Agenda Council on Europe.*

### Un otoño más oscuro en Siria

Cada día que pasa sin resolver el conflicto de Siria, la situación se hace más compleja y las perspectivas de futuro más oscuras. La tragedia que viven los habitantes de Aleppo a diario es el máximo exponente de la sinrazón a la que se ha llegado. La ruptura de la última tregua, acordada entre Estados Unidos y Rusia, ha sido particularmente dura por tener lugar durante la Asamblea General de Naciones Unidas, con todos los líderes mundiales reunidos.

Hay tres aspectos especialmente dramáticos de la evolución de la guerra en Siria que harán más compleja la reconstrucción tras el fin del conflicto. En primer lugar, el desprecio por el derecho internacional humanitario. El bloqueo de la ayuda humanitaria y los ataques a civiles y lugares especialmente protegidos por la legalidad internacional, se han convertido en estrategias bélicas. No solo no se respetan las normas básicas sino que los lugares que más protección merecen son, precisamente, objetivos de guerra. Solo desde el pasado mes de abril hemos asistido a docenas de ataques a hospitales sirios y se ha impedido la llegada de ayuda humanitaria a poblaciones asoladas por los ataques. Lamentablemente, estos hechos -que pueden constituir crímenes de guerra- no son nuevos. Según la organización Médicos sin Fronteras, en 2015 sus instalaciones médicas en Siria sufrieron 94 ataques. Como consecuencia, 23 de sus trabajadores perdieron la vida y 58 resultaron heridos. A pesar de que, en el mes de mayo, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobara una resolución pidiendo el respeto del derecho internacional humanitario, los propios miembros permanentes se acusan respectivamente de vulnerarlo. En Aleppo, muchos de los hospitales han tenido que cerrar por ser objetivos de la terrible ofensiva que está sufriendo la ciudad.

El segundo elemento a destacar es el complicado mapa de actores que habrá que tener en cuenta para lograr la paz. La composición de las partes en el

conflicto ha cambiado mucho desde el inicio, pero últimamente la fragmentación de los partidarios y detractores de Assad se ha hecho más evidente. La decisión del grupo Jabhat al-Nusra (ahora conocido como Jabhat Fatah al-Sham) de desvincularse de al-Qaeda, ha logrado que otras facciones rebeldes, que rechazaban sus vínculos con al-Qaeda, formen ahora alianzas con ellos. Este acercamiento entre los grupos les fortalece militarmente, a la vez que desdibuja la separación entre rebeldes y radicales.

Tristemente, la reagrupación, junto con el debilitamiento de grupos rebeldes alejados de al-Nusra, ha brindado al régimen sirio la oportunidad de enfatizar que el gobierno de Assad está librando una guerra contra el terrorismo en Siria. En el transcurso de la Asamblea General de Naciones Unidas, el ministro de exteriores sirio, Walid Al-Moualem, acusó a Estados Unidos, y a la coalición de aliados, de ser cómplices de organizaciones terroristas y militantes del Estado Islámico. Mientras hace unos meses la discusión sobre cómo lograr la paz se centraba en la figura de Bashar al-Assad, y su inclusión o no en un gobierno de transición, actualmente las miradas están puestas en el antiguo al-Nusra. No obstante, entre los partidarios de Assad también hay divisiones y fragmentación. Actualmente hay, además del ejército ruso, una multitud de grupos sirios, iraquíes, iraníes y afganos que luchan en favor del régimen, pero manteniendo intereses distintos. Entre otros, Assad quiere mantenerse en el poder, Rusia demostrar su peso como gran potencia y su capacidad de resistir ante la oposición de Estados Unidos, e Irán quiere aumentar su arco de influencia en la región y lograr una salida al Mediterráneo. Con el fin del conflicto armado las distintas posturas serán aún más manifiestas.

El último gran obstáculo en la senda hacia la paz en Siria, es el bloqueo entre Estados Unidos y Rusia. La ruptura de tantas treguas durante los últimos meses ya indicaba la falta de confianza entre las partes. Pero, como ha señalado Dmitri Trenin, las consecuencias de esta última tregua vulnerada son aún más preocupantes: Estados Unidos y Rusia han roto las negociaciones bilaterales y pone en peligro los acuerdos nucleares entre ambos. Por el momento, tras haber sido acusado de cometer crímenes de guerra, Moscú ha suspendido el acuerdo sobre el uso del plutonio y ha condicionado la reanudación del mismo a la compensación por los daños que las sanciones por su actuación en Ucrania, han causado al país.

Estados Unidos se encuentra en una situación de gran incertidumbre. Por un lado, la recomposición de los grupos rebeldes y la ruptura de las conversaciones con Rusia, complica su participación en el conflicto; por otro, el breve tiempo que le queda a la Administración Obama hace casi imposible cualquier cambio de rumbo. La batalla por Aleppo, de vital importancia para la eventual victoria de Assad, se está librando en pleno desarrollo de la campaña electoral norteamericana en la que la política exterior ha sido ensombrecida.

Tras más de cinco años de conflicto no cabe pensar en replegarse sin lograr una solución. El nuevo mapa de actores complica las conversaciones de paz y desequilibra a las partes, sin embargo, no se puede perder de vista que todos los grupos, de una u otra manera, deben participar en el proceso de paz si se pretende que ésta sea estable y duradera. De igual modo, para reconstruir el

estado sirio, tendrán que depurarse las responsabilidades por los crímenes cometidos por todos los actores en el conflicto y éste será uno de los puntos más costosos de las negociaciones de paz. Para esta labor, se necesitan líderes comprometidos, dentro y fuera de las fronteras sirias. Las elecciones norteamericanas pueden ser decisivas, pero la experiencia de estos años de guerra nos demuestra que Estados Unidos y Rusia no están siendo capaces de lograr un acuerdo.

Los líderes europeos debieran implicarse en el desbloqueo de las negociaciones. Ha sido un error, por parte de los europeos, dejar pasar estos años sin una mayor implicación en unas conversaciones cuyo resultado es tan importante para nuestra seguridad y nuestros intereses, además de una responsabilidad frente a los ciudadanos sirios. La Unión Europea tiene que desplegar ahora toda su capacidad diplomática y humanitaria, con todas las partes implicadas, para poner fin cuanto antes a la violencia y empezar la senda de la reconstrucción de Siria.

\*\*\*

### **Mohamed A. El-Erian**

*Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz, the corporate parent of PIMCO where he served as CEO and co-Chief Investment Officer, is Chairman of US President Barack Obama's Global Development Council. He previously served as CEO of the Harvard Management Company and Deputy Director at the International Monetary Fund. He was named one of Foreign Policy's Top 100 Global Thinkers in 2009, 2010, 2011, and 2012. He is the author, most recently, of The Only Game in Town: Central Banks, Instability, and Avoiding the Next Collapse.*

### **Una política tóxica contra una economía mejor**

La relación entre la política y la economía está cambiando. Los políticos de los países avanzados están trabados en conflictos absurdos y a menudo tóxicos, en vez de seguir las recomendaciones de cada vez más economistas que coinciden en el modo de poner fin a este largo período de crecimiento escaso y desigual. Hay que revertir la tendencia antes de que paralice estructuralmente al mundo avanzado (y se engulla también a las economías emergentes).

Obviamente, que haya desacuerdo entre los políticos no es nada nuevo. Pero hasta hace poco, se suponía que si los economistas profesionales llegaban a un consenso tecnocrático en relación con determinadas medidas, la dirigencia política prestaría atención a sus recomendaciones. Incluso si partidos políticos más radicales trataban de impulsar una agenda diferente, otras fuerzas poderosas (ya se trate de la capacidad de persuasión de los gobiernos del G7, los mercados de capitales privados o las condiciones para obtener crédito del FMI y el Banco Mundial) se encargarían casi siempre de asegurar el triunfo final de la estrategia consensual.

Por ejemplo, en la última década del siglo que pasó y la primera del actual, las políticas de gran parte del mundo se guiaron por el denominado Consenso de Washington. Todos los países (desde Estados Unidos hasta una multitud de economías emergentes) aplicaron políticas de libre comercio, privatización,

mayor uso de mecanismos de precios, desregulación del sector financiero y reformas fiscales y monetarias con un fuerte énfasis en el lado de la oferta. Los organismos multilaterales adoptaron el Consenso de Washington y así ayudaron a difundirlo e impulsar un proceso general de globalización económica y financiera.

Algunos gobiernos que fueron surgiendo (en particular los liderados por movimientos heterodoxos llegados al poder de la mano del malestar de las poblaciones locales y su desencanto con los partidos tradicionales) a veces no coincidían con la pertinencia y adecuación del Consenso de Washington. Pero como demostró el presidente brasileño Luiz Inácio Lula da Silva con su famoso giro político de 2002, el consenso prevaleció casi siempre. Y todavía dominaba unos dos años atrás, cuando el primer ministro griego Alexis Tsipras ejecutó un giro de 180 grados igualmente notable.

Pero tras años de crecimiento inusualmente lento y asombrosamente no inclusivo, el consenso se está viniendo abajo. Los ciudadanos de los países avanzados están desencantados con un "establishment" (que incluye a "expertos" económicos, líderes políticos tradicionales y empresas multinacionales dominantes) al que cada vez más consideran culpable de sus penurias económicas.

Los movimientos y las figuras antisistema supieron subirse a este desencanto, usando una retórica inflamatoria e incluso belicosa para obtener apoyo. Ni siquiera tienen que ganar elecciones para alterar el mecanismo de transmisión entre la economía y la política. Sirve de prueba lo sucedido en junio en el Reino Unido, con la victoria del voto por el Brexit, decisión que fue un desplante al consenso amplio de los economistas en el sentido de que lo mejor para Gran Bretaña era quedarse en la Unión Europea.

El referendo se dio por una única razón: en 2013, el entonces primer ministro David Cameron temía quedarse sin suficiente apoyo del Partido Conservador en la elección general de aquel año. Así que prometió un referendo para congraciarse con los votantes euroescépticos. ¿A qué se debía el temor de Cameron? A la sacudida política provocada por el Partido de la Independencia del RU, un grupo antisistema que al final sólo obtuvo un escaño en el Parlamento y luego terminó acéfalo y en desbandada.

Pero ya es imposible detener lo que se echó a andar. En el reciente congreso anual del Partido Conservador, los discursos de la primera ministra Theresa May y de miembros de su gabinete revelaron la intención de ir por un Brexit "duro", lo que supone dismantelar acuerdos comerciales que dieron buenos resultados a la economía. También incluyeron ataques a las "élites internacionales" y críticas a las políticas del Banco de Inglaterra que fueron fundamentales para estabilizar la economía británica inmediatamente después del referendo y de tal modo dieron al nuevo gobierno encabezado por May tiempo para formular una estrategia coherente para el Brexit.

Otras economías avanzadas experimentan procesos políticos similares. En Alemania, el partido ultraderechista Alternative für Deutschland obtuvo un

resultado sorprendentemente bueno en las últimas elecciones de los estados, que ya parece afectar el rumbo del gobierno.

En Estados Unidos, aun si la campaña presidencial de Donald Trump no logra poner otra vez a un republicano en la Casa Blanca (posibilidad cada vez más probable, ya que en el último giro de esta elección altamente inusual muchos líderes republicanos repudiaron al candidato de su partido), es probable que su candidatura deje una impronta duradera en la política estadounidense. En Italia, si el referendo constitucional de diciembre (una apuesta arriesgada del primer ministro Matteo Renzi para consolidar el apoyo a su gobierno) no se gestiona bien, podría explotarle en la cara (lo mismo que el referendo de Cameron), lo que causaría una conmoción política y dificultaría una respuesta eficaz a los desafíos económicos del país.

No se crea que faltan opciones políticas sólidas y creíbles. Tras años de desempeño económico mediocre, casi todos coinciden en la necesidad de abandonar la excesiva dependencia de la política monetaria no convencional. Como lo expresó la directora gerente del FMI, Christine Lagarde: “los bancos centrales no pueden ser la única alternativa [the only game in town]”.

Y sin embargo, lo fueron. Como señalo en *The Only Game in Town*, publicado en enero, los países necesitan una respuesta política más integral, que incluya reformas estructurales procrecimiento, una gestión más equilibrada de la demanda (incluido más gasto fiscal en infraestructuras) y mejoras en la arquitectura y la coordinación internacional de las políticas. También hay una necesidad (que quedó de manifiesto por la prolongada crisis griega) de resolver bolsones de sobreendeudamiento severo, que pueden tener efectos demoledores mucho más allá de los afectados directos.

La aparición de un nuevo consenso sobre estas cuestiones es buena noticia. Pero en el ambiente político actual, es probable que su puesta en práctica sea, en el mejor de los casos, demasiado lenta. El riesgo es que mientras la mala política siga ocupando el lugar de la buena economía, la rabia y el desencanto populares crecerán y tomarán aun más tóxica la política. Ojalá una dirigencia política esclarecida tome las riendas a tiempo para hacer voluntariamente los ajustes de rumbo necesarios, antes de que señales inequívocas de crisis económica y financiera obliguen a las autoridades a hacer cualquier cosa con tal de minimizar el daño.

\*\*\*



## Michael J. Boskin

*Michael J. Boskin is Professor of Economics at Stanford University and Senior Fellow at the Hoover Institution. He was Chairman of George H. W. Bush's Council of Economic Advisers from 1989 to 1993, and headed the so-called Boskin Commission, a congressional advisory body that highlighted errors in official US inflation estimates.*

### ¿Sin municiones para combatir la recesión?

Los pronósticos económicos para 2017 proyectan una fragilidad constante en la economía global, y un crecimiento inferior a lo esperado para la mayoría de los países y regiones. Los problemas económicos obvios incluyen los bancos débiles de Europa, el mercado inmobiliario distorsionado de China, la incertidumbre política en Occidente, los récords históricos de deuda privada y pública -225% del PIB, según el Fondo Monetario Internacional- y la reticencia por parte de Grecia y Portugal, dos países sumamente endeudados, a cumplir con los programas del FMI.

Los riesgos económicos globales adicionales, como una alteración importante del mercado petrolero que podría hacer subir los precios, no son tan obvios y, por ende, reciben menos atención. Los economistas catalogan a estos episodios como "shocks" precisamente porque se producen de manera inesperada y pueden tener consecuencias de amplio alcance.

El estímulo monetario de largo plazo sin precedentes y las alzas masivas de las cargas de deuda pública han dejado a los gobiernos muy mal equipados para hacer frente a la próxima desaceleración económica, ya no si se produce o no, sino en el momento en que llegue. La próxima recesión probablemente no sea tan mala como la última, pero las economías avanzadas estarán mucho mejor preparadas para hacerle frente si, mientras tanto, llevan a cabo una normalización gradual de la política monetaria y una consolidación fiscal.

Con respecto a la política monetaria, la tasa de desempleo de Estados Unidos, que ronda el 5%, está cerca de lo que la mayoría de los economistas consideran pleno empleo, y en términos generales se espera que la Reserva Federal aumente su tasa de interés objetivo nuevamente en diciembre. Pero la Fed se mueve a un ritmo muy lento.

El Banco Central Europeo probablemente extienda su programa de compra de bonos; pero tiene motivos para cuestionar los resultados de su política de alivio cuantitativo, considerando que el desempleo en la eurozona todavía promedia el 10%, lo que indica una brecha de producción considerable. Mientras tanto, la economía japonesa sigue avanzando con dificultad: el Banco de Japón ahora "maneja la curva de rendimiento" en otro intento de aumentar la inflación y el crecimiento con respecto a sus bajos niveles actuales.

En términos de política fiscal, las finanzas públicas de la mayoría de las economías avanzadas se ven afectadas porque los responsables de las políticas económicas no han podido implementar suficientes reformas estructurales del lado de la oferta para controlar el crecimiento de las

pensiones públicas, reformar los impuestos que inhiben el crecimiento y liberalizar los mercados laborales. Esos fracasos en materia de política fiscal han depositado una carga demasiado pesada en los bancos centrales, aunque el crecimiento muy probablemente se aceleraría con medidas del lado de la oferta que mejorasen la productividad.

Últimamente, los economistas que más influyen en los políticos de izquierda parecen albergar la esperanza de que el crecimiento, el empleo y los ingresos aumenten si los responsables de las políticas económicas acogen un nuevo gasto masivo financiado por déficit para crear demanda de bienes y servicios. Sostienen que con costos de endeudamiento tan bajos, el gasto basado en déficit es prácticamente gratis y no necesitamos preocuparnos por los altos niveles de deuda.

Sin embargo, este argumento ignora la brecha normalmente grande entre lo que los economistas planifican y lo que los políticos prometen, y lo que los programas de gasto público en verdad ofrecen. Como dijo el presidente del BCE, Mario Draghi, "No hay muchas inversiones públicas con una tasa de retorno elevada". Los gobiernos, ciertamente, deberían recortar los impuestos y financiar aquellas iniciativas que superen pruebas rigurosas de costo-beneficio. Pero los nuevos programas amplios de gasto normalmente no ofrecen un impulso económico significativo o inmediato.

Por empezar, el gasto suele producirse en el futuro, cuando se proyecta una mejora de las condiciones económicas. Como terminó admitiendo el presidente Barack Obama, en referencia a su firma del proyecto de ley de estímulo de 2009, "las palas no estaban listas". De la misma manera, Japón ha intentado estimular el gasto del gobierno durante décadas, pero es poco lo que puede mostrar en términos de crecimiento económico general a partir de esta estrategia.

Sin duda, los grandes déficits pueden ser benignos o inclusive deseables durante las recesiones y las guerras, o cuando se los utiliza para financiar inversiones públicas productivas mientras que, en una recesión profunda y duradera, con tasas de interés cero o cercanas a cero, una respuesta fiscal oportuna y sensata teóricamente puede ayudar en el corto plazo. Pero los estudios demuestran que el efecto multiplicador del gasto del gobierno -cuando puede aumentar el PIB en mucho más que el gasto- se achica rápidamente después de unos trimestres y luego se vuelve negativo. Por cierto, el efecto multiplicador puede incluso ser negativo durante las expansiones económicas cuando los bancos centrales mantienen tasas de interés cero y los hogares esperan que los impuestos aumenten cuando aumentan las tasas de interés.

Como las nuevas compras del gobierno pueden degenerar en despilfarros políticos contraproducentes que generan escaso crecimiento económico, otra propuesta que se suele escuchar es expandir los pagos de transferencias gubernamentales. Dejando de lado el hecho de que los pagos de transferencias ya son fiscalmente insostenibles en la mayoría de los países (porque fueron adoptados y ampliados en mejores condiciones económicas y demográficas), ¿podrían hacer crecer la economía?

Un estudio reciente aborda precisamente esta cuestión. Según la ex economista jefe de la administración Obama Christina Romer, y David Romer de la Universidad de California, Berkeley, hasta los incrementos de los pagos de transferencias permanentes ofrecen un estímulo sólo por unos pocos meses, y el efecto no se propaga al empleo. El estudio concluye que los beneficios de las transferencias son "mucho menos persistentes, y mucho menores en general, que los de los cambios tributarios".

En las economías donde los programas de estímulo se revisan minuciosamente y se pueden implementar de inmediato, cualquier gasto temporario del gobierno debería estar acompañado de una consolidación fiscal gradual, para minimizar el riesgo económico y los costos a largo plazo. Como indican la historia y la teoría, esta consolidación fiscal debería suceder a través de un menor crecimiento del gasto futuro, especialmente en pagos de transferencias. Los responsables de las políticas económicas deberían prestar atención a esta lección para que puedan reamarse gradualmente; de lo contrario, podrían quedarse sin potencia de fuego cuando más la necesitan.

\*\*\*



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción  

---

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

15-NOVIEMBRE-2016

Estimados Asociados:

En este sexto envío de nuestras "Cuestiones para Reflexionar" he seleccionado una serie de artículos recientes referidos al triunfo de Trump en Estados Unidos y sus implicancias para el desarrollo económico, político y social a nivel global.

En particular, se eligieron los siguientes textos:

- 1- ¿Quién es el Presidente Trump? (*Jeffrey Frankel*)**
- 2- Trump domesticado (*Nouriel Roubini*)**
- 3- La conmoción Trump en Latinoamérica Partidos (*Jorge Castañeda*)**
- 4- Populismo para ricos (*Ian Buruma*)**
- 5- Es posibles salvar el capitalismo global? (*Alexander Friedman*)**

Hemos resaltado en cada texto, los párrafos más sobresalientes, para facilitar la lectura.

Espero lo disfruten

*Javier Mutal Hodara*  
*Director Coordinador*  
*CICyP*  
[Javier.mutal@cicyp.com.ar](mailto:Javier.mutal@cicyp.com.ar)  
1158318534  
60092460

## Jeffrey Frankel

*Professor at Harvard University's Kennedy School of Government, previously served as a member of President Bill Clinton's Council of Economic Advisers. He directs the Program in International Finance and Macroeconomics at the US National Bureau of Economic Research*

### ¿Quién es el Presidente Trump?

La asombrosa victoria electoral de Donald Trump ha empujado a Estados Unidos -y al mundo- a un territorio inexplorado. Estados Unidos nunca antes ha tenido un presidente sin ninguna experiencia política o militar, ni tampoco un presidente que constantemente eluda la verdad, abrace teorías conspirativas y se contradiga a sí mismo. Todo esto hace casi imposible saber cómo gobernará.

Pero la inminente presidencia de Trump sí tiene un precedente: la de George W. Bush. Se destacan algunos paralelismos. Para empezar, al igual que Bush, Trump no ganó el voto popular, pero de todos modos puede suponer que tiene un mandato para un cambio radical. Y la dirección de ese cambio puede producir resultados que no les gustan ni a sus seguidores.

Entre las promesas de política económica de Trump, sus propuestas fiscales muy probablemente sean llevadas a la práctica: grandes recortes impositivos para los ricos y un mayor gasto en defensa y otras áreas. El resultado posiblemente sea el mismo que cuando Bush implementó políticas similares: la desigualdad de ingresos se ampliará y los déficits presupuestarios crecerán.

Es más, la racha alcista de siete años que registró el mercado bursátil puede terminar. Y es muy factible que Trump, que atacó la política monetaria relajada de la Reserva Federal de Estados Unidos, rápidamente revierta esa postura y presione a la Fed para que no aumente las tasas de interés.

Es probable que Trump no pueda cumplir con su promesa de aumentar el porcentaje de las exportaciones en la economía de Estados Unidos. Y, por cierto, no podrá recuperar los empleos industriales que Estados Unidos, al igual que todos los países industrializados, ha perdido en las últimas décadas. La desigualdad de ingresos probablemente empiece a ampliarse otra vez, a pesar de las mejoras asombrosas en los ingresos medianos de las familias y en la tasa de pobreza el año pasado.

Una recesión en algún momento durante la presidencia de Trump es probable, a juzgar por los notables antecedentes históricos de los presidentes republicanos. Dos recesiones comenzaron durante la administración de Bush; de hecho, la mayoría de las recesiones desde la Gran Depresión se iniciaron durante gobiernos republicanos.

La presidencia de Trump es más preocupante en el frente de la política exterior, donde aguardan muchos potenciales desastres. Tenemos razón de temer que errores de cálculo conduzcan a tragedias, como cuando Bush

respondió con torpeza al atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001, no logró capturar a Osama bin Laden e invadió Irak.

El papel de Estados Unidos como líder global sin duda se verá afectado, al igual que el "poder blando" que anteriormente obtuvo de ser un modelo de democracia liberal para que otros emularan. Mientras tanto, la ignorancia de Trump probablemente envalentone a los adversarios norteamericanos tradicionales, como Rusia, Siria y Corea del Norte.

Los republicanos mantuvieron el control tanto del Senado como de la Cámara de Representantes, de modo que Trump podrá cumplir con sus promesas de dar marcha atrás con los mayores logros legislativos de Obama, empezando por la Ley de Atención Médica Asequible (Obamacare). Pero ésta será una prueba interesante. ¿Cómo manejará Trump la reacción violenta cuando la gente empiece a perder su seguro médico?

Trump y los republicanos en el Congreso también intentarán dar marcha atrás con las regulaciones financieras de la Ley Dodd-Frank que se implementaron después de la crisis financiera de 2008, dándoles así a los bancos y a otras instituciones financieras mayor libertad de acción. Y, más allá de Wall Street, intentarán cercenar las regulaciones antimonopolio y ambientales, especialmente las que limitan las emisiones de gases de tipo invernadero.

Finalmente, Trump nombrará a jueces conservadores para la Corte Suprema, que tiene una vacante desde que el juez Antonin Scalia murió en febrero.

Sin embargo, deberíamos agradecer, al menos, que probablemente las propuestas de campaña más indignantes de Trump nunca sean llevadas a la práctica. No construirá un nuevo muro "grande y hermoso" a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos -y México, con certeza, no lo pagaría si lo construyera-. De la misma manera, no prohibirá el ingreso de inmigrantes musulmanes, porque si lo hiciera estaría violando principios norteamericanos de base y su decisión sería derogada inclusive por una Corte Suprema de derecha.

También es poco probable que Trump cumpla con su propuesta de deportar entre 6 y 11 millones de inmigrantes indocumentados. Pero probablemente ponga fin al programa Acción Diferida para los Llegados en la Infancia del presidente Barack Obama, que otorgó permisos de trabajo temporarios a muchos "Soñadores" (jóvenes sin estatus legal que crecieron en Estados Unidos).

De la misma manera, Trump tal vez no destruya el Tratado de Libre Comercio de América del Norte o aumente los aranceles de manera drástica. Tampoco acabará con la OTAN, otras alianzas importantes o la Convención de Ginebra (que autoriza al ejército y a la CIA a apelar a la tortura). Si bien Trump pareció sugerir durante su campaña que haría todas estas cosas, inevitablemente se verá confrontado a las consecuencias de amplio alcance de decisiones que destruirían el orden global.

Estados Unidos está a punto de experimentar una vida bajo un gobierno plenamente republicano encabezado por un magnate populista inexperto y volátil. Esperemos que los votantes exijan que la administración Trump y sus facilitadores parlamentarios asuman la responsabilidad de los reveses que sufran los norteamericanos.

\*\*\*

## **NOURIEL ROUBINI**

*Nouriel Roubini, a professor at NYU's Stern School of Business and Chairman of Roubini Macro Associates, was Senior Economist for International Affairs in the White House's Council of Economic Advisers during the Clinton Administration.*

### **Trump domesticado**

Ahora que contra todos los pronósticos Donald Trump ganó la presidencia de los Estados Unidos, **la duda es si gobernará según el populismo radical de su campaña o adoptará un enfoque pragmático de centro.**

**Si Trump gobierna en sintonía con la campaña que le valió la elección, podemos esperar agitación en los mercados (de Estados Unidos y el mundo) y perjuicios económicos potencialmente serios. Pero hay buenas razones para esperar que su gobierno será muy diferente.**

Los planes de un Trump populista radical incluirían descartar el Acuerdo Transpacífico (ATP), derogar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y aplicar altos aranceles a las importaciones chinas. También construir el prometido muro en la frontera con México; deportar a millones de trabajadores indocumentados; restringir la concesión de visas H1B para trabajadores cualificados, necesarios en el sector tecnológico; y derogar la Ley de Atención Médica Accesible (Obamacare), dejando a millones de personas sin seguro médico.

En términos generales, **un programa radical llevaría a un importante aumento del déficit estadounidense. Se reduciría sustancialmente el impuesto a la renta de las corporaciones y los ricos.** Y pese a la ampliación de la base tributaria, el aumento de impuestos a los gestores de fondos de inversión y el estímulo a la repatriación de ganancias corporativas en el extranjero, el plan radical no estaría exento de costo fiscal, ya que **aumentaría el gasto militar y el gasto público en áreas como la infraestructura,** y las rebajas impositivas para los ricos reducirían la recaudación unos nueve billones de dólares a lo largo de una década.

**Un plan de gobierno radical también supondría cambiar drásticamente el modelo de política monetaria actual; en primer lugar, reemplazar a la presidenta de la Reserva Federal, Janet Yellen, con un halcón monetarista, y luego cubrir las vacantes actuales y futuras de la junta directiva con más de lo mismo.** Además, Trump trataría de derogar en su mayor parte las reformas financieras introducidas por la ley Dodd-Frank de 2010; quitar poder a la



Oficina de Protección Financiera de los Consumidores; reducir subsidios a la energía alternativa y normas medioambientales; y eliminar cualquier regulación supuestamente perjudicial para las grandes empresas.

Finalmente, una política exterior radical desestabilizaría las alianzas de Estados Unidos y aumentaría las tensiones con los rivales. Su postura proteccionista podría generar una guerra comercial global, y su insistencia en que los aliados se hagan cargo de sus gastos de defensa podría llevar a una peligrosa proliferación nuclear y restar liderazgo internacional a Estados Unidos.

Pero en realidad es más probable que Trump aplique políticas pragmáticas de centro. Para empezar, es un hombre de negocios adepto al “arte del acuerdo”, así que por definición es más un pragmático que un ideólogo con anteojeras. Su decisión de hacer una campaña populista fue táctica y no refleja necesariamente convicciones arraigadas.

Trump es un acaudalado magnate inmobiliario que se pasó la vida entera rodeado de otros empresarios ricos. Es un comerciante astuto, que explotando el clima político de la época buscó congraciarse con los trabajadores republicanos y los “demócratas de Reagan” (votantes demócratas más conservadores, algunos de los cuales tal vez hayan apoyado a Bernie Sanders en la primaria demócrata). Esto le permitió destacarse del pelotón de políticos tradicionales con posturas favorables a las empresas, Wall Street y la globalización.

En cuanto asuma, Trump hará algunos gestos simbólicos para complacer a sus simpatizantes, pero volverá a las tradicionales políticas económicas de derrame orientadas a la oferta que los republicanos han favorecido por décadas. El elegido de Trump para la vicepresidencia, Mike Pence, representa al establishment republicano, y los asesores económicos de la campaña de Trump fueron empresarios ricos, financistas, constructores y economistas ofertistas. Además se dice que analiza designar un gabinete de figuras ortodoxas del partido, entre ellos Newt Gingrich (ex presidente de la Cámara de Representantes), Bob Corker (senador por Tennessee), Jess Sessions (senador por Alabama) y Steven Mnuchin (ex ejecutivo de Goldman Sachs y también asesor durante la campaña).

De modo que los colaboradores probables de Trump (republicanos tradicionales y dirigentes empresariales) definirán sus políticas. El ejecutivo sigue un proceso de toma de decisiones por el que los departamentos y agencias que corresponden a cada caso determinan los riesgos y beneficios de diversas alternativas y luego ofrecen al presidente un menú de políticas limitado para elegir. Y la inexperiencia de Trump lo volverá mucho más dependiente de sus asesores, como también lo fueron los expresidentes Ronald Reagan y George Bush (hijo).

Otro factor que empujará a Trump al centro será el Congreso, con el que deberá negociar cada ley que quiera aprobar. El actual presidente de la Cámara de Representantes (el republicano Paul Ryan) y el liderazgo

republicano en el Senado tienen ideas partidarias más convencionales que Trump en temas como el comercio internacional, la inmigración y el déficit. Y la minoría demócrata en el Senado puede apelar a maniobras dilatorias legales (el “filibusterismo” legislativo) para impedir la votación de propuestas de reformas radicales, especialmente si se meten con el gran tabú de la política estadounidense: la seguridad social y Medicare.

Trump también estará controlado por la separación de poderes del sistema político estadounidense, la relativa independencia de organismos públicos como la Reserva Federal y una prensa libre y muy activa.

Pero la mayor restricción para Trump será el mercado. Si intenta aplicar políticas radicales populistas, el castigo no se hará esperar: se derrumbarán las acciones, caerá el dólar, los inversores se refugiarán en los bonos del Tesoro de los Estados Unidos, el precio del oro se disparará, etcétera. Pero si Trump mezcla políticas populistas más moderadas con medidas convencionales promercado, no enfrentará consecuencias negativas en los mercados. Ahora que ya ganó la elección, no tiene razones para preferir el populismo a la seguridad.

Los efectos de una presidencia pragmática de Trump serán mucho más limitados que en el supuesto radical. Lo de descartar el ATP se mantiene (pero Hillary Clinton también lo hubiera hecho). Trump prometió derogar el NAFTA, pero es más probable que trate de hacerle modificaciones como un gesto dirigido a los trabajadores fabriles estadounidenses. E incluso si un Trump pragmático quisiera limitar las importaciones chinas, sus opciones estarían limitadas por un reciente dictamen de la Organización Mundial del Comercio contra la aplicación de aranceles por “dumping selectivo” a productos chinos. Los candidatos extrasistema suelen hablar pestes de China durante la campaña, pero una vez en el cargo comprenden pronto las ventajas de cooperar.

Es probable que Trump construya el muro en la frontera con México (a pesar de que el ingreso de inmigrantes se redujo). Pero en relación con los indocumentados, lo más probable es que sólo caiga sobre los que cometan delitos violentos, en vez de tratar de deportar a entre cinco y diez millones de personas. Y es posible que limite las visas para trabajadores cualificados, lo que puede restar dinamismo al sector tecnológico.

Un Trump pragmático también generará un déficit, aunque menor al del supuesto radical. Por ejemplo, si sigue el plan impositivo propuesto por los congresistas republicanos, la recaudación sólo se reducirá dos billones de dólares a lo largo de una década.

Es verdad que el programa político de un Trump pragmático será ideológicamente incoherente y moderadamente perjudicial para el crecimiento. Pero será mucho más aceptable para los inversores (y para el mundo) que la agenda radical que prometió a sus votantes.

\*\*\*

## JORGE CASTAÑEDA

*Jorge G. Castañeda was Mexico's Secretary of Foreign Affairs from 2000-2003, after joining with his ideological opponent, President Vicente Fox, to create the country's first democratic government. He is currently Global Distinguished Professor of Politics and Latin American and Caribbean Studies at New York.*

### La conmoción Trump en América Latina

A pesar del comportamiento vulgar, la retórica insultante y la incitación virulenta que ostentó durante los últimos dieciocho meses el presidente electo de Estados Unidos, Donald Trump, el mantra en los próximos días inevitablemente será que es hora de avanzar. Su oponente, Hillary Clinton, y el presidente Barack Obama ya le han deseado un mandato presidencial exitoso.

Fuera de Estados Unidos, la atención se centrará en el control de daños, con el objetivo de proteger las relaciones Estados Unidos - Europa, la OTAN y los esfuerzos diplomáticos en curso en el Medio Oriente. Sin embargo, hay una región en el mundo a la que no le es posible adoptar una actitud de visión de futuro: América Latina.

Para empezar, desde el inicio de su campaña, Trump descartó los intereses nacionales de México y difamó la forma de ser de su gente. Prometió en repetidas ocasiones deportar a los seis millones de mexicanos indocumentados que viven y trabajan en Estados Unidos y obligar a México a pagar por la construcción de un muro en la frontera Estados Unidos - México. Y, además, dijo que renegociará el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC; o NAFTA por sus siglas en inglés), desechará el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés) y que desalentará la inversión y la creación de empleos en México por parte de empresas estadounidenses.

Es raro ver que una democracia avanzada elija a un líder que sea tan abiertamente hostil con un país vecino. Y, si bien Trump no se ha dirigido específicamente a ningún otro país latinoamericano en esta forma, sus propuestas, de todos modos, podrían afectar a muchos de ellos, sino a todos. Cada país centroamericano es una fuente de migración hacia Estados Unidos, al igual que muchos países del Caribe y de América del Sur. Honduras, Guatemala, El Salvador, Cuba, Haití, República Dominicana, Ecuador y Perú tienen grandes poblaciones de ciudadanos documentados o indocumentados en Estados Unidos, y todos ellos sentirán los efectos de las políticas de Trump, si se las promulga.

Es más, países como Chile, que negociaron de buena fe el TPP con Estados Unidos, México, Perú y los países de Asia y el Pacífico, ahora sufrirán las consecuencias de la postura proteccionista de Trump. Lo mismo ocurrirá con los diez países latinoamericanos que han firmado acuerdos bilaterales de libre comercio (TLC) con Estados Unidos durante el transcurso de los últimos 20 años.

En resumen, **la elección de Trump es un desastre absoluto para la región**. Sin embargo, muchos países latinoamericanos pudiesen optimistamente llegar a suponer que Trump realmente no quiso decir nada de lo que dijo durante los pasados dieciocho meses, que sus propuestas de políticas no fueron más que retórica de campaña y que, de todas maneras, no podría implementar la mayor parte de su agenda.

**Pensadores ilusorios argumentarán que los miembros del Senado de Estados Unidos y de la Cámara de Representantes, Cámaras lideradas por republicanos, no son tan proteccionistas como Trump, y que nunca adoptarían un acuerdo para revertir los TLC existentes.** Algunos incluso podrían creer que los republicanos del Congreso van a presionar a Trump para que acepte el TPP (o que Obama influirá hasta que sea aprobado por el Congreso antes de que él deje el cargo en dos meses).

De manera similar, **algunos observadores políticos en Estados Unidos y América Latina pueden argumentar que Trump no puede de ninguna manera implementar ninguna de sus descabelladas propuestas de política de inmigración.** Los desafíos materiales y logísticos de arrear a millones de personas y construir una muralla son simplemente demasiado abrumadores.

**Desafortunadamente, estas expectativas son ingenuas.** Obama no tuvo problemas para deportar a más de dos millones de mexicanos y centroamericanos durante sus ocho años de gobierno; y, ya existe un muro de separación a lo largo de más de 700 millas de la frontera entre México y Estados Unidos, que tiene una extensión de 1.951 millas. No es difícil imaginar que Trump superará el récord de deportaciones de Obama y expandirá la división fronteriza en tantas millas como la expandieron sus predecesores desde el año 1993, cuando se comenzó su construcción en el gobierno del presidente Bill Clinton.

Del mismo modo, **tenemos motivos sobrados para esperar que la presidencia de Trump sea mala para el comercio.** Trump debe su victoria a los votantes de Estados que fueron afectados negativamente por el TLCAN (y por la adhesión de China en el año 2001 a la Organización Mundial del Comercio), como ser Ohio, Pennsylvania, Michigan y Wisconsin. **¿Qué irán a decir todos los votantes de estos Estados si Trump repentinamente comienza a ratificar nuevos TLC?**

Periodistas, académicos, empresarios, diplomáticos y otros en todo el mundo ahora están luchando por determinar lo que la presidencia de Trump significará para el futuro de los asuntos internacionales. Sin embargo, una cosa parece incuestionable: **el orden internacional que surgió después del colapso de la Unión Soviética en el año 1989 cambiará; la normalidad habitual no continuará.** Ninguna región sufrirá más bajo la presidencia de Trump que el Hemisferio Occidental. Para los estadounidenses y los latinoamericanos por igual, la elección de Trump ha marcado el inicio de un camino difícil.

\*\*\*

## IAN BURUMA

*Ian Buruma is Professor of Democracy, Human Rights, and Journalism at Bard College. He is the author of numerous books, including Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance and Year Zero: A History of 1945.*

### Populismo para Ricos

Hace poco participé en Bucarest de una visita al Palacio del Parlamento, el mastodóntico edificio construido en los ochenta por orden del difunto dictador rumano Nicolae Ceaușescu, quien fue ejecutado antes de verlo terminado. La persona que oficiaba de guía enumeró una serie de estadísticas sorprendentes: tercer edificio más grande del mundo, 20 000 metros cuadrados de alfombras, un millón de metros cúbicos de mármol, 3500 toneladas de cristal. Las enormes escaleras de mármol tuvieron que reconstruirse varias veces para que coincidieran exactamente con los pasos del dictador (hombre de corta estatura).

Para levantar esta monstruosidad neoclásica, hubo que demoler un hermoso vecindario con iglesias, sinagogas y casas del siglo XVIII y desplazar a 40 000 personas. El proyecto, en el que trabajaron más de un millón de obreros día y noche sin parar, casi provocó la quiebra del Estado, mientras los súbditos de Ceaușescu a menudo carecían de calefacción y electricidad. El mantenimiento del palacio (que ahora alberga al parlamento rumano y un museo de arte, pero en un 70% está vacío) todavía cuesta más de seis millones de dólares al año.

El mastodonte de Ceaușescu es un monumento a la megalomanía. Pero no es único, a no ser por su tamaño (al que el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan trató de hacerle la competencia con su nuevo palacio en Ankara). Es notable cómo cierta clase de megalómanos piensan todos igual, o al menos comparten un gusto similar en cuestiones arquitectónicas. Los planes de Hitler para la reconstrucción de Berlín mostraban el mismo gigantismo neoclásico. Y el interior del palacio de Bucarest (algo así como el estilo Luis XIV llevado al absurdo), es sólo una versión más extravagante de las mansiones de Donald Trump en Florida y Nueva York.

Estos sitios son lo que se obtiene cuando marginales socialmente inseguros sueñan convertirse en el Rey Sol. Pero tal vez nombrar a Trump en la misma frase que Hitler y Ceaușescu sea injusto. Trump no es un tirano asesino, y su trasfondo social es más complicado.

Hitler era hijo de un funcionario de aduana de poco rango, y Ceaușescu salió del campesinado pobre. Ambos se sentían pequeños y provincianos en sus ciudades capitales. Su modo de dominar a las élites urbanas, más instruidas, fue oprimirlas violentamente y reconstruir las ciudades según sus sueños de grandeza personales.

Trump también quiere que todo lo que lleve su nombre sea más grande y

reluciente que el resto. Pero nació en Nueva York y heredó una importante suma de dinero de su padre, Fred Trump, un empresario de la construcción, de reputación un tanto dudosa. Y sin embargo, Trump también parece hervir de resentimiento contra las élites, que acaso lo menosprecian como un burdo arribista, con esos rascacielos absurdos y sus mansiones rococó llenas de sillas enchapadas en oro y lámparas de araña gigantescas.

Se suele describir el populismo moderno como una nueva guerra de clases entre los beneficiarios de la globalización y quienes se sienten excluidos por ella. Trump en Estados Unidos y el Brexit en el Reino Unido tienen una base de partidarios que en conjunto, es menos instruida que el “establishment” al que se oponen. Pero nunca hubieran llegado tan lejos sin ayuda. El Tea Party en Estados Unidos habría sido relativamente marginal si no hubiera tenido demagogos y valedores poderosos. Y estos suelen ser “nuevos ricos” que comparten la rabia de sus seguidores.

Es el caso de Italia, donde el ex primer ministro Silvio Berlusconi (cuyos antecedentes son casi idénticos a los de Trump) supo explotar los sueños y resentimientos de millones de personas. Los movimientos populistas de otros países muestran rasgos similares. En Tailandia, el magnate sinotailandés Thaksin Shinawatra, hijo de un padre nuevo rico como Berlusconi y Trump, se opuso a las élites sociales y políticas de Bangkok, y llegó a ser primer ministro con el apoyo de votantes provinciales y rurales, hasta que un golpe militar lo derrocó. En Holanda, los nuevos ricos de la industria inmobiliaria respaldaron al populista de derecha Pim Fortuyn y a su (más tosco) sucesor Geert Wilders.

Los nuevos ricos son una fuerza tan importante en el ascenso del populismo como las personas más pobres y menos instruidas que se sienten ignoradas por las élites. A pesar de sus enormes diferencias de riqueza, comparten una rabia profunda hacia aquellos que (según sospechan) los desprecian. Y no están del todo errados: sin importar cuántos palacios y yates pueda comprar el dinero nuevo, el dinero viejo seguirá menospreciando al comprador; y a los votantes que apoyaron el Brexit o respaldan a Trump, la clase urbana educada tiende a tomarlos por estúpidos y maleducados.

Esta fusión de resentimientos de los nuevos ricos y los excluidos impulsa el populismo de derecha. En circunstancias extremas, esto puede dar lugar a dictaduras con tiranos capaces de permitirse las fantasías más extravagantes a costa de los millones que tienen bajo su control.

Hasta ahora, en Europa y Estados Unidos, los demagogos sólo han podido ofrecer sueños: recuperar nuestro país, hacerlo grande otra vez, etcétera. Para evitar que esos sueños se conviertan en pesadillas políticas, se necesita algo más que experiencia tecnocrática o llamados al civismo y la moderación. A los furiosos no se los puede convencer con luminosas razones: hay que ofrecerles una visión alternativa.

Hoy el problema en todo el mundo es que esa alternativa no está a la vista. Ya pasaron más de dos siglos desde la Revolución Francesa, y “libertad, igualdad, fraternidad” hoy no es sino una consigna histórica. Pero tal vez haya llegado el

momento de actualizarla.

\*\*\*

## ALEX FRIEDMAN

*Alexander Friedman is Chief Executive Officer of GAM. He has also served as Global Chief Investment Officer of UBS, Chief Financial Officer of the Bill & Melinda Gates Foundation, and a White House fellow during the Clinton Administration.*

### Es posible salvar el capitalismo global?

La política de la ansiedad económica ha arrojado a los electorados del Reino Unido y Estados Unidos a las manos de los populistas. Si solamente las economías pudieran volver a índices de PIB y aumento de la productividad más “normales”, las condiciones de vida mejorarían para más gente, irían desapareciendo los sentimientos antisistema y la política volvería a la “normalidad”, es la creencia que hemos heredado. Entonces, el capitalismo, la globalización y la democracia podrían proseguir su marcha.

Pero un pensamiento así extrapola un periodo histórico en gran medida anómalo que ya acabó. Y es improbable que las fuerzas que le dieron sustento se vuelvan a alinear muy pronto. Hoy la innovación tecnológica y los cambios demográficos son vientos que van en contra del aumento del crecimiento, en lugar de empujarlo, y la ingeniería financiera ya no puede arreglar la situación.

Este periodo histórico anómalo fueron los cerca de cien años transcurridos tras la Guerra Civil estadounidense, en que los avances en los ámbitos de la energía, la electrificación, las telecomunicaciones y el transporte transformaron las sociedades de maneras fundamentales. Las vidas humanas se volvieron muchísimo más productivas y la expectativa de vida aumentó radicalmente. La población mundial aumentó más de un 50% entre 1800 y 1900, y luego más que se duplicó en los 50 años siguientes, en economías que crecían mucho más rápido que en los siglos anteriores.

Para fines de los años 70, el crecimiento comenzó a desacelerarse en varias de las economías occidentales desarrolladas, y el Presidente estadounidense Ronald Reagan y el Director de la Reserva Federal Alan Greenspan iniciaron un ciclo de deuda que sobrealimentó la actividad económica. Estados Unidos, que hasta entonces había sido un acreedor neto del mundo, se convirtió en deudor neto, y China y otros mercados emergentes se fueron beneficiando de su creciente déficit comercial. El apalancamiento financiero impulsó el crecimiento global por casi 30 años más.

La crisis global de 2008 trajo un fin abrupto a la era de la ingeniería financiera. Pero a las autoridades no les agrada ver un crecimiento lento, y los bancos centrales fueron agotando las medidas a su disposición en un intento por estimular la actividad económica a pesar de la insuficiencia de la demanda. Puesto que los activos de renta fija tradicionales tenían rendimientos cada vez

menores, los inversionistas recurrieron a todo tipo de activos de riesgo, con lo que impulsaron al alza sus precios; los ricos se volvieron más ricos y la clase media quedó cada vez más abandonada. A medida que el crecimiento en la economía real seguía estancado, fue surgiendo un populismo cada vez más airado, generando acontecimientos como el Brexit y la elección de Trump como presidente.

A pesar de todos los esfuerzos de los bancos centrales por resucitar el crecimiento económico, las fuerzas demográficas y la innovación les han jugado en contra. La población en proceso de envejecimiento de las economías avanzadas está requiriendo cada vez más fondos de las redes de seguridad social. China también está envejeciendo. La mayor parte del crecimiento demográfico actual (y futuro) ocurre en África, donde no impulsa la productividad global al grado en que lo hace en otras regiones.

Más aún, la actual ola de avances tecnológicos no mejora la situación en todos los campos. Incluso si empresas como Uber y Amazon y (fundamentalmente) la robotización, mejoran la comodidad, lo hacen a costa de eliminar empleos de la clase trabajadora o causar la baja de los salarios.

Es el típico proceso de “destrucción creativa” que Joseph Schumpeter describiera como característica del crecimiento en las economías capitalistas. La primera oleada de la innovación disruptiva beneficia principalmente a unos cuantos emprendedores. Luego viene una oleada de desplazamiento, a medida que la tecnología se adapta a los sectores económicos ya existentes. Hace tres décadas fue el uso de la informática y la logística por empresas como Wal-Mart para barrer las pequeñas tiendas de barrio; hoy Amazon barre con Wal-Mart.

La tercera ola es la difusión generalizada de la innovación de maneras que elevan la productividad general y los estándares de vida. Demora mucho más. O, como lo observara el Premio Nobel de economía Robert Solow en 1987, “La era de la informática se puede ver en todos lados excepto en las estadísticas de productividad”.

Robert Gordon, de la Universidad Northwestern, ha argumentado que el impacto económico de las innovaciones actuales no tiene nada que ver con el del alcantarillado o la electricidad. Puede ser, o puede que estemos en una etapa temprana del ciclo schumpeteriano de la innovación (enriquecer a unos pocos) y destrucción (generar ansiedad en sectores vulnerables). En último término, es probable que la productividad y los ingresos reales mejoren a medida que las tecnologías avanzadas permitan nuevos tipos de crecimiento.

El problema es que puede que sea necesaria una década o más antes de que la robótica y otras tecnologías similares generen un crecimiento más amplio que beneficie a todos. Y para los políticos que deben hacer frente a votantes enfurecidos porque sus condiciones de vida han empeorado es irrelevante si Schumpeter o Gordon tienen la razón. Hoy sus votantes desencantados rechazan la globalización, y puede que mañana se conviertan en luditas (fanáticos que rechazan la tecnología).



Hoy la pregunta es si un cambio de énfasis desde las políticas monetarias no convencionales a una gestión keynesiana de la demanda puede solucionar la contingencia. Hoy se suele suponer que en Estados Unidos y Europa las medidas monetarias ya no tienen poder y que es necesario recurrir al estímulo y la expansión fiscal (por ejemplo, mediante recortes de impuestos y gasto en infraestructura). Pero para ello se requieren sistemas políticos estables que puedan sostener estrategias fiscales de largo plazo. Los últimos acontecimientos, en especial en Europa, sugieren que será difícil poner en práctica estrategias de ese tipo.

En Estados Unidos, la victoria de Trump, junto con las mayorías republicanas en ambas cámaras del Congreso, allanan el camino para recortes de impuestos y un mayor gasto en defensa. Parece que el motor está por lubricarse, pero es probable que la expansión fiscal se vea ante la resistencia de la política monetaria a medida que la Fed reanuda su "normalización" de las tasas de interés.

Aun así, las esperanzas están puestas en que un mayor crecimiento y un aumento de los salarios en Estados Unidos calmen la rebelión populista del electorado. Irónicamente, la clave estará en que la Fed "haga lo correcto", es decir, normalice con extrema precaución las tasas de interés, al tiempo que permite un aumento de la proporción del ingreso por mano de obra en el PIB, incluso si ello implica una inflación mayor a lo esperado.

Parafraseando a Dylan Thomas, los que creemos en los mercados no deberíamos entrar dócilmente en la noche populista. Deberíamos luchar contra la extinción de la luz del capitalismo global con todas las herramientas a nuestro alcance. La reacción política y el menor crecimiento de hoy en día no es un tipo de "nueva normalidad". Más bien, se remonta a una "vieja normalidad" que se vivió por última vez en los años 30. Sea cual sea el camino que emprenda la economía global, sabemos que no puede significar regresar al aislacionismo y el proteccionismo de esos años.



Consejo Interamericano  
de Comercio y Producción

Capítulo Argentino

# COMENTARIOS PARA REFLEXIONAR

*COMPENDIO DE PRINCIPALES IDEAS Y  
PENSAMIENTOS VERTIDOS EN LIBROS Ó  
ARTICULOS RECIENTES PUBLICADOS POR  
INTELECTUALES, ACADÉMICOS Y FUNCIONARIOS  
QUE ENTENDEMOS AGREGAN PUNTOS DE VISTAS  
INTERESANTES AL ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN  
DEL PANORAMA GLOBAL ACTUAL Y SUS  
TENDENCIAS.*

30-DICIEMBRE-2016

Estimados Asociados:

En este 7º envío de nuestras "Cuestiones para Reflexionar" he seleccionado una serie de artículos recientes referidos a las implicancias y posibles desarrollos de la próxima asunción de Trump en el contexto multilateral de las naciones.

En particular, se eligieron los siguientes textos:

**1- ¿Fin de año o fin de época? (Javier Solana)**

**2- Los obstáculos internacionales al plan económico de Trump (Mohamed El-Erian)**

**3- Adiós a Occidente (Joschka Fischer)**

**4- El necesario compromiso con Trump (Ana Palacio)**

Hemos resaltado en cada texto, los párrafos más sobresalientes, para facilitar la lectura.

Espero lo disfruten y puedan leerlo en vacaciones.

*Javier Mutal Hodara*  
*Director Coordinador*  
*CICyP*  
[Javier.mutal@cicyp.com.ar](mailto:Javier.mutal@cicyp.com.ar)  
1158318534  
60092460

## Javier Solana

*Was EU High Representative for Foreign and Security Policy, Secretary-General of NATO, and Foreign Minister of Spain. He is currently President of the ESADE Center for Global Economy and Geopolitics, Distinguished Fellow at the Brookings Institution, and a member of the World Economic Forum.*

### ¿Fin de año o fin de época?

El año 2016 cierra con las tensiones en Oriente Medio y la aparición de movimientos populistas tanto en Europa como en EEUU. **El panorama para 2017 es de incertidumbre.**

Tras varios intentos de acercar posiciones, el año termina sin poner fin al trágico conflicto de Siria. El punto fundamental de desencuentro ha sido el futuro del Presidente al-Asad en el proceso de transición política del país. En los últimos días, las tropas gubernamentales, apoyadas por Rusia e Irán, han tomado el control casi total de la ciudad de Aleppo, que se encuentra devastada por la guerra. La cooperación regional e internacional es esencial para poner fin al conflicto y **el próximo año nuestra prioridad debe ser alcanzar la paz en Siria.** El próximo 27 de diciembre, se celebrará una reunión tripartita en Moscú en la que se estudiará una solución política para el futuro del país. Sorprende que sean Turquía, Rusia e Irán quienes van a negociar el acuerdo y la ausencia de EEUU y la Unión Europea.

El pasado mes de marzo, las relaciones entre la Unión Europea y Turquía dieron un paso adelante con la firma del acuerdo sobre los refugiados. **Desde el inicio del conflicto, Turquía ha acogido a más de dos millones de refugiados sirios. Pese a que la relación entre Turquía y la UE no se encuentra en su mejor momento, el diálogo debe continuar. Ambos tienen intereses en común basados no sólo en la interdependencia económica sino, sobre todo, en la lucha contra el terrorismo y la crisis de los refugiados.**

A nivel político, en Europa, **el año 2017 estará marcado principalmente por las negociaciones del Brexit. El próximo mes de marzo se inicia el proceso formal de salida del Reino Unido de la Unión Europea, y con él, la incertidumbre de las negociaciones.** Las partes deberán alcanzar un acuerdo sobre la forma de la retirada que garantice el bienestar de las futuras relaciones. Todo ello, en un **plazo fijado por la Unión Europea de 18 meses desde la notificación de la salida.** Negociar la salida no va a ser fácil ni corto. Sea como sea, tenemos mucho tiempo de incertidumbre por delante. Lo que está claro, es que si el Reino Unido quiere permanecer en el mercado común, tendrá que aceptar las cuatro libertades que lo engloban, incluyendo la libre circulación de trabajadores.

**En el año 2017 se celebrarán elecciones generales en varios países de Europa y existe el riesgo de que ganen las opciones populistas que defienden el aislacionismo y el anti europeísmo.** Para la Unión Europea, la salida de un país tan importante militar y económicamente como Reino Unido es, sin duda, una

mala noticia. Pero la de uno de los países fundadores de la Unión Europea sería algo trágico. La buena noticia es que tras conocer el resultado del referéndum británico, el apoyo de la opinión pública a la Unión Europea ha aumentado. En cualquier caso, los gobiernos tendrán el reto de cohesionar a una sociedad que se encuentra dividida, entre otros motivos, por las consecuencias de un mundo globalizado y una rápida evolución tecnológica.

Hemos presenciado el ascenso del populismo en Occidente, primero con la noticia de la salida de Reino Unido de la Unión Europea, y más tarde, con la victoria de Donald Trump en las elecciones estadounidenses. La formación del gobierno de Trump nos hace cuestionar que vaya a cumplir sus promesas de superar el establishment con un equipo formado por oligarcas y militares.

El futuro gobierno de Estados Unidos está cargado de incógnitas. Pero no cabe duda de que el rechazo de Donald Trump a las instituciones multilaterales pone en peligro la cooperación que tan necesaria resulta para resolver los problemas del mundo actual. Esto puede suponer un problema para las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea. Mientras que en los años anteriores el acuerdo de París sobre cambio climático y el acuerdo nuclear con Irán supusieron destellos en cuanto al multilateralismo en un momento complicado, en el próximo año el camino no será fácil.

Además, el mundo de hoy necesita de un diálogo que fomente la confianza estratégica entre los grandes poderes. Sin embargo, las declaraciones que ha realizado el futuro presidente sobre el principio de One-China hacen temer que esta confianza estratégica tan necesaria se aleje cada vez más.

A pesar de encontrar en el equipo de Trump algún miembro pro ruso, la relación de Estados Unidos con Rusia también adolece de confianza estratégica a causa del conflicto en Siria, la invasión de Ucrania y las sospechas de interferencias cibernéticas durante las elecciones americanas.

Para Europa el próximo año es fundamental. Las relaciones con EEUU deben continuar con la colaboración que ha existido hasta ahora, sobre la base de los valores compartidos de respeto a la democracia, la libertad y los derechos humanos. Tras un 2016 turbulento y con pocas noticias positivas en política internacional, el 2017 se presenta lleno de retos e incógnitas. ¿Estamos simplemente ante el final de otro año, o es este el fin de algo más?

\*\*\*

## **MOHAMED EL-ERIAN**

*Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz, the corporate parent of PIMCO where he served as CEO and co-Chief Investment Officer, is Chairman of US President Barack Obama's Global Development Council. He previously served as CEO of the Harvard Management Company*

## **Los obstáculos internacionales al plan económico de Trump**

El presidente electo de los Estados Unidos, Donald Trump, tiene en su país un

camino relativamente despejado para la implementación de su programa económico: **los republicanos serán mayoría en ambas cámaras del Congreso**, así que puede superar el conflicto político que paralizó al legislativo durante los últimos seis años. Pero la economía de Estados Unidos no existe en el vacío. **Para lograr alto crecimiento y estabilidad financiera auténtica, como prometió, Trump necesitará algo de ayuda exterior.**

El presidente electo puso la inversión en infraestructura, la reforma impositiva y la desregulación como componentes centrales de su estrategia para impulsar el crecimiento real y potencial de la economía estadounidense. Confiado en que su plan se desarrolle según lo previsto, **fijó metas ambiciosas, entre ellas un crecimiento del PIB cercano al 4% anual.**

Por ahora, parece que logró convencer a los inversores, quienes dando por sentado que el nuevo gobierno no iniciará una guerra comercial, se apresuraron a trasladar a las cotizaciones la esperanza de un aumento del crecimiento real, de la inflación y del ingreso de dinero a los mercados financieros. Esto permitió a la Reserva Federal de los Estados Unidos comenzar a normalizar su política monetaria; además de la suba de 25 puntos básicos del tipo de interés el 14 de diciembre, **la Reserva Federal indicó que en 2017 habrá nuevas subas de tasas de interés a un ritmo cada vez más veloz.**

Eso aparentemente convenció a los mercados de que **Estados Unidos irá abandonando un largo período de excesiva dependencia respecto de la política monetaria no convencional y la reemplazará con una combinación de política fiscal más laxa y reformas estructurales de estímulo al crecimiento. Es una estrategia muy similar a la del expresidente Ronald Reagan**, y a la que habría seguido el presidente Barack Obama si la alta polarización del Congreso no se lo hubiera impedido.

**La expectativa de que a Trump le vaya mejor en este frente produjo una respuesta de manual en las cotizaciones. Treparon los precios de las acciones, con los sectores financiero e industrial a la cabeza; subieron los rendimientos de los bonos públicos estadounidenses, tanto en términos absolutos cuanto en relación a los de otras economías avanzadas; y el dólar llegó a niveles que no se veían desde 2003.**

**Aquí es donde hace su entrada el resto del mundo. En comparación con Estados Unidos, a otras grandes economías (en concreto, en Europa y Asia) puede resultarles mucho más difícil rebalancear su combinación de políticas, que sigue mostrando excesiva laxitud monetaria, reformas estructurales insuficientes y, en algunos casos, una política fiscal demasiado restrictiva. Pero si no lo hacen, las subas continuas de tasas por parte de la Reserva Federal alentarían a los inversores a vender sus bonos en cartera (en particular los alemanes y japoneses, cuyos rendimientos actuales son bajos e incluso negativos) a cambio de variedades estadounidenses más rendidoras. La consiguiente ola de capitales a Estados Unidos subiría todavía más el valor del dólar.**

**La economía estadounidense está mucho mejor que la mayoría de las otras**

economías avanzadas, pero todavía no está preparada para soportar un período prolongado de apreciación sustancial del dólar, algo que deterioraría su competitividad internacional y con ella, sus perspectivas económicas generales. Con el agravante de que en ese caso, el gobierno de Trump podría tener motivos para poner en práctica su retórica proteccionista; eso podría dañar la confianza de los mercados y las empresas, e incluso provocar una respuesta de los principales socios comerciales.

Para que la Trumponomics funcione, los países de más peso, en particular, Alemania (la economía europea más grande e influyente), China y Japón (segunda y tercera economía del mundo, respectivamente), deben hacer sus propios ajustes políticos para alentar el crecimiento. Esto incluye implementar rápidamente reformas estructurales que colaboren con el estímulo monetario. En el caso de Alemania, también es necesario aflojar la política fiscal y adoptar una actitud más conciliadora hacia una quita de deuda lisa y llana para la atribulada Grecia.

Por desgracia para Trump, el resto del mundo no parece preparado todavía para un cambio de políticas de semejante magnitud. Por eso, además de promover la agenda económica de estímulo en Estados Unidos, los miembros del nuevo equipo económico de Trump deben iniciar contactos directos con sus homólogos alemanes, chinos y japoneses, con la mirada puesta en mejorar la coordinación internacional de políticas.

Alemania, China y Japón tienen buenos motivos para sumarse a esta iniciativa. La expansión monetaria no les está rindiendo frutos suficientes; crece el riesgo de daños colaterales y consecuencias no deseadas; y las reformas estructurales de estímulo al crecimiento van con atraso. Además, ayudar a Estados Unidos a lograr un crecimiento firme y sostenible sería un refuerzo indirecto para sus propias economías. Y ayudaría a evitar un escenario en el que el gobierno de Trump, bajo presión política, amenace con aplicar medidas proteccionistas y aumente así el riesgo de una guerra comercial que perjudicaría a casi todos.

Pese a la incertidumbre que rodea la inminente presidencia de Trump, una cosa está clara, al menos en los papeles: está en muy buena posición para impulsar el crecimiento económico estadounidense. Pero él y su equipo deben tomarse un tiempo para desarticular posibles obstáculos internacionales al éxito de su plan.

\*\*\*

## **JOSCHKA FISCHER**

*Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq.*

## **Adiós a Occidente**

Ahora que Donald Trump es el presidente electo de los Estados Unidos, el fin

de aquello que venimos llamando “Occidente” es casi seguro. Ese término describe el mundo transatlántico que, surgido después de las dos guerras mundiales del siglo XX, redefinió el orden internacional durante las cuatro décadas de la Guerra Fría y dominó el planeta (hasta ahora).

El Occidente geopolítico del que hablamos (en inglés, West) no debe confundirse con el Occidente histórico (Occident). Si bien la cultura, la normatividad y la religión predominante del primero se originan mayormente en el segundo, con el tiempo el West evolucionó para convertirse en otra cosa. El carácter básico del Occident se formó en el transcurso de los siglos sobre la base de la cultura mediterránea (aunque partes de Europa al norte de los Alpes hicieron importantes aportes a su desarrollo). El West, en cambio, es transatlántico, y es hijo del siglo XX.

La Primera Guerra Mundial comenzó siendo un conflicto europeo entre las Potencias Centrales y la Entente de Gran Bretaña, Francia y Rusia; apenas en 1917 se convirtió en una auténtica guerra mundial, con el ingreso de Estados Unidos a la contienda. Es entonces que comienza a tomar forma lo que hoy llamamos Occidente.

Puede decirse que su certificado de nacimiento se extendió durante la Segunda Guerra Mundial. En agosto de 1941, después de que la Alemania nazi invadió la Unión Soviética, el primer ministro británico, Winston Churchill, y el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, se encontraron en un buque de guerra frente a la costa de Newfoundland y firmaron la Carta del Atlántico. Acuerdo que más tarde se convirtió en la OTAN, el organismo que durante cuatro décadas permitió a una alianza de democracias independientes con valores compartidos y economías de mercado hacer frente a la amenaza soviética, y que protegió a Europa hasta el día de hoy.

En un sentido más fundamental, el Occidente geopolítico se basó en el compromiso de Estados Unidos de salir en defensa de sus aliados. El orden occidental no puede existir sin que Estados Unidos desempeñe este papel crucial (al que quizá ahora renuncie con Trump). Por eso el futuro de Occidente mismo está en juego.

Nadie sabe a ciencia cierta lo que significará la elección de Trump para la democracia estadounidense, ni lo que hará cuando asuma el cargo. Pero podemos ir haciendo dos supuestos razonables. En primer lugar, que su gobierno alterará seriamente la política exterior e interna de los Estados Unidos. Trump obtuvo la presidencia burlándose de casi todas las reglas no escritas de la política estadounidense. No sólo le ganó a Hillary Clinton, también derrotó al aparato republicano. Nada indica que el 20 de enero renunciará a esta estrategia victoriosa de un día para el otro.

También es razonable suponer que Trump mantendrá firmemente su promesa de “hacer a Estados Unidos grande otra vez”; será la base de su presidencia, pase lo que pase. El ex presidente Ronald Reagan hizo la misma promesa, pero fue cuando Estados Unidos, todavía trabado en la Guerra Fría, podía adoptar una postura imperial. Así pues, Reagan inició un proceso de rearme de



tal escala que a la larga provocó el derrumbe de la Unión Soviética; y sentó las bases para un auge económico estadounidense mediante un aumento masivo de la deuda nacional.

Trump no puede permitirse la estrategia imperial. Por el contrario, durante la campaña se prodigó en críticas a las guerras sin sentido de su país en Medio Oriente; y sus partidarios no quieren otra cosa para Estados Unidos que la renuncia al liderazgo global y la retirada del mundo. En su transición hacia el nacionalismo aislacionista, Estados Unidos seguirá siendo el país más poderoso del mundo por amplio margen; pero ya no garantizará la seguridad de los países de Occidente ni defenderá un orden internacional basado en el libre comercio y la globalización.

La única duda ahora es cuán veloces serán los cambios en la política estadounidense, y cuán radicales. Trump ya prometió descartar el Acuerdo Transpacífico, que Estados Unidos iba a firmar con otros once países, decisión que (tal vez no lo sepa) equivale a un regalo a China. Y puede que le haga también otro regalo: reducir la presencia estadounidense en el mar de China meridional. Pronto Beijing puede verse convertido en el nuevo garante del libre comercio internacional (y probablemente, nuevo líder mundial en la lucha contra el cambio climático).

En relación con la guerra en Siria, tal vez Trump se limite a entregar ese país devastado al presidente ruso Vladimir Putin y a Irán. En sentido práctico, esto desbarataría el equilibrio de poder en Medio Oriente, con serias consecuencias para todo el mundo; en sentido moral, sería una cruel traición a la oposición siria y una bendición para el presidente sirio Bashar al-Assad.

Y si Trump se inclina ante Putin en Medio Oriente, ¿qué hará en relación con Ucrania, Europa del este y el Cáucaso? ¿Se avecina acaso una Conferencia de Yalta 2.0 para reconocer la nueva esfera de influencia de facto de Putin? El nuevo rumbo que trazará Trump para Estados Unidos ya es discernible; sólo ignoramos a qué velocidad irá el barco. Mucho dependerá de la oposición (demócrata y republicana por igual) que Trump encuentre en el Congreso de los Estados Unidos, y de la resistencia de la mayoría de estadounidenses que no votaron por él.

Pero no abriguemos ilusiones: Europa está demasiado débil y dividida para ocupar el lugar estratégico de Estados Unidos, y sin el liderazgo de este país, Occidente no puede sobrevivir. Lo más probable es que el mundo occidental tal como lo conocieron las generaciones actuales perecerá ante nuestros ojos.

¿Y después, qué? Es indudable que China se prepara para ocupar el lugar de Estados Unidos. Y en Europa, las criptas del nacionalismo se han abierto, y llegará el día en que los fantasmas que encerraban corran otra vez libres por el continente y por el mundo.

\*\*\*

## ANA PALACIO

*Ana Palacio, a former Spanish foreign minister and former Senior Vice President of the World Bank, is a member of the Spanish Council of State, a visiting lecturer at Georgetown University, and a member of the World Economic Forum's Global Agenda Council on the United States*

### El necesario compromiso con Trump

Si la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos sacudió al mundo, hoy el mundo entero especula sobre cuál será su política y, dependiendo de las visitas del día a la Torre Trump, los ánimos oscilan entre la preocupación y el pánico. Pero recrearse en el fatalismo no es el camino. Es hora de reflexionar sobre cómo sacar el mejor partido de la situación.

Ciertamente, no es fácil. El sistema de seguridad y el modelo de cooperación global surgidos tras la Segunda Guerra Mundial se basan en el doble compromiso de EE.UU. con sus aliados y con las instituciones internacionales. Esto es tan cierto hoy –pese a la relativa pérdida de supremacía global de EE.UU.– como lo era hace 50 años.

Trump anuncia que el compromiso de EE.UU. con sus aliados está sujeto a restricciones. En el caso de la OTAN requiere que "paguen sus facturas". También se ha declarado contrario a la articulación normativa de la cooperación internacional en distintas áreas, como en materia comercial –ha renegado del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP)– o en la lucha contra el cambio climático –ha amenazado con retirar a EE.UU. del histórico acuerdo alcanzado el año pasado en París–. En definitiva, es de esperar que el compromiso global de EE.UU. se vea afectado sustancialmente y plantee con ello un serio desafío al orden internacional liberal.

Se trata de un giro copernicano con respecto al segundo mandato del presidente Barack Obama. Sin perjuicio de haber contribuido al desmoronamiento de piezas clave del orden mundial, fundamentalmente en Oriente Medio, Obama supo innovar buscando respuestas políticas más flexibles en las que lo informal casó con lo formal. El acuerdo de París representa la quintaesencia de este nuevo enfoque adaptado a un mundo de poder progresivamente más difuso e institucionalización más compleja. Y otras áreas, como la erradicación de enfermedades o la gobernanza de Internet, reflejan esta misma filosofía.

La era Trump apunta al unilateralismo o, peor, al desinterés por lo multilateral. Es una mala noticia para el mundo, porque más allá de ser la potencia indispensable, EE.UU. es la potencia vertebradora. Es el punto de convergencia de los vínculos que entretelan el mundo, desde el dólar hasta la seguridad, pasando por el derecho, la investigación y la innovación. Por ello, si bien el unilateralismo –la primacía de los intereses propios y cortoplacistas– sería muy dañino para el orden internacional institucional, sus consecuencias resultarán nimias en comparación con lo que podría suponer el

desistimiento americano.

Porque, en teoría, otra potencia podría alzarse en sustituto de EE.UU.; pero este planteamiento no es realista. Europa carece de la unidad que exige un papel global de calado. Rusia es un buen agitador, pero le falta visión y autoridad. Y la India tiene aún un largo camino por delante.

Quizás el candidato más claro sea China. Los recientes llamamientos de Pekín respecto del Acuerdo de París y sus rápidos movimientos para llenar el vacío surgido con las primeras declaraciones de Trump sobre el TPP, evidencian su voluntad de asumir una posición más central en la cooperación global. Pero también China, lastrada por crecientes desafíos internos, está lejos del liderazgo estadounidense.

Si EE.UU. toma un rumbo aislacionista, las hegemonías regionales podrían convertirse en la nueva realidad del poder. Es bien sabido que, tras la apariencia de estabilidad que ofrecen las esferas de influencia, se esconden los grandes conflictos del poder. China, Rusia, Estados Unidos y Alemania encabezarían sus respectivas esferas de influencia, resucitando con ello los fantasmas de los conflictos fronterizos: Rusia en competencia con China por Asia Central, y con Alemania por Europa del Este.

Mientras, en África y América Latina, donde no existe una supremacía clara, los rivales competirían respaldados por hegemonías exteriores como ya ocurrió durante la Guerra Fría.

No podemos esperar de brazos cruzados porque hay mucho en juego. Por el contrario –y ahora que la administración de Trump está todavía en gestación–, debemos redoblar esfuerzos para reforzar las conexiones capaces de mantener el compromiso y la proactividad de EE.UU.

En el corto plazo, será necesario un enfoque más transaccional que fundado en principios, ya que Trump es, al fin y al cabo, un negociador nato. Las expectativas son bajas, pero no podemos renunciar a la ambición. Mal que nos pese, Trump resultará fundamental para el mundo. Debemos asegurarnos de que todo esté preparado cuando se alce el telón.

\*\*\*